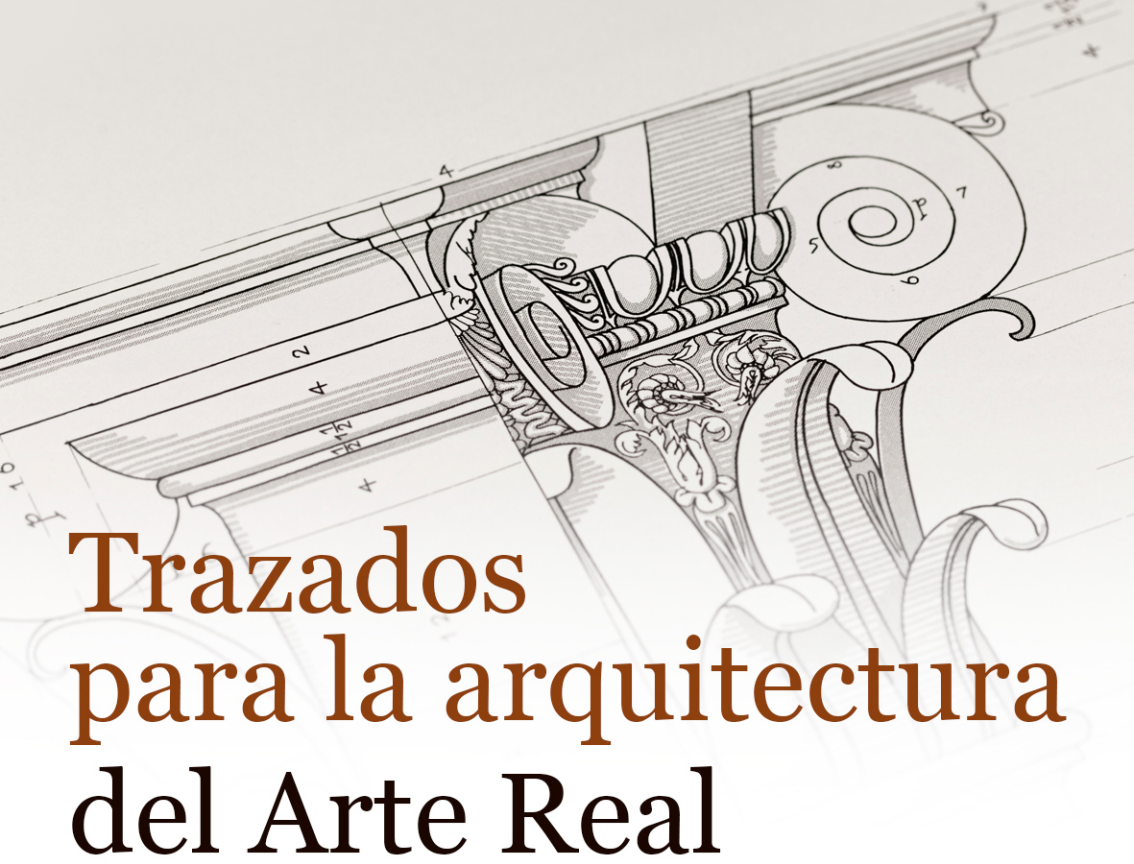




Víctor Veloso

**Trazados para la
arquitectura del Arte Real**



**Ediciones de la
GRAN LOGIA DE CHILE**

Edición digital gratuita para masones
Portada: María Francia Prado
Ediciones de la Gran Logia de Chile
Oriente de Santiago, agosto 2020

**SOLO PARA USO INTERNO DE LA GRAN
LOGIA DE CHILE**

Índice

PRESENTACION	7
ESPACIO Y TIEMPO EN EL TEMPLO MASÓNICO	9
LA ESENCIA DE LOS ESPACIOS Y LUGARES DEL HABITAR MASÓNICO.....	27
BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CONSTRUCCIÓN DE CATEDRALES EN EUROPA POR LOS MASONES OPERATIVOS	49
LAS REVOLUCIONES EUROPEAS Y EL PENSAMIENTO LIBERAL EN LA GÉNESIS DE LA FRANCMASONERÍA CHILENA.....	89
NOTAS SOBRE UNA VISIÓN PROFANA DE LA FRANCMASONERÍA CHILENA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX.....	127
LAS VIAS INICIÁTICAS EN EL MUNDO MODERNO....	151
OBTENER Y ENTREGAR CONOCIMIENTO MASÓNICO.....	163
LA PALANCA. SÍMBOLO DE LA VOLUNTAD.....	181
COMENTARIOS SOBRE EL MANUAL DE CEREMONIAL Y PROTOCOLO MASÓNICOS.....	187
EN TORNO A LA CARIDAD Y LA SOLIDARIDAD.....	191
LA RELIGIÓN Y LA FE.....	199
LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD. UN FRÁGIL EQUILIBRIO.....	209
VIVIR MASONICAMENTE, HOY. ESTAR EN EL MUNDO AHORA.....	229
EL ESPIRITU CIENTÍFICO Y EL ESPIRITU RELIGIOSO	239
LA CIENCIA Y EL ESPÍRITU CIENTÍFICO.....	243
INMORTALIDAD Y TRASCENDENCIA.....	251
LA INMORTALIDAD DEL ALMA ¿LANDMARK O DOGMA?.....	257



Víctor Veloso Henríquez

PRESENTACION

Conocimiento iniciático, reflexión iniciática, análisis iniciático. Es lo que persigue el buscador masónico cuando aborda la lectura que le nutra con sabiduría, para crecer en su desarrollo iniciático. Es lo que encontrará si encuentra este libro.

La presente edición es una antología del pensamiento de un intelectual de la Masonería chilena, que con cultura y un notable registro magisterial, ha ido contribuyendo al trabajo masónico docente en las logias a que ha pertenecido, y que hoy aporta desde la dirección de la Revista Masónica de Chile.

Nació la ciudad de “La Unión” en 1933. Se inició en Osorno, en la Respetable Logia “Evolución” N°46, hace 58 años. En 1965 se afilió a la Respetable Logia “Levante” N°26, donde recibió su Aumento de Salario y su Exaltación al Grado de Maestro. Después de ocupar diversos cargos fue electo Venerable Maestro en 1982.

Se incorporó a la Logia de Investigación Masónica “Pentalpha” N°119, de la cual fue elegido Venerable Maestro para el periodo 1992-1993.

En 2001 se afilió a la Respetable Logia “Altas Cumbres” N°127, que dos años después lo eligió Venerable Maestro.

Fue designado Gran Delegado Jurisdiccional del Gran Maestro Marino Pizarro, para Santiago Sur.

Ingresó a la Masonería Escocesa en 1976, en la cual realizó una meritoria participación hasta ser coronado Gran Inspector General del Grado XXXIII, en el año 2000. Por más de una década presidió el CCK “Excélsior” N°1, Grado XXX.

Asumió la dirección de la Revista Masónica el año 2018, a fin de convertirla en una herramienta exclusivamente docente,

en el contexto de las directrices del actual gobierno superior de la Orden.

La particularidad de los escritos de Víctor Veloso, es que no solo profundiza en el estudio y la doctrina masónica, sino que también aporta su amplia cultura, con un estilo de escribir que se disfruta y se agradece.

A pesar de aproximarse a los 90 años de edad, sigue respondiendo a los deberes masónicos, con claridad de idea y gran lealtad a sus juramentos de Obrero de Paz.

Más que un libro antológico que aborda temas masónicos, este es un regalo para nuestros lectores.

El editor

ESPACIO Y TIEMPO EN EL TEMPLO MASÓNICO

Este tema será examinado fundamentalmente en su perspectiva masónica, pero en ciertos aspectos se utilizará el pensamiento profano tanto de la filosofía como de la ciencia. El trabajo es esquemático en el sentido que adelanta algunas líneas de investigación, las que deberán ser definidas en estudios posteriores.

Atributos del templo masónico

El inicio del ritual de apertura conforma en sí una declaración de los atributos esenciales del templo masónico. El silencio como condición temporal de un instante en que el ritual, como ordenador del tiempo, empieza a desarrollar procesos cíclicos o recurrentes en un orden de sucesiones que se extiende en ese lapso simbólico que va desde el mediodía a la medianoche.

Logia, en un sentido restringido, alude a un espacio propio, especialmente dedicado a un ceremonial, intencionado y simbólico, mediante el cual es posible obtener algunos resultados. En su forma más amplia, será la expresión de una entidad ilimitada y que, en consecuencia, abarca todo lo creado, el universo.

"Hermanos míos", por último, da cuenta que es un lugar de encuentro y que sólo existe a condición de que esté ocupado a lo menos por siete personas, relacionadas entre sí por un lazo afectivo.

Las cuestiones ya esbozadas serán, pues, el motivo de las reflexiones que se harán más adelante y cuyo examen es sin duda, la misma oportunidad de hacer reflexión masónica.

Antes, hay que dejar en claro que muchas de las palabras o conceptos ya empleados tienen significaciones o usos en extremo delicados y que no es posible transitar por ellas desaprensivamente sin el riesgo de caer en ligerezas inexcusables. Por tanto, requieren de claras explicitaciones.

Temporal, procesos, sucesiones, espacio, lugar, ilimitado, universo, creado, instante, son cada una de ellas, a modo de ejemplo, el motivo y la causa de esta reflexión.

El espacio en la filosofía

El término espacio, como muchas otras expresiones, tiene connotaciones distintas en el trato habitual con ellas. Desde el espacio físico muy asociado al espacio geométrico, el espacio psicológico, o el espacio arquitectónico como una vivencia del habitar, o el espacio político o público, el onírico o el poético, en fin, se dan múltiples posibilidades de entenderlo. Pero una aproximación más rigurosa nos lleva a una distinción clave:

El espacio puede ser concebido como el elemento que contiene a todos los cuerpos - la materia corporal - es decir, un gran receptáculo absolutamente lleno en el que por consecuencia lógica, no cabe el vacío. Con las diferencias del pensar propio, es la idea que plantearon Aristóteles, Descartes y Newton.

La otra forma es la propuesta por Leibniz y dice relación con un ordenamiento, una distribución de todos los cuerpos que coexisten.

Descartes también distinguió entre espacio y lugar. Espacio tiene que ver con la forma y el tamaño de las cosas.

Lugar, con la ubicación o relación de los objetos con respecto a otros de la misma naturaleza.

Para Aristóteles, de nuevo, el lugar está concebido como el límite inmóvil que envuelve a un cuerpo. Un símil grosero podría ser el de un guante como lugar del cuerpo mano. Entre este envolvente y lo envuelto no queda ningún espacio, por eso es un límite, que no es del cuerpo, puesto que el guante no forma parte de la mano y que es inmóvil respecto a la capacidad del cuerpo de cambiar de lugar, ya que puede salir de una envoltura para ubicarse en otra.

El lugar entonces, aparece íntimamente ligado al movimiento, al desplazamiento de las cosas y, por consiguiente, lógica aristotélica, está afectado por el tiempo. Sin tiempo no es concebible el movimiento. Retomando las dos posiciones extremas, Kant dirá: "los que defienden la realidad del espacio, o lo conciben como un receptáculo absoluto e inmenso de todas las cosas posibles ..., o (los) que sostienen que es la misma relación de las cosas existentes que se desvanece totalmente, suprimidas las cosas, y que sólo es pensable en virtud de las cosas actuales".

Entre la primera, de Newton, y la segunda en la que se reconoce el pensamiento de Leibniz, Kant elaborará su sistema de concebir el espacio como una "intuición pura". Intuición en cuanto posibilidad de conocer, mediante un acto sensible la realidad exterior, espacial. Pero sin que el espacio sea un concepto derivado de la experiencia sensible, ni un concepto inteligible.

Y es pura, "a priori", en tanto es anterior a toda otra experiencia, ya que es, precisamente, la posibilidad de toda experiencia.

Dice el mismo Kant: "Nada que sea intuitivo en el espacio es una cosa en sí misma, y el espacio no es una forma que

pertenezca como propiedad a las cosas, sino que los objetos son enteramente desconocidos para nosotros en sí mismos, y lo que llamamos objetos externos no son más que meras representaciones de nuestra sensibilidad, cuya forma es el espacio, pero cuya correlación real, la cosa en sí, no se conoce por medio de estas representaciones ni podrá conocerse jamás, pero respecto de la cual, en la experiencia, no se efectúa jamás una indagación".

"Las cosas que intuimos no son en sí mismas lo mismo que nuestras representaciones de ellas en la intuición, ni sus relaciones en sí están de tal modo constituidas como nos parecen; y si quitamos el sujeto, o siquiera la constitución subjetiva de nuestros sentidos en general, entonces desaparecen no sólo la naturaleza y las relaciones de los objetos en el espacio y el tiempo, sino inclusive el espacio y el tiempo mismos..." ("Crítica de la razón pura"). Se puede concebir el espacio sin cosas: vacío, pero ninguna cosa puede ser concebida fuera del espacio.

Hasta aquí una síntesis, más que breve, de lo pensado como espacio en el ámbito de la filosofía.

El espacio masónico

¿Y qué ocurre en el ámbito masónico? Desde luego, nuestro espacio, el del templo masónico, es una entidad acotada, reconocible, y por consiguiente podría tener la connotación de ese espacio real absoluto que contiene todas las cosas, como la "res extensa" cartesiana; por lo tanto, nada existiría fuera de él.

Sin embargo, entramos y salimos del templo, el Hermano Experto se cerciora de que estemos "a cubierto", hay un mundo intramuros y otro, extramuros. Pero estas operaciones se configuran o tienen lugar en la concepción exotérica del templo,

en cuanto está conformado por elementos que lo cierran y lo independizan de ese otro espacio, el profano.

Distinto es el punto de vista si lo observamos esotéricamente. Ahí, en ese sentido, el templo adquiere la condición de extensión total, sin límites, extendiéndose en las seis direcciones o regiones que distingue Aristóteles en el espacio. En esta consideración, no habiendo nada fuera de él, tampoco cabe concebir un exterior, ni un entrar o salir.

¿Qué hacemos entonces? ¿Cuál es el mecanismo?

Creemos que esta espacialidad está ligada indisolublemente a los acontecimientos, a hechos, y por lo tanto asociada al tiempo. El más importante de todos es la vida.

Ingresar al templo no es entrar a un recinto, la forma esotérica de entender el espacio masónico estriba en comprender que estamos naciendo a una nueva vida, operación que si bien es cierto se realiza por vez primera en la ceremonia del ritual de iniciación, el masón debe repetirla cada vez que emprende la tarea de realizar el arte real.

Esos modos de existir diferenciados, propios del iniciado, tienen el significado de atraer la vida a un espacio que sin ella es obviamente inanimado. Salir del templo significa dejar de existir como iniciados. El sentido de la salida del Hermano Experto y la permanente vigilia del Hermano Guarda Templo, viene a entenderse como la necesaria expresión simbólica de impedir que la vida, como expresión natural y que la existencia como desarrollo en la conciencia humana de esas vidas, sean destruidas por el no ser, la muerte espiritual representada por la materialidad profana.

Salir del templo es la disolución del iniciado. En el templo así entendido, sólo es posible el estar como realidad, únicamente el ser desmaterializado. El esoterismo masónico anticipa, y es reconocido en él, el concepto del espacio de cuatro

dimensiones de la física moderna, el complejo espacio-temporal o hiperespacio einsteniano.

Desde la otra vertiente, podemos apreciar que nuestro espacio es también un espacio ordenado, orientado y direccional. Ordenado a la manera como lo piensa Leibniz, y en el cual todos los cuerpos coexisten. Orden definido principalmente por la ubicación centralizada del Ara, como concepto generatriz del que emana la sabiduría, la fuerza y la belleza, y por sobre las dualidades, antinomias o contrastes, simbolizados en el mosaico.

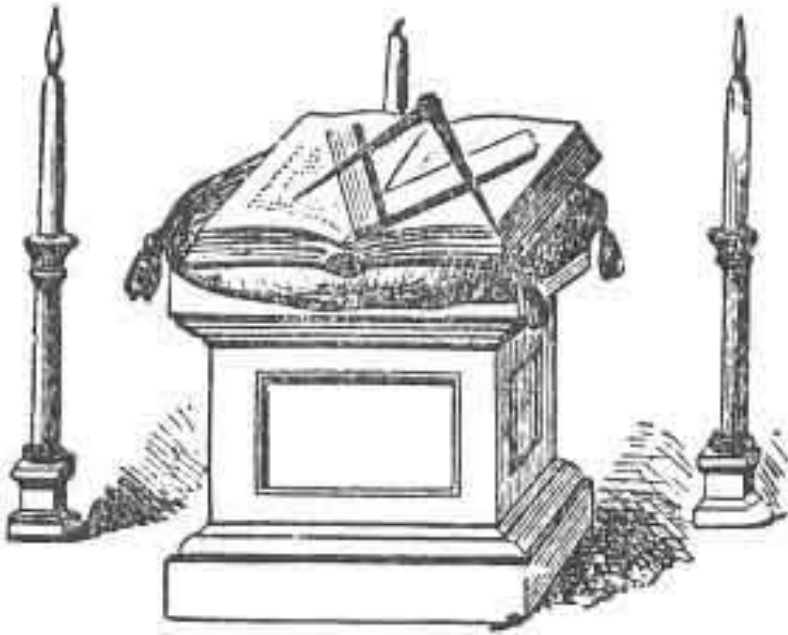
"Orden en el caos", viene a significar ese cosmos regido por leyes, regulado por marcos de referencia y ordenado por los "*landmarks*". Todo coexiste en este espacio. La orientación del espacio está dada por su relación solar, la elíptica en los signos zodiacales y la fijación de los puntos cardinales. A partir de este sentido de orientación y en función de éste, se pueden realizar todos los actos susceptibles de intervención humana.

La direccionalidad supone adoptar un sentido. El avance hacia el oriente, como lo son las marchas y los viajes misteriosos, van en esa dirección. El masón debe hacerlo así, por cuanto es la manera de proseguir en su misión de vida iniciática.

Desde su nacimiento entre columnas al poniente, el desplazamiento hacia el oriente es obtener y procurar más vida.

Por esta misma razón, la direccionalidad del espacio masónico se corresponde con el concepto de la entropía en el campo del espacio físico. Los fenómenos naturales están afectados por una ley irreversible, en que la materia pasa de estados menos probables a otros cada vez más probables, asunto que veremos en el examen del tiempo.

Por la misma razón, los viajes en la Tenida fúnebre son y deben realizarse en sentido inverso, hacia el occidente, de donde las almas retornan a su estado puro y desmaterializado.



Construcción del espacio masónico

Como el espacio masónico puede concebirse como una intuición "a priori", en que el objeto de conocimiento tiene realidad sólo cuando es, precisamente objeto de conocimiento. Cuando hay un alguien, un sujeto cognoscente.

De ahí que el espacio masónico se construye sólo a partir de las experiencias iniciáticas de sus miembros. Desde su propia interioridad, en el fondo de las conciencias personales, hay un espacio íntimo en el cual se generan y se mueven las ideas, los conceptos, los sentimientos, los criterios valorativos, las acciones volitivas, y que aparentemente no tienen relación con el otro, con el espacio exterior.

Pero no hay tal interior ni tal exterior. Porque entre ambos no hay límites, es un mismo continuo espacial, y si lo hubiera, habría que entenderlo a la manera de Heidegger. Dice: "Límite no es aquello en que algo se acaba. Un límite es aquello en que algo empieza su presencia".

Presencia del microcosmos y presencia del macrocosmos. El uno en el otro. De manera que la presencia del microcosmos se acusa una vez puesto en contacto, asomándose al macrocosmos.

Entonces esos múltiples, innumerables microcosmos que somos cada uno de nosotros, cada uno en su propia diversidad, pero armonizados, son elementos sillares de la edificación espacial. El templo masónico, su espacio, es, en definitiva, la integración total de sus componentes microcósmicos. En el pensamiento cartesiano, lugar interior y espacio son homogéneos.

La "res extensa" es la característica propia de la materia, pero ella no es sino otra forma de la intencionalidad de la "*res cogitans*". La realidad es extensión y pensamiento. La construcción masónica es resultado del aporte espacial que somos capaces de entregarle, entendido como la reflexión y el pensamiento individual.

Y esto explica la responsabilidad que cada masón tiene para con la gran obra. Si no hay aportes, si nadie entrega nada, el espacio perfectamente vacío deja de ser como tal y como idea, estéril.

Los atributos del espacio construido según los principios de la naturaleza física, son igualmente válidos en el espacio masónico. Este es también, un conjunto de fuerzas, de equilibrios, de acciones y reacciones, de tensiones, de proporciones y también de armonías.

¿Cómo no reconocer en ellos nuestros modos propios del hacer y del quehacer iniciático?

En consecuencia, la espacialidad masónica es una plena de vida, en la que el ser espiritual del hombre encuentra su hábitat más adecuado y el más seguro refugio para su crecimiento y desarrollo: es la matriz que lo acoge y lo protege. Es un espacio que no aprisiona, que no coarta, como lo son aquellos otros contruidos con el dogma, el fanatismo o el terror. Es el escenario de dramas, admite los procesos sociales, los viejos mitos, el despliegue de la historia, de los sueños, de las utopías, los ritos y los dioses; admite la ruina, la caída y los auges...

Toda la riqueza creada por el hombre. Y es el espacio de encuentro, el lugar acotado en que se despliega toda relación humana, toda sociedad, toda unión y toda alianza. Con mayor razón, para el encuentro entre iniciados. No existe otro espacio capaz de alertar al iniciado. No este otro lugar en el cual pueda realizar su tarea.

El nacido a la nueva vida tiene en su esencialidad ese coexistir a que aludía Leibniz y esa presencia de quienes estamos obligados a la búsqueda de sentido a nuestras existencias. El coexistir entre Hermanos, sentir la presencia de ellos, es saber reconocer la condición propia y especial de la comunidad iniciática.

Un iniciado aislado, sin contacto con otros, no tiene posibilidades de desplegar sus potencialidades.

El tiempo en la física

Tanto el existir como el movimiento se despliegan en el tiempo. Necesitan de un tiempo. En rigor, la imposibilidad de

definir el tiempo ha trasladado el problema ya sea a su medición o a través del estudio del movimiento.

Observando el tiempo como un objeto, Kant afirma que tiene una sola dimensión; esto es, se podría representar el tiempo como una línea que se extiende desde un futuro infinito dentro de un pasado infinito. Los hombres somos conscientes de un solo punto de esa línea, punto que no tiene dimensión porque lo que se entiende por presente en su sentido habitual es sólo el pasado reciente y, a veces, también el futuro inmediato.

Esto podría significar que, de la misma manera como en el espacio hay cosas que están fuera de nuestra visión, en el tiempo los "acontecimientos" existen antes de que nuestra conciencia entre en contacto con ellos, y siguen existiendo una vez que la misma conciencia ha dejado de estar enfocada sobre ellos.

Hasta Newton se creía que podría haber un tiempo absoluto (como también un espacio absoluto), esto es, la posibilidad de medir un intervalo de tiempo entre dos sucesos en forma totalmente inequívoca, y como consecuencia que el tiempo era independiente del espacio.

Sin embargo, la teoría de la relatividad ha demostrado que el tiempo está en función de la velocidad del cuerpo en que se mide. El tiempo ya no está separado del espacio, formando un objeto (por designarlo de alguna manera) espacio-tiempo, una complejidad si no en incomprensibles dimensiones, por lo menos una construcción teórica que permite definir un suceso por su posición en el espacio (con tres coordenadas) y otra que es el instante específico del tiempo en que éste ocurre.

Aún más, la teoría afirma que espacio y tiempo son cantidades dinámicas, de modo que cuando un cuerpo se mueve o actúa una fuerza, afecta al espacio-tiempo, de la misma manera

como la estructura del espacio-tiempo afecta al modo como se mueve y cómo actúan las fuerzas.

El tiempo marca un transcurso, un devenir, tanto en el mundo como en el hombre. Este queda marcado por la llamada flecha del tiempo, derivada de la segunda ley de la termodinámica, la cual establece que, en un sistema cerrado, los estados más probables de la materia van hacia un desorden progresivo que aumenta siempre con el tiempo. Esta es la entropía, que marca el sentido del tiempo y que permite reconocer el pasado del futuro.

Según Stephen Hawking, hay otras dos flechas del tiempo. A la citada termodinámica debe agregarse una psicológica, mediante la cual sentimos el paso del tiempo, y que nos permite recordar el pasado, pero no el futuro.

Y la otra, la cosmológica, que marca el sentido de la expansión del universo en lugar de su contracción. Si se admite que el universo no tiene bordes, o fronteras (finito pero ilimitado), estas tres flechas deben apuntar en la misma dirección.

El tiempo masónico

Vamos a intentar concebir el tiempo masónico desde una doble perspectiva: como esencia en sí mismo y como integridad espaciotemporal.

Nuestros trabajos se desarrollan desde el mediodía hasta la medianoche, lapso en que ocurren “los sucesos” masónicos. Estos sucesos están ordenados por un ritual que se despliega en forma temporal, y cada uno de ellos, con los que se realiza el arte real, constituye un factor de mayor ordenamiento respecto de los estados iniciales. La Tenida masónica debe terminar en

un mayor grado de orden que cuando fue abierta. No sería concebible que nuestros trabajos terminaran en más desorden que el presente en la apertura de ellos.

En el mundo físico, los procesos vitales y muy especialmente el pensamiento, corren en sentido contrario a la entropía, puesto que van de estados más desordenados a otros más ordenados.

Ocurre, sin embargo, que el consumo de energía utilizada en realizar ese ordenamiento es extremadamente pequeño en relación a la enorme cantidad que se pierde como resultado de ese proceso. De modo que estos ordenamientos puntuales no impiden la inexorable marcha hacia esos estados más desordenados a que es llevado el universo de la materia.

En el mundo iniciático, postularemos que las cosas ocurren de otro modo. La Logia, desmaterializada, se ocupa solamente de conformar los elementos superiores del espíritu y, por consiguiente, dentro del sistema cerrado que es ella, la tendencia general es exactamente en el sentido de un mayor y progresivo ordenamiento: la masonería opera en contra de la flecha del tiempo. En términos de la física, tiene entropía negativa, y a condición, claro, que no consuma energía en procesos de orden material, su sistema le permitirá tener siempre una ganancia de energía utilizable sólo en procesos de mayor y progresivo ordenamiento y organización.

El trabajo iniciático impone entonces esta obligación de mantener nuestro sistema entrópico en la dirección de los estados más ordenados.

La consecuencia de este postulado es que nuestra flecha del tiempo puede marcar cualquier dirección: desde la habitual del pasado al futuro, a la contraria, del futuro al pasado, o en otras. ¿Se anulan como en el mundo físico? Si así fuese, entenderíamos la enigmática frase del Apocalipsis, 10.6, citada

por Ouspensky: "que el tiempo no será más", confundido el pasado con el futuro en un eterno presente o en un instante estático.

A condición, claro, que "si imaginamos la percepción - palabras del mismo Ouspensky - que tiene lugar en un nivel por encima de nuestra conciencia y que posee un ángulo más amplio de visión, esta percepción podrá captar como algo simultáneo, o sea, como un solo momento, todo lo que para nosotros tiene lugar en cierto período de tiempo: un minuto, una hora, un día, un mes.

Dentro de los límites de su momento tal percepción será incapaz de separar antes, ahora y después; para ella todo esto será ahora. Ahora se expandirá". Y continúa: "El resultado debería ser precisamente la expansión del momento: todo lo que percibimos en el tiempo se convertiría en un solo momento en el que el pasado, el presente y el futuro serían visibles todos a la vez."

Tenemos la facultad de mirar como el dios Jano, desde luego con la advertencia de hacerlo en otra dimensión. Nuestro tiempo pasa del macrocosmos a microcosmos por efecto de las operaciones simbólicas: marchas, baterías, pausas y acciones. El ceremonial masónico implica reconocer la posibilidad de transitar a esas otras dimensiones o estados de conciencia diferentes.

El espacio-tiempo masónico

Hemos llegado al punto de considerar el espacio masónico como un continuo entre el micro y macrocosmos, accesible a quienes aceptan la vida nueva por medio de la iniciación.

Esta vida nueva es un re-nacimiento al que se llega en un tiempo que llamaremos "normal", pero que una vez ingresados a ese espacio, tenemos la facultad de emprender viajes en cualquier sentido de la flecha del tiempo.

La Logia, o el templo masónico, se transforma ahora en esa complejidad espacio-temporal que en la física se asocia a la cuarta dimensión. En este complejo, las cosas o los fenómenos ocurren de otro modo. Los actos producidos y provocados por el iniciado tienen repercusiones inmanentes, pero además trascendentales, esto en el sentido que el acto de conocer sea dependiente o independiente de la conciencia. El iniciado puede, en el ámbito espacio-temporal, realizar las operaciones de elaborar conocimientos y de transmitirlos utilizando los recursos de sus herramientas simbólicas.

Por ejemplo, la orientación solar del templo y el trabajo del mediodía a la medianoche, tiempo también solar, sólo pueden entenderse en el sentido de que es la fuente energética espiritual en la cual se nutre el trabajo iniciático.

Este espacio-tiempo iniciático no reemplaza al espacio-tiempo del universo físico. Pero en cierto sentido forma parte con él de un todo mayor, llamémoslo hiper-universo, al cual proporciona el adecuado complemento de realizar e interpretar hechos fuera de las relaciones causales, o de duración, como lo son los fenómenos físicos y los referidos a la vida.

Despegados de la combinación causa-efecto, que es temporal, es posible dar sentido a problemas que de otro modo son imposibles de comprender. Y en el caso de la vida, de su extensión en el tiempo, la duración bergsoniana fijarla como el complemento necesario e imprescindible de la percepción, precisamente del universo físico, proporcionando esas

conciencias percibientes con las cuales los fenómenos naturales pueden tener devenir, dirección, un antes o un después.

Suministra, en fin, una visión integrada del cosmos, de sus fuerzas y sus destinos. Se entiende lo que sería la inmortalidad y la eternidad. Y reducido a su expresión más pura, este espacio-tiempo desprovisto de fenómenos, de apariencias y de relativismos, viene a explicar en grandes síntesis a través de la sustancia elemental de los números, de sus combinaciones y de sus proporciones. El mundo intuitivo, formulado y explicado por Platón y Pitágoras, adquiere nueva e inusitada fuerza: "Todo está ordenado conforme al número".

En este escenario de dimensiones cósmicas el hombre, el iniciado, puede enfrentarse a las grandes interrogantes de siempre: ¿De dónde venimos? ¿qué somos? ¿a dónde vamos? Y el lugar donde encontrar la palabra perdida.

El sol, la gran luz que todo lo ilumina, transforma aquellos universos estáticos, pasivos, en estos otros plenos de dinamismo y de acción, en permanente cambio y evolución; pero sin olvidar que éstos, espacio-tiempo iniciáticos, sólo tienen existencia real en la medida que existan esas conciencias iniciáticas ante las que se puede hacer sensible o inteligible.

Suspendemos estas reflexiones con un pensamiento de Lao-Tsé: "¿Quién hay que pueda hacer que el agua barrosa sea clara? Pero si se le permite aquietarse, gradualmente se aclarará por sí sola. ¿Quién hay que pueda asegurar un estado



LA ESENCIA DE LOS ESPACIOS Y LUGARES DEL HABITAR MASÓNICO

*Umbrales nunca hollados
ni percibidos,
senderos desconocidos,
puertas selladas,
lugares invisibles, laberintos
jornadas de tránsito,
aventura del traspasar...
hasta la trascendencia.
Sombras de viejos mitos que renacen,
misterios apenas entrevistados, en Eleusis.
Druidas en el claro sagrado de los
bosques, la Pitia.
Hermes, Krishna, Orfeo y Pitágoras.
Entre dudas e ignorancias,
desde el caos del pensar,
ordenar el construir
y el morar en los espacios
que es el proceso,
el continuo en su duración,
del ser masónico.*

Sobre espacios y lugares

Para los antiguos científicos y también para algunos filósofos de antaño, el espacio y el tiempo son conceptos absolutos. Ahora, entendemos que no es así, y que ambos son relativos; relativos al movimiento, y como el movimiento

necesita un tiempo para ejecutarse, todo fenómeno viene a ser un suceso, esto es con las coordenadas espaciales de un proceso y el instante en que se realiza. De tal modo que cualquier acto está siempre, efectuándose en un continuo espacio-tiempo, que podría ser concebido como un marco de cuatro dimensiones.

En cuanto se manifiesta el espacio, suele, por lo general, llegarse a la siguiente antinomia: o existe una contradicción aparente entre proposiciones demostradas o, por el contrario, hay contradicción real entre proposiciones aparentemente demostradas. Una de las más fundamentales es aquella reconocida como la de “cantidad”: el mundo tiene o no tiene un comienzo temporal, y la otra, si es que tiene o no límites espaciales. Esto, porque la razón humana puede orientarse tanto a la determinación del ser en sí mismo como hacia las cosas sensibles.

La antinomia espacial se plantea como si éste, el espacio, fuera el continente de todos los cuerpos, al modo como lo sugiere Newton, o si es un orden dentro del cual coexisten todos los cuerpos pensado por Leibniz.

Las cosas, los objetos materiales, así también como los objetos ideales o inmateriales, definen lugares. Pueden ser algunas estacas clavadas en el suelo, unas piedras, una definición lógica, una palabra de cierta lengua, un conjunto de axiomas matemáticos, un dogma o una proposición ineludible e invariable, como nuestros “*landmarks*”. Todos ellos, establecen un exterior y un interior, identificados por *límites*.

Límite, que según los griegos - como nos lo recuerda Heidegger - “no es aquello en donde algo acaba, sino aquello desde donde algo *comienza su ser*”. Quiere decir con exactitud, dónde empieza la esencia de ese algo que como esencia lo caracterizará y definirá necesaria y radicalmente para diferenciarlo de algún otro algo. Una identidad absoluta.

Aristóteles es, quizás, el primero en preocuparse sistemáticamente del espacio. Llega a la determinación de representarlo como un límite, aunque sin explicitar la diferencia entre espacio y lugar, establece que un lugar “*es el límite inmediato e inmóvil del envolvente*”. Este lugar es algo así como el envase del cuerpo, pero no es ni forma parte de éste. Es inmóvil, aunque el cuerpo puede moverse. Un cuerpo, decimos cambia de lugar, pero el lugar siendo inmóvil puede ser ocupado por otro cuerpo, porque el cuerpo no “se lleva el lugar para otra parte”.

Implícito en el pensamiento de Aristóteles es la noción que el espacio o el lugar se hacen explícitos mediante el movimiento. Esto implica establecer relaciones y conexiones, caminos y obstáculos, viajes, recorridos, direcciones y destinos. Y naturalmente, vecindad, lejanía, puntos de vista, perspectivas, fronteras y bordes.

Los lugares o espacios (por ahora no serán diferenciados) pueden ser aquellos contruidos por el hombre, y son producto de sus habilidades: un corral, un templo, una casa, un puente, un muelle; así como también hay lugares naturales que existen sin la intervención humana: una bahía, una isla, un valle, una montaña o un océano.

Pero también, hay lugares ideales, lugares soñados, lugares poéticos, lugares míticos; lugares, en suma, imaginados. Utopía, el jardín de las Hespérides, Macondo, nuestra Trapalanda, la Atlántida.

Algo que desde su límite tiene o adquiere identidad propia e inconfundible. Por eso, al límite se puede llegar, o sea conocer, desde un exterior o desde un interior. Desde el interior ese algo es ya conocido y re-conocido, es lo ya explorado; pero, acercarse al límite desde afuera, es iniciar un proceso de aprehender esencias, hasta el momento desconocidas, con las

cuales - y es lo que interesa ahora - se puede ayudar a construir el ser espiritual del hombre.

Entonces, el límite que define un lugar, puede ser tanto permeable como impermeable, puede dejarse penetrar como oponer clara y decidida resistencia, puede ser barrera o posibilidad, es invitación o rechazo.

Si nos preguntamos cuáles son los límites que singularizan a la francmasonería, esto es aquello que constituye el fundamento y la esencia de su ser, son, como es sabido, esos principios básicos, establecidos en los “*landmarks*”, que por su naturaleza deben ser inmutables, permanentes e inalterables. No es este el lugar para discutir las variadas y disímiles opiniones que al respecto se formulan, pero en la línea de la presente exposición éstos son o mejor dicho, debieran ser absolutamente impenetrables, para impedir alguna contaminación que llegara a alterar la “esencia de su ser”. Sin embargo, distinto, y cabe un gran debate sobre ello, es que esos límites puedan ser atravesados por ciertos elementos que contribuyan, en determinadas circunstancias, a *perfeccionar* su esencia. En cierto modo como la pared de una célula permeable a nutrientes, pero impermeable a virus o bacterias.

Descartes apunta hacia algo esencial, y que podría traer al pensamiento moderno una vieja idea esbozada por Platón. Dice: las cosas materiales tienen “extensión”. La conocida expresión cartesiana, “*res extensa*”. Viene a significar que lo que caracteriza a las cosas no son sus atributos como el peso, el color, la densidad, o la forma, sino exclusivamente la de ser una substancia extensa. Extensión acarrea al concepto de medida, y, por consiguiente, el espacio se geometrizaba.

Distingue con claridad, y ahora sí, la diferencia entre lugar y espacio. El espacio se relaciona con la forma y tamaño

de un cuerpo; éste “ocupa” un espacio. El lugar, estar en un lugar es ponerse en relación con otros cuerpos.

En el fondo, espacio o lugar interior, situación o lugar exterior, son conceptos que sólo difieren en el modo en que son pensados.

Importa detenerse en esto último que nos lleva al viejo entrelazamiento entre microcosmos y macrocosmos visualizado ya desde la lejanía del pensamiento místico. Dos claras posibilidades de espaciar.

Así como las cosas, definen lugares, éstos a su vez generan espacios. Localizan espacios, según lo sugiere Heidegger., de manera que la esencia de los espacios viene desde los lugares que lo localizan y no de un “espacio”, general y abstracto que lo abarca todo, en los que se podrían incluir otros espacios.

“Espacio, se llama al sitio libre para colonización y lecho”. Sobre esto, y por las profundas implicancias que tiene, se volverá a tratar más adelante en relación a los espacios masónicos

Para Kant, *“el concepto de espacio es una intuición pura, puesto que no es un concepto singular compuesto de sensaciones, sino que es la forma fundamental de toda sensación externa”.* Nos dice, que la intuición pura existe como condición necesaria para que se dé la posibilidad de toda experiencia. Es *“a priori”*, es decir anterior a todo objeto físico exterior sensible, puesto que para que pueda ser representado en la mente, debe haber necesariamente un espacio previo.

El espacio resulta ser así, una estructura, que es capaz de generar múltiples posibilidades: desde el movimiento corporal, a una situación histórica, a una novela, hasta mitos, o procesos sociales, como una revolución. Espacios que acogen la multiplicidad de la actividad humana en toda su riqueza:

espacios poéticos, valóricos, históricos, legendarios, míticos, ideales, y que llegan hasta los ilusorios, los soñados o los imaginarios ...y los virtuales.

Todo espacio y todo lugar, aunque sea ficticio o imaginario es ocupado siempre por el hombre. El ser humano habita los lugares desde el momento en que desarrolla alguna actividad. El habitar significa construir. Se construye materialmente, pero también intelectual o artísticamente. Una catedral gótica, una teoría física, un sistema moral, un mito, una escultura, un orden político. En suma, todo cuanto sale de las manos y del pensamiento humano.

Los mortales tenemos la capacidad de transportar espacios, podemos transitar espacios. El ser está siempre en un espacio, cualquiera que sean sus características, y el vínculo del hombre con esos lugares y esos espacios es, precisamente, la condición del habitar.

Podemos identificar dos, o quizás tres espacios masónicos y hasta cuatro lugares masónicos.

Lugares masónicos

Aunque nuestro sistema intelectual, nuestras formas de pensamiento kantianamente, nos tienen habituados a comprender un espacio físico, dentro del cual nos movemos y reconocemos tanto fenómenos como sucesos, será necesario ahora, intentar desprenderse de este concepto para entender los espacios y lugares en su esencialidad, desprovista, por tanto de su evidente materialidad.

En el tratamiento que sigue, se utilizarán casi como sinónimos los términos masón e iniciado. Aunque para algunos pudiera parecer, un poco abusivo y que no coincidieran

conceptualmente, asumiremos que la condición de masón es intrínsecamente la misma que la de un iniciado.

Profano, neófito, e iniciado se usan en la forma que corresponde según el mérito de las sucesivas situaciones por las que debe pasar quien se acerca a nuestra Augusta Orden.

Es por eso que aludimos a los lugares masónicos, no en su explícita connotación material, aunque sí algunos de ellos existan como cosas reales y los usamos como tales. Lo que se intentará aquí es buscar su más profundo sentido, en su absoluta abstracción y en lo que es su pura connotación masónica.

La Cámara de Reflexiones

Quien accede por primera vez a este lugar, un profano, es sometido de inmediato y sorpresivamente, a la exigencia de pensar – o, mejor dicho – sentir lo que espera de su existencia. Enfrentado, perentoriamente, a tener que explicarse a sí mismo y a otros, en esos momentos, son unos desconocidos, lo que a hecho, lo que hace y lo que hará.

No se repara, a veces, con la debida atención, el valor del testamento masónico que adquiere el testimonio – todo lo improvisado y vacilante que sea – de entregar una propuesta de lo que podrían ser sus pasos futuros en esta vida. Aunque más adelante no recuerde lo allí escrito, porque es asunto de conciencia más que un registro notarial del cual haya que dar cuenta, o se le tenga que representar más tarde. En algunas culturas iniciáticas tal documento es incinerado, lo que está bien, porque, ¿qué sentido tiene conservarlo?

Es éste un lugar definido por la aguda percepción a la que se enfrenta el profano ante lo incógnito y la obligada exigencia de reconocer la perennidad del ser humano. Este lugar está definido por la presencia ominosa de la muerte. Enfrentar la

muerte, de la que todos conocemos por el suceder en otros, para nacer a una nueva vida, es el límite preciso a partir del cual se despliega este lugar, desde el cual el profano deberá empezar a recorrer el lento y azaroso sendero de la construcción de su ser.

Al hacer patente el sentido de nuestra mortal condición, y trayendo esto a la sola presencia de su conciencia, estará en condiciones de tomar decisiones correctas. La noción de la perennidad de la vida, establece un riguroso marco de referencia sobre lo que, radicalmente, es el mayor desafío de nuestro estar en el mundo: el acto moral.

Enfrentar la muerte no es la disolución sin remedio, es nacer a una nueva forma de vida. A partir de este límite en que se empieza a desplegar la esencia de la Cámara de Reflexiones, es desde donde comienza el profano a edificar su ser para desde ahí, renacer como neófito.

La presencia en la Cámara de Reflexiones, transcurre en un momento, medido por un tiempo agobiante, como una espesa substancia que todo lo penetra, y que va de lo efímero a lo eterno, de lo posible a lo inevitable.

El Templo

El Templo masónico es el principal lugar, ¡qué duda cabe! de entre todos los lugares masónicos. Es real en su forma material, puede estar ricamente engalanado; estar lleno de alusiones cósmicas y de significaciones simbólicas, pero eso no es lo esencial. Un Templo masónico podría ser una sala desnuda, el claro de un bosque o la cubierta de un barco enfilando su Rosa de los vientos hacia el Oriente.

Ciertamente que a cubierto. ¡Cómo cambiaría nuestra manera de ser masones, la percepción de la francmasonería, y la forma de ejercer la docencia! Lo que importa realmente, lo que



le confiere grandeza es la de ser un lugar consagrado. Consagrado es dedicar con suma eficacia una cosa a un determinado fin. No necesariamente estará dedicado al culto de una divinidad, ni siquiera a un poder superior como el GADU.

Templo masónico consagrado, es ahora un lugar imaginario en que se rinde culto, se cultivan, los valores superiores del espíritu: *“el cultivo de la virtud y la adquisición de la verdad”*

Este lugar está ordenado espacialmente.

El orden del lugar lo determina el rito. Viajes, recorridos, direcciones, destinos, todos ellos están regulados por el ritual.

El rito conecta la presencia del actuar iniciático con la tradición esotérica vivida otrora en otros templos y en los ya antiguos lugares consagrados. Del rigor de su ejecución depende que las energías liberadas por la actividad del trabajo masónico estén armónicamente orientadas hacia una sola meta. Así, el rito es el instrumento válido y necesario para desplegar en toda su intensidad el esplendor que significa la búsqueda de la ansiada perfectibilidad.

Establece la obligada disciplina interna que permite poner todas las potencialidades del ser en actos fecundos, en el estricto cumplimiento de los juramentos; y a la vez, localizar la actividad individual en perfecta conjunción con la de los otros

Este lugar está regulado temporalmente.

La regulación temporal la establecen los ritmos. El tiempo del trabajo masónico – la duración – está definido por esos ritmos. Desde un “*mediodía*” hasta una “*medianoche*”, establecen resonancias con los ritmos celestes que implican consonancia con el cielo y el sol.

Las baterías, los silencios, las órdenes secuenciales impartidas por los malletes, el uso de la palabra, tienen cadencias como música, y cuyos ritmos cada iniciado debe armonizarlos con los suyos propios, con sus ecos y sonoridades, pulsos que subyacen en sus palpitaciones, en sus sentimientos, en sus ideas, en su respiración, en todos sus flujos vitales.

Los desordenados ritmos finales, ponen término al rito, se desconsagra el Templo y se suspende la magia del actuar masónico. Los iniciados regresan al mundo profano, pero no interrumpen su labor. No está permitido.

Este lugar está orientado. Orientado significa que está en una posición dirigida al Oriente. Oriente no sólo es el punto en

que aparece la luz que todo lo ilumina y hace germinar. Orientar es palabra que en nuestro idioma significa también informar a alguien aquello que ignora o lo que desea saber para que sepa mantenerse en él. Es la tarea propia de la Maestría.

Direccionado hacia el oriente, el Templo marca una tensión permanente e intensa que el neófito está obligado a admitir o aceptar. La marcha del Aprendiz, regular precisa y sincronizada simboliza esta tensión que determina la necesidad imperiosa de avanzar siempre, aún cuando esta marcha regular, en verdad, es solamente un supuesto ideal, un proponer al que la limpia actividad debiera atenerse.

Se sabe que esa marcha sólo puede ser efectuada, después de haber superado los peligros de tres viajes misteriosos, en los que cabe la posibilidad cierta de errar, de equivocarse, de entrar en escabrosos senderos laberínticos. Orientarse es, encontrar la salida verdadera para desde ahí volver a reanudar la marcha regular, en que la ayuda de los mayores, representada en el Experto, es imprescindible.

Es la morada de la Logia. Morada es un residir permanente en un lugar. Es el Habitar: *“la esencia del hombre consiste en habitar”*, Heidegger de nuevo. El hombre *“es”* en cuanto habita. Habitar es permanecer, mantenerse. El habitar de la Logia es la creación que hace posible el ejercicio del Arte Real en dos aspectos fundamentales: el cuidar y el cultivar. Cuidar supone proteger. Este proteger tiene un doble sentido: el proteger a los neófitos de esos eventuales accidentes que lo inciten a desviarse de su recto camino para alcanzar la Iniciación, y el proteger a la francmasonería de espurias influencias que pueden afectar al ser de su esencia.

Cultivar es cultivo, crianza y es cultura, así el Arte Real es el cultivo de la perfección interior. Habitar, pues, significa el

cuidar y el cultivar en el construir auténtico, y en el construir como edificar.

Es un Taller. El Taller masónico es lugar para construir. Edifica en el ser. El Iniciado usa y busca en el Taller su manera de habitar en la tierra. Construir su propia morada en la cual busca perfeccionar el ser, y en la cual se purifica con el rigor del pensar. El trabajo en y con la piedra bruta, se realiza sólo en este lugar, en que el trabajo de edificar adquiere potencia regulada.

Es un lugar en construcción. Es una paradoja, pero este lugar en sí mismo no está terminado. Nunca estará terminado. Está en permanente ejecución. El trabajo individual sobre la piedra bruta, permite colaborar mancomunadamente en la construcción de ese “templo inmaterial”, y ahora sí, con total certeza, el ritual mienta con claridad este concepto de la más pura desmaterialización.

Un Templo inacabado, es un permanente desafío para el iniciado. Andamios que sustentan precariamente modos de vida superiores y que deben ser afianzados con regia paciencia, alzaprimas en las que descansan los más altos principios morales, que esperan su adecuado tiempo para solidificarse, o sea, hacerse verdaderos y eternos.

Moldajes en los que la francmasonería vacía o establece las formas de sus conceptos más puros y finos de lo que considera que debe ser una sociedad humanamente estructurada.

En este aparente caos, subyacen sí, proporciones armónicas, números mágicos, trazados reguladores, geometrías arcanas, que con sus ocultas significaciones dan el sustento profundo a la construcción imaginaria, cuyas transparencias, perspectivas, luminosidades, vigorosas estructuras trazadas en el infinito del construir iniciático, van a dar forma y expresión – en algún futuro posible - a un mundo perfectamente ordenado.

La serenidad y la apertura al misterio, el habitar de la Logia, es la creación que hace posible el ejercicio del Arte Real.

Así, el Templo que acoge a la Logia es en sí, el fundamento para construir otros lugares masónicos.

El lugar del banquete

Desde el amanecer griego, Ágape, viene a significar afecto, amor. La esencia del lugar donde se hace el banquete ritual, es donde se expresa y se manifiesta la fraternidad. El amor fraternal. Pero este lugar podría no existir. El espléndido goce de la fraternidad no necesita manifestarse en recinto alguno. Es justamente al revés: para expresar la fraternidad se debe instalar en el ser la mesa del ágape. Mesa abstracta que cada Hermano pone en el servicio de la atención cuando otro llega a esa mesa.

Los límites de este lugar son: un límite extenso, creciente e ilimitado. Abarca y comprende a todos los masones que moran sobre la tierra (ella misma), y bajo el cielo (él mismo). Se ensancha a medida que el iniciado se perfecciona, hasta alcanzar a toda la humanidad.

El otro límite, que es donde comienza el ser de la fraternidad, es el de la profundidad, en la que se compromete en la tarea común, en el propósito y en el sentimiento de encontrar y celebrar en el otro, el Hermano, lo bueno y sabio que contiene, en celebrar juntos el éxito de una jornada, lamentar un fracaso, repudiar una ignominia jamás permitida.

Este lugar masónico, como todos, se construye desde un ritual, desde la Recepción hasta la despedida simbólica a la medianoche, que ordena la rigurosa ubicación de los participantes, y un ritmo en su ceremonial, señalado en los brindis. Y ciertamente la exclusión de quienquiera sea ajeno.

Ni las malas palabras, ni las ofensas, ni la mirada torva, caben, ni son admisibles en la cena. Porque la morada del ser en el ágape es superar la individualidad, que como en todo lugar masónico, debe disolverse o integrarse con las de sus Hermanos. El Iniciado debe comprender que su construcción personal no depende de sí mismo en sus esfuerzos y propósitos; tendrá, siempre, el apoyo de ellos, y que sí la cadena de unión se haya desarmado en el Templo, ahora se está reconstruyendo en la mesa común.

El habitar este lugar, comer ceremonialmente es agradecer los dones de la naturaleza y disfrutar de ellos. El pan y el vino. Ambos unen los dones del cielo y de la tierra.

Escanciar el vino “*la alegría de los mortales*, es, en su más alta manifestación, ofrendar, donar. Quien escancia en la copa de su Hermano, está donando algo de su propio ser para entregarlo, con amor fraternal.

El pan, la ofrenda nutricia, es en el símbolo, alimentar el espíritu del otro, entregarle sabiduría; rectitud en el actuar, mostrar con el ejemplo. Fortalecer.

El lugar del Ritual Fúnebre

Es éste, con seguridad, el lugar más desmaterializado de todos. Está configurado exclusivamente por el Ritual Fúnebre, cuyo límite es el paso a la eternidad. Límite en que comienza la esencia del ser inmortal. De ahí su extraordinaria complejidad.

No se agota en las nociones puramente racionales, ni en las especulaciones metafísicas, ni en los dogmas religiosos, ni en las profundidades místicas, como tampoco en los parajes esotéricos.

Es un límite de hermoso e inquietante misterio. De luces y de sombras. De silencios y de acordes armónicos. Quizás, por

eso, a lo mejor, sólo podría ser precisado por la poesía o la música...

Aquí mora. *“Et l’avare silence et la massive nuit”*. El ávaro silencio y la masiva noche. Dice Mallarmé, tanto el desear con ansias el silencio total y absoluto, como a la vez, junto a la atmósfera de una espesa y pesada noche.

La cadena de unión está rota. Es la puerta que permite la salida del alma del iniciado hacia la Cámara Secreta del GADU. Una vez ejecutado este acto ritual, la puerta se cierra Cerrada la cadena, podrá circular por ella de nuevo la energía espiritual del trabajo masónico interrumpido momentáneamente, por la exigencia de atender a ese otro trabajo superior.

La cadena de unión fúnebre es un rito único y singular. Se realiza sólo una vez para cada iniciado. Es irrepetible. Y es la preparación necesaria y obligada para acceder al Espacio final: el Oriente Eterno.

“Que el espíritu de nuestro Hermano remonte hasta la patria de las almas”

Como Dionisios, el iniciado, el verdadero iniciado, ha podido nacer tres veces y renacer otras tantas. Si el ser humano es mortal, lo es desde el momento en que conoce la muerte. Pero, el iniciado adquiere el poder de trascender su propia mortalidad, aunque no tenga la experiencia de su propia muerte.

“¿La curiosa experiencia de la muerte? / Quiero beber en cristalino olvido / Ser para siempre; pero no haber sido”
(Borges)

Espacios masónicos

Los espacios masónicos pueden ser tres, dos, o a lo mejor sólo uno. En ellos se busca la realización total del iniciado, que dejó atrás la etapa del profano y la del neófito. Estos espacios

están definidos por los ya descritos lugares masónicos, por los cuales se puede transitar y trasladar libremente.

En ellos, siempre, se lleva a cabo el habitar, esto es tanto el cuidar como el cultivar, como el construir que es propio del Arte Real. Es preciso recordar que el habitar es la más primaria de las necesidades humanas, que es el proteger. Y este proteger tiene su fundamento en la paz para vivir en tranquilidad y en la libertad que pone distancia a los peligros, desde el ataque de una fiera salvaje, a los no menos violentos de la opresión y la tiranía.

Esa es la esencia del hombre, del iniciado, en toda su gama de actividades

Los pensamientos, los razonamientos, las creencias, la sensibilidad, que se ensanchan en el vivir, en la experiencia existencial

El espacio de la Francmasonería

La francmasonería como institución, ocupa indudablemente un espacio en la sociedad, en la historia y en las tradiciones. Recoge y ha preservado antiguos ritos, mitos y misterios iniciáticos. Es, en este sentido, guardiana de un valioso acervo cultural.

Pero su esencia no está en eso. La esencia de la francmasonería reside en lo que hacen sus miembros con ese legado. Ella, como muchas otras organizaciones humanas, depende del valor que significa para ellas el trabajo que realizan quienes son llamados a integrarla. De modo que son los masones, su forma de estar en el mundo, lo que le confiere esencia a la francmasonería.

Establece sí, un marco regulatorio, lo que son sus propios límites, mediante la proposición de determinados "*landmarks*". Se ha dicho que no es materia de este trazado discutirlos; salvo,

para estos fines, establecer, o traer a la presencia, dos de ellos: la creencia en un ser o ente superior, el GADU, y la inmortalidad del alma.

Es sabido que la francmasonería adquiere múltiples formas de expresión en distintos Orientes, y que muchas veces hay conflictos insoslayables entre ellos. La pregunta válida en este aspecto es, o mejor planteado, el dilema, de si la libertad tan amplia de pensamiento que proclama es parte de su esencia; o si por el contrario, si tal diversidad es contraria a la aspiración no cumplida de su universalidad.

La discusión, llevada a extremos de polémica casi insoluble, en lo que dice relación a los “*landmarks*”, ya es mala señal. Porque eso, claro, no ayuda a mantener la claridad y la inalterable deseada pureza de su esencia.

Vistas así las cosas, podría no ser un espacio masónico, entendido como aquel en que se realiza el ser del masón. Aunque tampoco debería reducirse a una forma externa expresada en su sola institucionalidad material.

El espacio del ser iniciado

Este espacio no está ni en el cuerpo material, ni en el intelecto, ni en alma ni en el corazón. ¡Pero está!. A lo más se podría admitir que es un espacio interior, aún cuando no tanto interioridad sino más bien en el sentido de una intimidad, de un ámbito privado. El microcosmos podría ser el símbolo adecuado. En todo caso, desmaterializado por completo, es el espacio en que se centra toda la actividad del masón.

El ser como fin, no queda fuera del hombre, en su límite, sino que viene a ser su esencia misma. La búsqueda de la perfección, que es entre nosotros la alta consideración moral, como responsabilidad de nuestros actos y acciones consigo

mismo y con nuestros semejantes, especialmente los más próximos.

Esa perfección, no es pues, un fin del proceso iniciático sino, de veras, - y vale insistir en ello - es la comprensión que esa búsqueda es ciertamente ella misma su propia esencia. Esencia que no es inmutable abstracción, sino un permanente quehacer, un habitar y construir, que se va perfeccionando a fuerza - lo sabemos tan bien - a fuerza esforzada y dura del trabajo con el mazo y el cincel.

El control del trabajo iniciático en este espacio, lo realiza con rigor implacable la Plomada. Nada hay que escape a su escrutinio. Doloroso a veces, pero justo. Es la conciencia del iniciado, cuya precisión no admite el menor desvío. La recta verticalidad es la guía del camino seguro de todo francmasón

Cuando Bergson habla que *“mientras más se intelectualiza la conciencia, más se espacializa la materia”*, está aludiendo quizás, al hecho que el uso de la razón y el intelecto, como herramienta única, es posible que eso conlleve a que las cosas adquieran más espacialidad, esto es, que se ganen la posibilidad de ocupar un espacio. A contrario “sensu”, si, como la masonería puede usar otros medios que están a su alcance, como la intuición, el método simbólico, y los ritos, entonces, admitamos que, así las cosas, ella la francmasonería, podrá acercarse cada vez más a la progresiva desmaterialización de sus espacios.

Los antiguos griegos nos legaron la idea de *“Aletheia”*, que los romanos entendieron como *“veritas”*, y que en nuestro castellano se entiende por “verdad”. Pero el griego lo pensó de otra manera. Lo pensó como un modo de hacer evidente, como “des-ocultar”, o develar, quitar el velo. Porque *“Lethe”*, es velamiento.

En efecto, los antiguos iniciados, los sabios, ocultaron su sabiduría esotérica en mitos, en ritos y en símbolos. Entonces, el iniciado de hoy debe realizar el camino inverso, esto es sacar a la luz del saber esa sabiduría, hacer patente el misterio oculto. Si *Aletheia* es presencia, *Letheia* es ausencia.

Ese es sentido esencial del espacio en que se desenvuelve el ser del iniciado. La esencia del ser masón – o la esencia del ser iniciático – va definiendo y precisando con creciente rigor – desocultando – lo que es y lo que debe ser.



El Oriente Eterno

“Los lugares que ahora recorre no los conocemos”.

¿Es este un espacio ideal, o irreal, soñado, ilusorio, utópico, imaginario, que sólo satisface nuestras esperanzas y anhelos de inmortalidad? ¿Existe en verdad? Desde el momento que creemos en él, sí. Ajenos, por cierto, a toda racionalidad

Espacio que, a diferencia de otros, está indisolublemente conectado con sólo un lugar: el lugar del Ritual Fúnebre.

*“Adonde el Paraíso,
sombra, tú que has estado?”*

Busca, Alberti, de algún modo, casi con angustia pretender una respuesta, que quizás nadie ha contestado, ni seguro nadie podrá hacerlo.

El límite de este espacio es aquel donde empieza la eternidad. El iniciado accede al conocimiento definitivo y total, como la suprema iniciación, en el espacio de la Cámara Secreta del G::A::D::U::.

Quién sabe si la eternidad no es más que un instante infinitesimal, medido según los conceptos temporales de esta existencia (la que vivimos ahora). Pero si el alma inmortal, porque de ella se trata, cruza el *“lethe”*, uno de los cinco ríos del Hades, haciendo la travesía como griego, griegamente, la cubrirá el olvido. Olvido de cuanto vivió, sufrió o disfrutó.

Es que como ha cesado de haber duración, y según lo revela Bergson, ya no hay experiencia de todo acto, al cual ya no puede hacerse llegar el pasado al presente mediante la memoria, a un presente que tampoco existe, ni menos proyectarse a un futuro imposible como esperanzas y anhelos.

*“sé bien venido, mundo de las sombras!
Feliz estoy, así no me acompañen
los sonidos de mi lira, pues por fin
como los dioses vivos, y más no anhele”.*

“Como los dioses vivos”, quiere decir Hölderlin dos cosas: que sigue estando vivo y que esta nueva vida es la misma

que la de los dioses. ¿Es éste el fruto del árbol de la vida plantado en el jardín del Edén cristiano? Sólo que de ahí fuimos expulsados por lo mismo que Hölderlin anuncia como un regreso. Y que la francmasonería en la cercanía de nuestro ritual, expresa lo mismo: *“ojalá nuestro querido hermano viva siempre contigo, como vivió con nosotros”*.

El nacer a una nueva vida, ya es planteado tan tempranamente como en la Cámara de Reflexiones y en el Ritual de la Iniciación.

Agregaba Hölderlin que ya nada anhela. Porque, cierto, ¿qué más se podría anhelar humanamente? En este Espacio masónico, sin embargo, cualquiera sea el modo en que sea concebido, esa *“patria de las almas”*, ofrece el descanso eterno:

Como se escucha desde una vieja voz de la lengua castellana,

*“así que cuando morimos
descansamos”*.

Y más cerca nuestro, en el valle del Elqui:

*“para las hondas huesas tu carne todavía
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir”*

A este espacio, a este espacio, en que no puede anhelarse nada más que un eterno descanso, ofrece y aspira la francmasonería a que sus iniciados, alcancen la plenitud de su ser espiritual *“en el templo inmortal de la verdad”*.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CONSTRUCCIÓN DE CATEDRALES EN EUROPA POR LOS MASONES OPERATIVOS

Enfoque y Objetivos del Trabajo

Dentro del heterogéneo material existente, se ha procurado destacar aquello que podría tener importancia para la Francmasonería moderna. Por lo mismo, no se profundiza en aspectos de Historia general ni en detalles técnicos arquitectónicos, salvo en cuanto ellos se requieran para alguna determinada explicación o tesis.

Se ha tratado de imprimirle la mayor objetividad posible, utilizando, hasta donde se ha podido, los textos y citas originales antiguos.

Gran parte de las actividades de la masonería operativa se transmitieron en forma oral, otras, en publicaciones de carácter restringido que no han llegado hasta nosotros; y como, por otro lado, el simple relato de hechos no es propiamente historia, ambas cosas obligan a intentar interpretaciones de los fenómenos históricos.

Estas interpretaciones que bajo ciertos supuestos, permiten rellenar lagunas documentales y dar coherencia a toda una situación pasada, es dejan en la parte de las conclusiones, a menos que la continuidad de la exposición obligue a intercalarlas en el texto.

Se intentaba probar la tesis que había una línea directa de transmisión de ciertos conocimientos de la antigüedad clásica,

especialmente pitagóricos. Aunque hay algunos rastros, ello no permite llegar a resultados muy concluyentes.

En todo caso, se da un resumen de la actividad de los masones operativos en la construcción de las Grandes Catedrales góticas; y la posibilidad de plantear algunas líneas de investigación que tengan interés para el futuro.

Situación histórico-cultural

El período histórico que los historiadores del siglo XIX llamaron Edad media, se sitúa tradicionalmente entre la destrucción del Imperio Romano de Occidente y el Renacimiento

Pero como la continuidad histórica es más fluida que tales convencionales distinciones, todavía es posible ver en el siglo VI formas y pensamientos romanos personificados en Boecio, como San Agustín en el siglo V, es ya un hombre medieval.

De la misma manera en el otro extremo, los nuevos aires renacentistas empiezan a soplar ya en el "*trecento*" y el "*quattrocento*".

Importa si, una distinción el paso del mundo antiguo al medieval lo fue por un proceso irreversible de aniquilamiento total. El ocaso del mundo medieval se produjo por una crisis de crecimiento, de impulso vital, generado en los siglos XII y XII, en los que germinaron y se desarrollaron las creaciones más importantes de la Cultura Medieval: las Universidades, el establecimiento de la Burguesía, las Catedrales Góticas.

"No podemos hablar de una senilidad de la Edad Media como podemos hacerlo respecto a las postrimerías, de la Cultura faraónica o de la Cultura grecorromana" (Millas J.)

El medieval, contrariamente a lo aseverado por algunos

lugares comunes, es una época bullente de ensayos, de ideas heterogéneas de fuerza vital, de un pensamiento crítico y, muchas veces, escéptico. Por eso es que no se pueden explicar con la misma medida la labor de Carlomagno, Isidoro de Sevilla, o Casiodoro, con la de Rogerio Bacon, Tomás de Aquino, Alberto Magno, Bocaccio o Dante. Ni la distancia no sólo histórica que separa a Benedicto de Nursia de Francisco de Asís.

Y si se funda en moldes más o menos estables como la visión cristiana del mundo, la consolidación institucional de la iglesia Católica Romana y el sistema económico – político del feudalismo; no siempre las cosas fueron muy tranquilas en su seno.

Desde luego, la fe religiosa predomina casi sin contrapeso, pero se manifiesta desde las supersticiones más burdas, a la persecución inhumana de las herejías, hasta la superior conciencia de lo absoluto. Fe que, si en rigor debe sostenerse por sí misma, hubo de ser socorrida, en gran parte, por la razón para resolver las dudas y angustias del hombre medieval. Tanto herejías como fuertes discrepancias y revisionismos, por poco, casi anticipan la Reforma.

En el mismo sentido se expresa la vida política con el lento establecimiento y expansión de los estados nacionales para enfrentarse al poder feudal y al de la Iglesia Romana. Lucha, ésta última, en que por un lado combaten Gregorio VII, Bonifacio VIII e Inocencio III, y por el otro, Enrique IV, Felipe el Hermoso y Federico II.

La formación de las ciudades y la mejoría general de las rutas de comunicación, producen en lo material, crecimiento económico, a través del comercio y el desarrollo de industrias.

Socialmente, el aislacionismo del régimen feudal cede lugar a un mundo cosmopolita, y la formación de la clase burguesa y un espíritu comunitario originado en el sentimiento

de un origen común, que se refleja en las canciones de gesta.

Espíritu comunitario es la comunidad monacal, la comunidad caballeresca, la comunidad intelectual y la comunidad de trabajo. Sus instituciones son el Monasterio, la Orden de Caballería, la Universidad, respectivamente y el Gremio.

El Monasterio es retiro espiritual y lugar de protección física; pero en forma sobresaliente es el gran centro de poder político y económico, y centro de cultura y estudio (traducción al latín de autores griegos y árabes).

“El gremio es la institucionalidad corporativa del oficio. Reúne en su seno a todos los artesanos de una misma actividad brindándoles protección económica, jurídica y moral”.

Es la institución más influyente en el trabajo de los centros urbanos. Su rodar reside en la "fuerza de cohesión social que vincula a sus miembros. Si desde el punto de vista material es una sociedad de interés económico, desde el punto de vista moral es una verdadera hermandad, que liga por tradición y por ideales, simbolizados en la figura de algún Santo patrono y en multitud de insignias alegóricas" (Millas).

En un sentido de Superior producto cultural, es la expresión por primera vez, de la energía y el espíritu de acción hacer cosas en el mundo característica del hombre occidental; reflejados en la obra política, las Universidades, la Teología, las Catedrales Góticas, las Cruzadas; y que Dante, espíritu de su tiempo al fin, exalta al colocar en la primera fila del Infierno, justamente a los que vivieron en la inacción, vida ociosa. Otro, es la tendencia a la unificación y la jerarquización; es decir, a manifestarse en procesos de ordenamiento del mundo y el hombre.

Claro, que tal unificación es el resultado de un equilibrio más o menos estable de fuerzas a veces antagónicas, que una

verdadera uniformidad expresando un acentuado dinamismo espiritual.

A lo anterior, se une la conciencia autocrítica, despertada en la profunda modificación de las condiciones de vida y de las instituciones (monasterios, por ejemplo.)

Por último, un ideal ascético y antimundano, generado religiosamente por la tarea de la salvación del alma y materialmente por el desorden y caos producido por las invasiones bárbaras y guerras que llegaron hasta el primer milenio. Finalizado estos "tiempos revueltos" un período de paz y desarrollo permite al hombre medieval alcanzar a las cumbres de su creación entre otras, las catedrales góticas.

La asociación medieval fue una comunidad concreta y su ocaso se produjo en gran medida por la pérdida de ese vínculo concreto. Para que éste exista, se requirió de formas simples de vida, relaciones económicas poco diferenciales, escaso desarrollo industrial, pequeñas concentraciones urbanas organizaciones políticas descentralizadas.

Pero también, y fundamentalmente, exigió una unidad espiritual afincada en creencias muy estables sobre el hombre y el universo y que se resumen en las formuladas por Tomás de Aquino: Dios personal y creador, el hombre con un destino moral de su existencia; mundo físico real y cognoscible, y, la comunidad espiritual de todos los hombres.

El arte medioeval

Dos son los estilos que dominan el medioevo el Románico y el Gótico. El Románico, heredado directo del arte y la técnica romana se desarrolla a lo largo de toda la Edad Media hasta desembocar, bajo nuevas formas, en el Renacimiento.

El otro, es el llamado estilo Gótico u ojival que aparece

definido ya en el siglo XII; en momentos en que se asiste a la profunda transformación de la sociedad religiosa y civil a que se ha hecho mención anteriormente.

En lo religioso, la preponderancia pasa de las abadías a los obispados; en el orden civil comienza la vida municipal. El románico construye iglesias abacales; el gótico las episcopales, la Catedral. El estilo gótico, debe destacarse, adquiere vida en forma paralela al románico, pero geográficamente, prospera en regiones donde no hubo estilo románico.

Y, al contrario, las mayores manifestaciones del románico (Sud Occidente de Francia, Auvernia, Renania, baja Sajonia) se producen en regiones en que no surgió nada gótico. Borgoña, Normandía e Inglaterra con florecientes escuelas del románico, abandonaron muy lentamente sus tradiciones. Por consiguiente, el gótico no se ha derivado del románico.

Esto, que no concuerda con una explicación evolutiva de la historia hace pensar que “las grandes tendencias estilísticas del arte occidental son creaciones espirituales, que teniendo en cuenta su aparición y desarrollo en el tiempo. debemos definir como entelequias” (Jantzen).

El estilo gótico. Los Orígenes

Para la historia oficial, los orígenes del estilo gótico son nebulosos y hay gran diversidad de opiniones sobre la forma como se desarrolló.

Ya la palabra gótico, ha provocado las primeras interpretaciones para unos es la denominación para un arte bárbaro de los godos. Otro Fulcanelli sostiene que proviene de Art Goth, argot, lenguaje oculto.

Algunas características aparecen en edificios de la época románica, como arcos ojivales en algunas iglesias de Borgoña y

en la Iglesia del Temple en Londres, siglo XII. La cruzada del Císter lo hace evolucionar fuertemente.



Las constituciones cistercienses de 1119 contienen un ordenamiento de los problemas arquitectónicos basados en la sencillez y el repudio a todo lo superfluo, en contra del lujo de Cluny. Así, se ven elementos góticos en las abadías cistercienses de Fontenay y Pointigny.

La Comunidad monástica benedictina se divide en dos grupos: uno, que acoge la regla de San Benito, en forma atenuada; el otro, con una disciplina rígida (cistercienses y luego los franciscanos, en 1208). Sólo los benedictinos no reformados acogen el arte gótico con sus investigaciones y esplendor.

La nueva arquitectura respondía por su forma a las aspiraciones de la Orden.

El hogar del gótico es, sin duda, la Ile de France, Champagne y Picardía. En un radio de poco más de 100 Km., alrededor de París, están contenidas la mayor parte de las catedrales góticas primitivas.

Gould, como buen inglés, desplaza el nacimiento del gótico hacia occidente en el norte del Loira, dejándolo en plena Normandía y los normandos, pueblos de genio original que fundó un estilo a poco de comenzar su período, lo llevaron a Inglaterra "donde reemplazó a la antigua arquitectura la cual no era con toda probabilidad muy diferente, aunque posiblemente inferior a los antiguos edificios que subsistían al otro lado del canal".

Agrega que "una razón porque el verdadero gótico se desarrolló casi simultáneamente en Francia e Inglaterra fue que en ese tiempo la frontera entre ambos reinos era casi continua de un extremo a otro de Francia.

Posibles influencias

Uno de los motivos que caracterizan el gótico es el arco ojival u ojiva. Este elemento es absolutamente extraño a las antiguas tradiciones de Occidente, excluida la arquitectura bizantina. Pero, existe desde muy antiguo en Siria y Armenia.

Choisy, supone que fueron conocidas durante las cruzadas incorporándose a la arquitectura clunisiense de Siria para luego pasar a Occidente por alguna de las siguientes vías de transmisión: 1.- Por Venecia, la vía bizantina, hacia el Norte, el Rhin y el Atlántico. 2.- Por el Mediterráneo y el Ródano, y 3.- Por Armenia, las aguas tributarias del mar Negro a Escandinavia.

En este mismo sentido, el autor P. N. señala que "los godos y visigodos habían introducido influencias orientales,

particularmente las de Egipto, de Palestina, de Siria y de Persia Sasánida".

La influencia asiática habría penetrado en la Galia hacía el siglo V y VI, mediante los monasterios orientales, de modo que es posible que ciertas formas arquitectónicas se hayan transmitido de Oriente a Occidente por medio de los sacerdotes. En Parentalia, Christopher Wren, citado por Gould, expresa que el gótico sería de origen sarraceno en una forma cristianizada.

El mismo Gould, agrega que a la caída de Roma quedaron cuatro países libres para seguir los dictados de nuevos maestros: Italia, España, Galia e Inglaterra, y que fueron el campo propicio para el gótico. De ellos, en España, dominada por los moros, no hay trazas de arquitectura visigoda; la Galia estaba en estado de barbarismo, su parte Norte fue campo de misioneros irlandeses y, consecuentemente, anglosajones, los edificios de la temprana iglesia anglosajona eran posiblemente más espléndidos que los derivados de Italia, pero la mayor parte debe haber desaparecido durante las guerras con los daneses. En Italia, Roma hizo los últimos esfuerzos en San Juan de Letrán, San Pablo extramuros y San Pedro.

Las formas bizantinas de San Marcos, siglo XI, parecen no haberse extendido más que a Rávena, influencia que quedó confinada al exarcado.

Governor Pownall, citado también por Gould, cree que la arquitectura gótica, en una forma científica y regular fue desarrollada por las corporaciones de Francmasones a principios del siglo XII. El estado ruinoso de muchas iglesias en el Norte de Europa (debido a las invasiones bárbaras) habría hecho que el Papa creara Corporaciones de arquitectos y artistas romanos con privilegios exclusivos como el de fijar sus salarios independientemente de las leyes municipales, del país tal como lo hizo Hiram en el Templo de Salomón, y tenían la facultad de

tomar aprendices y admitir o "aceptar" masones aprobados.

Sin embargo, sobre tal teoría, no se ha encontrado prueba documental alguna en los archivos vaticanos.

El gótico en Francia

Se admite generalmente, que las bases del estilo gótico quedaron sentadas con la colocación de la primera piedra del Coro de San Denis, cerca de París en 1140. Esta iglesia de peregrinación fue reconstruida con la participación del Abad Suger (1081 - 1151) eclesiástico y consejero de Luis VI y Luis VII. Luego, vienen las catedrales de Sens, Noyon, Senlis y Laon (1160 - 1205), que constituyen el grupo del gótico primitivo.

La etapa clásica está materializada en las Catedrales de París, Chartres, Reims y Amiens.

Todas, están dedicadas al culto mariano, y por esa razón son conocidas como iglesias de Nuestra Señora (Notre Dame). París se construyó entre 1163 y 1235 o 1250, y se conocen los nombres de los arquitectos directores: Jean de Chelles y Pierre de Montereau.

San Luis, encarnación típica del monarca cristiano, estimula las construcciones religiosas junto a su esplendor político. Chartres, fue iniciada en 1090 pero se reconstruye, después de un incendio, a partir de 1194 prolongándose hasta 1260. No se conoce el nombre del Maestro de Chartres a pesar de la extraordinaria importancia que reviste por las audaces innovaciones técnicas y espaciales que introdujo.

Reims, se construyó entre 1212 y 1241 en sus partes principales. Iniciadas por Jean D' Orbais, fue terminada hacia el siglo XV.

Amiens, la empezó a construir Robert de Luzarches y luego la continuaron los Cormont, Tomás y Regnault. A estas

Catedrales que marcan la culminación del Gótico francés hay que agregar la Sainte-Chapelle (1244 - 1247) proyectada por Pierre de Montereau, Beauvais, Bourges, Saint Michelle (Abadía).

El gótico en Inglaterra

A partir de la influencia Normanda, el gótico inglés, entre el período de Ricardo I y Eduardo I (Primer Plantagenet) tiene fuerte raíz francesa.

El Coro de Canterbury, comenzado por Guillermo de Sens hacia 1173, fue continuado por Guillermo el "Inglés", al verse forzado a renunciar aquél, debido a "ofensas" recibidas en su profesión.

Lincoln, por Hugo de Grenoble (o el Burgundio) entre 1186 y 1200 (Nave y sala capitular).

Salisbury, Cruceros de la catedral de York, coro y crucero de Rochester, parte de Ely y Wells.

Westminster, iniciada en ésta época, tiene una larga historia a partir de la fundación benedictina, y la complejidad del conjunto que incluye la catedral, claustro, sala capitular, patios, talleres y hasta huertos. (A diferencia de los franceses que sólo tienen el templo).

Entre 1055 y 1150 los edificios tuvieron la línea de la arquitectura sajona - normanda; de 1245 a 1260 el primer Plantagenet, entre 1330 y 1350, el último Plantagenet; Y rectilíneo hasta 1420.

De Westminster se ha dicho, y lo reproduce Gould, que "es un hermoso pensamiento francés expresado en excelente inglés".

En Alsacia

Estrasburgo, construidas sobre la antigua catedral románica iniciada por Clodoveo en 504 y destruida en parte el 873, para de nuevo ser saqueada e incendiada por el Duque Hermann el 1002.

Entre 1250 y 1290 realiza el actual edificio el famoso maestro Erwin von Steinbach, trabajos que, a la muerte de éste, continuó su hijo (1365). Fue terminada en 1439.

El gótico en Alemania

Las primeras catedrales, de clara influencia francesa son Nuestra Señora de Tréveris (1242 –1250) y Colonia construida entre siglo XII y el XVI, pero terminada recién en 1880, y Friburgo.

Posteriormente se edificaron Ulm, las llamadas Iglesias - salón, Sta. Isabel de Marburgo (1235), Ratisbona, San Esteban, San Martín de Maguncia y Nüremberg.

Luego el gótico se prolonga al este y sur: en Bohemia, la Catedral de Praga; Basilea y Viena. Hacia el Norte: Riga. Aba (Finlandia), Upsala (Suecia).

En Italia

La fuerte influencia del clasicismo hizo que el gótico no fuera aceptado plenamente en Italia. No se extendió más allá de unos ejemplos en el Norte, en la llamada escuela de Pisa.

Las abadías cistercienses de Fossanova, San Galgano (1224), iglesias conventuales de Dominicos y Franciscanos, algunas no conventuales como Pisa (Sta. María della Spina), Sienna, 1243 (por Giovanni Pisano); Florencia (Sta. María del

Fioro, 1296 por Arnolfo di Cambio, y Francisco Talenti la cartuja de Pavía (1396 - 1481) y finalmente, el exponente máximo, la Catedral de Milán iniciada en 1386, y que para saber cómo continuarla hubo de llamarse a un concurso internacional de Maestros. Fue terminada muy avanzado el Renacimiento.

En la Península Ibérica

En España y Portugal, el gótico se expresa unido a las tendencias hispano- musulmanes y cristianas autóctonas. A un período arcaico entre fines del siglo XII y XIII; corresponden las catedrales de Ávila, Sigüenza, Lérida y Tarragona. Toledo por el Maestro Martín (1227) y luego por Petrus Petri muerto en 1291.

Entre los siglos XIV y comienzos del XV se manifiesta el gótico purismo, entre las que destacan las catedrales de Burgos, León, Palencia (1321), Pamplona (1397 - 1427) Barcelona (Santa María del Mar), Gerona, Valencia, Palma de Mallorca.

Una etapa final, el flamígero, entre los siglos XV y XVI, presenta en Oviedo, Sevilla, Zaragoza, Nueva de Salamanca, San Juan de Reyes (Toledo), un gótico ya muy alterado por la arquitectura morisca-cristiana y el renacimiento español.

Según, Gould, las primeras catedrales especialmente Toledo, León son de claro origen francés. Pero en Burgos y parte de Toledo habrían actuado artistas germanos, entre los que cita a dos masones de Colonia: John y Simon.

Características, técnica y materiales

La idea religiosa materializada en la arquitectura solo se pudo realizar mediante una técnica muy desarrollada; pero la

progresión histórica del gótico demuestra que incluso esa técnica, a veces estuvo por debajo de las exigencias conceptuales; y por lo tanto hubo de modificarse de acuerdo a ellas y las condiciones de los materiales disponibles. Aunque hubo fracasos, como la doble torre de Laon, las bóvedas de Beauvais, el dominio técnico es más admirable si se considera que tales catedrales se mantienen hasta nuestros días.

Tres son los elementos constructivos que caracterizan el gótico. El más importante es la bóveda de crucería o de aristas, puesto que permitió transmitir las cargas o esfuerzos a puntos aislados, y por consiguiente dar la posibilidad que los muros de sostén puedan estar totalmente calados.

El otro, es el articulado sistema de arbotantes y contrafuertes, que trasladan al exterior los empujes bastante considerables de las bóvedas.

El último aporte gótico es el arco ojival u ojiva que estáticamente genera un mínimo de tensiones laterales y da líneas de fuerzas casi verticales.

El uso combinado de todas estas innovaciones técnicas, dio como resultado, construcciones de carácter imponente, en especial en cuanto a la altura que progresivamente fue aumentando: la nave principal de París tiene 24 mts.; Chartes, 36; Reims, 38; Amiens, 42; Beauvaie, 48. Y no sólo en la altura relativa, sino también, en la razón largo/alto: En Sens es de 1 por 1,4; en Noyon 1 por 2; Chartres 1 por 2,6; París, 1 por 2,75; Amiens, 1 por 3; Beauvaie, 1 por 3,4.

La escala de los edificios está dada por la forma de hacer trabajar los materiales. Los edificios de la Antigüedad dan la sensación que la piedra está sometida a esfuerzos mucho menores de lo que es capaz. En el gótico, se siente que el arquitecto ha querido hacer trabajar la materia al límite de su resistencia. Y esto da un índice muy neto de sus dimensiones

reales "Una construcción en que la piedra trabaja al límite de su resistencia, tiene una escala absolutamente determinada" (Choisy).

Es esta una arquitectura que no conoce la medida métrica: las magnitudes surgen de las medidas fundamentales elegidas y de las relaciones fundamentales elegidas entre figuras regulares de la construcción, el cuadrado, por ejemplo. Es una construcción de base geométrica más que aritmética, donde los espesores de Pilares, contrafuertes, columnas, se expresan siempre según una norma de cotas enteras de notable sencillez. La arquitectura es una rama del Arte de la Geometría, y los arquitectos son llamados, a veces, "*Magistri geometriae*".

Existían trazados, geométricos de figuras inscritas triángulos equiláteros, "egipcios". Y tanto si se considera la simplicidad de las relaciones, como de los trazados gráficos "se reconoce en nuestro medioevo una tradición que se remonta a tiempos muy antiguos, y los francmasones atribuyendo a sus métodos una antigüedad salomónica, reivindican una filiación que alcanza, aun, más lejos" (Choisy). La altura de las hiladas piedras es como una unidad de medida, sin estar presente, y da siempre el valor de la escala humana a pesar de la monumentalidad del conjunto.

Además de los trazados reguladores geométricos, hay ilusiones ópticas, correcciones perspectivas, disimetrías, si una razón evidente las justifica.

Organización de las obras

Con algunas notables excepciones, las catedrales se hicieron con bastante rapidez. La obra gruesa de París se hizo en poco más de 30 años, lo mismo que Reims; Chartres y Amiens en 60 años.

Los recursos para las construcciones fueron en dinero y trabajo voluntario. El dinero era contribución de los burgueses y de los Señores, como también de la venta de indulgencias. Rouen y Bourges tienen torres con los nombres de las dispensas que suministraron los fondos para construirlas. La nave estaba a cargo del pueblo y el coro, de los nobles (lo que a veces producía extrañas situaciones).

Salisbury costó L 6666 13s 4d más la piedra que fue donada en su totalidad por doña Alicia de Bruese (Gould). Y un usurero de París tranquilizó su conciencia ante el obispo haciendo importantes aportes para Notre Dame.

Los que trabajaban en las obras eran considerados como soldados de la liberación de los Santos Lugares. Eran de bajo rendimiento puesto que venían a ganar indulgencias más que a trabajar, de modo que los verdaderos obreros de los edificios góticos fueron los artesanos asalariados. El clima que se vivía en torno a estas construcciones, lo narra en 1144. Robert de Mont-Saint-Michel: "este año vimos en Chartres, por primera vez, a los fieles uncidos a carros cargados con piedras, maderas, cereales y muchas otras cosas necesarias para los trabajos de la Catedral.

Así, sus torres se elevaron a lo alto como por arte de magia". Y Haimon de St Pierre-sur-Dive, agregar: "y, a pesar de que más de mil personas se encuentran reunidas, reina el más profundo silencio, no se oye una sola palabra, ni siquiera un murmullo", "una vez que los peregrinos han llegado a la iglesia a cuya construcción quieren contribuir, hacen un cerco de carros y, dentro de él, velan y cantan salmos la noche entera" (Cit. por Jantzen, H).

Y en este espíritu de emulación, cada localidad quiere eclipsar a las demás.

A pesar de estas disposiciones, los obstáculos eran

numerosos. El aprovisionamiento de materiales, precario y costoso. Esto hizo, sin duda, que la piedra se usara en forma limitada y explicara la eliminación de las masas en las estructuras. Este espíritu de combinación que hizo su grandeza, lo llevó, asimismo a su decadencia y declinación: "envalentonado por los obstáculos que había vencido, no se detuvo más que ante lo imposible" (Choisy).

Los Obradores



Las experiencias técnicas se concentran en un taller Logia al lado de la edificación, donde laboran los obradores en funciones de dirección, coordinación, planificación y cuidado de las obras; albergando, además, a los escultores y silleros. La corporación es el opus, la fábrica, *l'oeuvre*, diferenciando la administración financiera (el "Operarius"); de los maestros ejecutores ("Magister Operis").

Un rígido ordenamiento jerarquizaba el trabajo en común de Maestros, capataces, y aprendices, "elegidos todos de acuerdo a una ética y una vocación particulares" (Jantzen) como lo revelan los estatutos Corporativos de la Edad Media.

Como ya se ha dicho, se conoce gran parte de los nombres de los obradores, y aparentemente gozaban de la mayor importancia puesto que dejan su nombre en una de las losas de la nave central. Son los laberintos, que parecen reconocer en Dédalo, el Maestro común de los arquitectos de occidente. El de Chartres es un círculo de 12 m. de diámetro sobre un esquema de seis lóbulos. El de Reims, un cuadrado con octógonos en sus esquinas y conduce a un centro también octogonal. En Amiens, también octogonal (con los nombres de Luzarches y los Cormont).

Estos arquitectos salen, en general, del pueblo civil, de donde traducen su espíritu y su tendencia, a diferencia de las épocas carolingia y Románica en que la arquitectura se irradiaba a partir del foco cultural monástico de las abadías benedictinas. En el gótico, la formación del arquitecto se hace laica, y parece que, en ella, son absolutamente necesarios los viajes de obra en obra. Como los compañeros carpinteros, adquirirían los conocimientos en el taller de un maestro, o por tradición familiar (Cormont, Steinbach). No parece que existieran corporaciones especiales de arquitectos.

Tanto éste como los más modestos intérpretes de su

pensamiento eran tomados de los cuerpos de artesanos. Jean de Chelles es designado como maestro tallador de piedra. Hugo Libergier tiene en su tumba (con la distinción de estar en una catedral) la escuadra y compás del trazador.

El arquitecto gótico es el primer obrero y el organismo complejo de los métodos exigía que el maestro de obra, viviera plenamente la vida de obrador, dentro de la cual se estilaban los concursos (Saint Ouen, Milán) y los encargos para trabajos en lugares distantes. Presentan al obispo y su capítulo el proyecto, en base a dibujos y modelos, y las condiciones de trabajo, honorarios, presencia en los trabajos y en la cantera.

Las cuentas de gastos muestran a "maestros" que reciben un jornal diario, en dinero o especies. La obra de mano se paga a "trato", la prueba está en las marcas hechas en las piedras labradas, "para simplificar con ello el recuento del trabajo.

Estas marcas, o sellos lapidarios, constituyen por si mismas otro gran tema dentro del arte gótico, y no están destinadas solamente a llevar la cuenta del trabajo.

En efecto, de acuerdo a las investigaciones del Arquitecto austríaco Rziha, estos monogramas o signos geométricos eran entregados en las Logias de los talladores de piedra, a cada compañero que era admitido en el segundo grado de la corporación y que le pertenecía toda la vida. Le servía de firma en las piezas importantes, claves de bóveda, por ejemplo, de signo de reconocimiento y de paso en sus viajes.

Cada uno de ellos tiene un centro de simetría y una trama característica. En la poderosa Deutsche Bauhütte, existen cuatro tipos de diagramas básicos, uno para cada Gran Logia que la formaba: Signos de cuadratura, otorgados a los talladores que ascendían a Maestros en la Logia de Estrasburgo; de triangulación conferidos por la Gran Logia de Colonia; Cuatrifolio (rosetón de cuatro lóbulos) por la Gran Logia de

Viena; y Rosetón trilobado (trébol) por las Grandes Logias de Berna y de Bohemia.

La educación técnica del obrero se hace también en el taller; luego el compañero completa su instrucción con los viajes, quedando la vuelta de Francia como recuerdo. La Edad Media no conoció la libertad de las profesiones a lo menos para dejarle al obrero bastante independencia como para ver en su obra la huella de su iniciativa.

El tallador de piedra no es más que una fuerza pasiva al servicio de una voluntad que se impone: el cuadro general trazado por el Arquitecto, pero donde cada artesano es un colaborador responsable.

"Si bien los maestros góticos tenían a su disposición el programa teológico, también las consideraciones artísticas ejercían su influencia sobre él y llevaban a subrayar con más fuerza éstos o aquellos rasgos en este aspecto, teniendo en cuenta la diversa formación estilística de los talleres, también Pudieron actuar las influencias recíprocas entre estas corporaciones.

Es evidente que, para el diseño de los grandes motivos, la atmósfera del taller fue a menudo más importante que los programas de los clérigos, la iniciativa de los maestros más importante que el deseo de quienes encargaban el trabajo" (W. Vöge, cit. por Jantzen.)

El código de las corporaciones parisienses redactado por Esteban Boileau, data de 1258. Para muchas corporaciones, carpinteros entre otras, los estatutos se reducen a registrar los usos establecidos, las condiciones de admisión, tiempo de aprendizaje, garantías de buena ejecución, y hasta las horas de abrir y cerrar el taller. No admitían más que productos irreprochables y por eso llegan hasta prohibir el trabajo por las tardes a los oficios que exigen una obra de mano delicada y cuidadosa.

Bajo este régimen de disciplina, los obreros de la construcción tienen una situación distinta que la confirma el carácter de sus obras y el texto de sus estatutos.

Los diferentes cambios de servicio provocados por la ejecución de diferentes obras, condujo a las relaciones de confraternidad y de asistencia mutua. En una profesión errante es casi necesario el intercambio de hospitalidad. Pero la transmisión más directa de las ideas tiende a establecer la uniformidad de los métodos. La uniformidad conduce al formalismo. Y si cada iglesia del siglo X I I I tiene su fisonomía, conocer una del X V, es conocerlas todas.

Los maestros, dice Hope "iniciados en todos los secretos de las presiones y reacciones de los más complicados arcos, tan esenciales para lograr la rigurosa forma de las construcciones, y tan intrincado que el propio Wren confesaba su incapacidad para penetrar en sus misterios. Sin embargo, el paso de todo el arte de la construcción de manos de esos hábiles maestros a las de inexpertos novatos no formados en las escuelas de Francmasones y cuidando de no arriesgar sus atrevidos diseños, forzaron a la arquitectura a retroceder de un altamente y complejo sistema, a uno más simple en sus principios y de más fácil ejecución. (cit, por Gould.)

Formas y características estilísticas

La catedral ocupa en la organización social del medioevo la categoría más alta. Y el contraste absolutamente desproporcionado con las construcciones civiles y el tamaño de la ciudad, da un índice de su importancia. No sólo es templo, sino un verdadero medio de educación, lugar de asamblea públicas, fiestas civiles y misterios. Es el centro único de la existencia comunal.

Las formas de la manifestación artística cabalmente estos supuestos que le son propios. El gótico, quizás más que cualquier otro estilo, contiene esa coherencia entre lo formal y lo conceptual; entre los recursos técnicos y las expresiones espaciales. Porque el concepto del espacio, del ámbito, es el punto de partida para la concepción arquitectónica.

Aquí, pues, la forma tiende a la estructura como la expresión a la idea; el análisis de los medios decorativos no es más que un complemento de los procedimientos de construcción, de manera que el estilo no cambia caprichosamente, sino como resultado de la construcción misma.

La voluntad gótica, en virtud de su afán trascendental, tiende a lo no sensible: apela al espíritu más que a los sentidos. La bóveda de crucería, en el interior, al concentrar las cargas en puntos determinados dio la posibilidad de un edificio "todo nervio, sin carne superflua, sin masa inútil" con muros totalmente calados y de una general transparencia.

El arbotante y los contrafuertes por el exterior, permiten liberar el espacio interior de todo lo superfluo y accesorio. La ojiva, a su vez, se ajusta a la voluntad de altura y verticalidad, aumentada por la ilusoria inexistencia de la cubierta.

Estos elementos fundamentales de la estructura, permiten la realización de la intención gótica del espacio. El edificio se hace ingrátido: una enorme estructura de sostén que parece no sostener nada, se transforma en un conjunto de fuerzas puras hacia arriba, compensada horizontalmente con la participación visual de la ceremonia. Si el románico es oscuro, pesado, cerrado; el gótico es liviano, abierto, aéreo. El equilibrio sereno, sin tensiones es griego; el equilibrio del gótico proviene de fuerzas poderosas puestas en acción.

La escultura gótica

La escultura gótica no sólo enriquece las formas arquitectónicas, sino, además, forma una especie de historia de la humanidad teniendo a Cristo como elemento central.

La estatuaria gótica se somete a la arquitectura sin la cual no puede existir, por lo menos en forma independiente. En las tres catedrales clásicas francesas y en Wells, es de una sorprendente amplitud subordinada a un riguroso orden espiritual.

En los portales, se deja el motivo central en el tímpano, el cual sigue por las archivoltas y los muros laterales. Tres son los temas principales:

1. Del Juicio Final. Sobre el fin del mundo y el juicio final de la humanidad. Está en el alzado sur del transepto de Chartres, en el alzado norte del transepto de Reims y en el Central del alzado oeste de Amiens.
2. De la Virgen. Todas estas catedrales son iglesias de María. En Chartres está en el centro del portal norte; en Amiens, puerta lateral del alzado oeste; en Reims en el centro de los tres grandes portales.
3. Portal de los Santos. Patronos y protectores de la iglesia.

Portal de Chartres

Formado por tres entradas entre las dos torres del oeste. En el Central aparece Cristo entronizado entre los cuatro animales apocalípticos (símbolos de los evangelistas). El de la derecha contiene la encarnación de Cristo con la madre de Dios

en el tímpano. A la izquierda, la ascensión del Señor. En la zona del capital, la historia de Cristo. En las columnas, formas de santos, de apariencia ingrátida, separados del suelo, apartados de lo terrenal, son, en suma, de otro mundo.

En el dintel bajo el tímpano, los doce apóstoles, en grupos de tres. En los arcos, doce ángeles y en los dos exteriores los 24 ancianos del Apocalipsis con instrumentos musicales. En el portal lateral derecho, la Virgen entronizada y escenas de su vida.

En las archivoltas las siete artes liberales cada una representada por una mujer con sus atributos respectivos, y además la figura de un sabio de la antigüedad. Se suponen que sean Donato, Cicerón, Aristóteles, Boecio, Euclides, Tolomeo y Pitágoras. (en representación de la gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música).

En los arcos del portal lateral izquierdo, los meses del año, con la actividad agrícola predominante, y los signos del Zodiaco.

Portal de la Virgen

En el transcepto norte, contiene escenas del Antiguo Testamento desde la creación hasta la encarnación de Cristo y exaltación de María, y el árbol genealógico de José. En los muros laterales, profetas y patriarcas del Antiguo Testamento que se consideran premonitorios del Nuevo.

Aparece David con lanza y coronado de espinas, como Cristo; Samuel con cuchillo y cordero del sacrificio; Moisés con las tablas de la ley y la culebra de bronce; Abraham con Isaac atado de pies y manos (sacrificio de Cristo); Melquisedec como rey y sacerdote alzando el pan y el vino.

En el lado opuestos Isaías con un libro de sentencias y el

báculo florecido; Jeremías con una aureola crucífera; Simeón con el niño Jesús en brazos; Juan Bautista con el cordero del sacrificio; Pedro con las llaves. En el pilar central bajo el tímpano, Santa Ana con María en sus brazos. (En todas las otras catedrales está María con el niño). En este impresionante orden y distribución, aparece una historia monumental del mundo y cósmicamente jerarquizado.

En el portal izquierdo estén la anunciación, la visitación, el nacimiento de Cristo, la revelación de los pastores, los reyes magos, el ciclo de las vírgenes necias y las prudentes, la personificación de vicios y virtudes. En el portal lateral derecho hay personajes del Antiguo Testamento: la historia de Job; en el dintel, el Juicio de Salomón. En los arcos, la historia de Simón y Gedeón, Esther y Judith, Tobías, Sansón, Balaam; la Reina de Saba (en representación del mundo pagano) y Salomón (como figura simbólica de Cristo).

Portales del Juicio Final

En Chartres, en el centro, Cristo entronizado en el mundo sobrenatural, como juez del mundo, con las manos levantadas y el pecho descubierto (?). A su lado, María y Juan como intercesores de la humanidad.

En el dintel, el juicio, con Miguel controlando la balanza; a su derecha los bienaventurados son conducidos al seno de Abraham por ángeles, al paraíso; a su izquierda los condenados a las llamas del infierno. El comienzo del drama está en la resurrección de los muertos que se levantan de sus ataúdes. En los arcos, toda la jerarquía de los ángeles divididos en nueve coros.

En el pilar central, Cristo, con la mano derecha en alto, hollando las cabezas de un león y un dragón. Aparece también

la lucha entre el bien y el mal, doce vicios contra doce virtudes. Las virtudes son doncellas protegidas por un escudo como emblema, y los vicios se representan por una escena violenta (la desesperación, un suicidio; cobardía, un caballero que huye de una liebre; la inconstancia, un monje que escapa del convento).

En Amiens, el portal es parecido, con el ciclo de las vírgenes necias y las prudentes. A ambos lados del portal los apóstoles, seis a cada lado.

Portales de Santos

La temática permite saber lo que en el siglo XIII se consideraba digno de presentarse.

En Chartres están San Esteban, Jorge y Teodoro, San Martín y Nicolás. En Reims, santos locales como San Sixto, San Remigio, San Nicasio. En Amiens, San Fermín.

Las vidrieras

Gran parte de la esplendidez de la catedral gótica se debe a la impresión de los grandes ventanales coloreados que forman verdaderas pinturas con la luz. En ellas, las figuras representan por su contenido y por su alcance un mundo aún más extenso que el de la escultura. Esta se restringe a los portales; aquella en todo el ámbito de las naves.

Contienen una gran riqueza conceptual tanto de elementos religiosos como profanos: Cristo, María, Santos, Hechos, Leyendas, Milagros, como de lo que el hombre necesita saber y creer en la vida corrientes el hijo pródigo, la Saga de Carlomagno, etc. Casi la totalidad de las vidrieras son donaciones.

Las hay de la nobleza, del Clero, de las Corporaciones de

artesanos (panaderos, carniceros, toneleros, albañiles, zapateros, armeros). Estos últimos se dan a conocer mediante una representación de la ocupación profesional o de un Santo Patrono.



De acuerdo a los temas se ubican en lugar preferente. Las ventanas del ábside se concentran en el tema de María. Las del costado sur (referido a Chartres, en que se conserva la casi totalidad de las originales) están dedicadas al Nuevo Testamento. Su rosetón exalta en el centro la figura de Cristo y, concéntricamente, diversas figuras del Apocalipsis de San Juan.

Como concepto que el Nuevo Testamento significa el cumplimiento del Antiguo, cuatro profetas llevan en sus hombros a los cuatro evangelistas: Jeremías a Lucas, Isaías a

Mateo, Ezequiel a Juan y Daniel a Marcos.

En el alzado oeste se desarrolla la historia de la vida de Cristo que culmina en el gran rosetón, con Cristo como juez del mundo, repitiendo el tema del juicio final. En las naves laterales, las vidrieras destacan la vida y los hechos de los Santos.

"En ninguna otra época posterior, ni con recursos artísticos más adecuados, volverían a narrarse leyendas con tan cegadora "claridad" como las de las vidrieras góticas" (Jantzen).

Y es posible que tan fabuloso mundo artístico sea producto de un orden planificado con el rigor propio del pensamiento medieval.

Espiritualidad de la Catedral Gótica

Se admiten hoy en su existencia material, pero sus dimensiones espirituales parecen permanecer secretas. Por eso hay tantas interpretaciones como posiciones o autores que han tratado de penetrar en este misterio. Si esta espiritualidad existe, ¿Dónde encontrar sus claves?

Algunas se exponen a continuación.

La interpretación teológica

a) La nueva religiosidad

La diferencia fundamental entre la alta y la baja Edad Media es que el Románico es un período "*senectus*"; el alto gótico es "*iuventus*" (J. Bühler), con un ritmo de vida distinto. Los cambios en el pensamiento, la organización política, económica y en las influencias y prestigio del clero y del pasado, hacen que la imagen de la religiosidad también cambie.

El Dios de la época románico-feudal es el dios creador

del mundo inanimado; Dios es contemplado desde fuera. En la arquitectura románica, la Iglesia lo utiliza como propaganda en la misión de atraer fieles. El Dios de la época gótico-caballeresca, es un "dios presente y activo en todos los órdenes de la naturaleza" (Hauser)

El dualismo se viene a transformar en una especie de panteísmo patente, sobre todo en la ornamentación de las catedrales.

b) La escolástica

Alrededor de París y en Chartres, la escolástica tenía escuelas que monopolizaban la enseñanza. El arquitecto estaba expuesto a ella en muchas formas y se relacionan algunas expresiones arquitectónicas con los principios escolásticos: "*manifestatio*", aclaración, con principio de transparencia. "*concordantia*", aceptación y reconciliación final de posibilidades contradictorias.

La catedral gótica, se dice, es una escolástica en piedra. Si los arquitectos la conocían, parece bastante dudoso. La primera Summa es de 1202, cuando el estilo gótico había madurado plenamente en Chartres. Por lo demás, ellos provenían del pueblo, baja clase media a lo más y su formación no iba más allá de la escuela primaria (G.G. Coulton. Art and the Reformation).

La clarificación es un medio para un fin arquitectónico, en que la "aclaración" escolástica no es necesaria. Se ha tratado de interpretar una anotación de Villard D'Honnecourt, como una metodología escolástica: "inter se disputando", con Pierre de Corbie, sobre un ábside ideal. Pero tal ábside jamás fue construido en catedral alguna.

También se dice que la catedral gótica es una "Summa"

de todo lo que el hombre de esa época necesitaba saber y creer. Con la diferencia que la Summa es una unidad en totalidad. En la catedral la unidad es por selección.

La simbología

Si para Ouspensky las catedrales góticas son esencialmente tratados de sicología y para Fulcanelli son alquimia pura, para los teólogos medievales la iglesia material es símbolo de la iglesia espiritual, la ciudad de Dios, Jerusalén celeste (Ap. 21;2 y sgtes). Es decir, intentan relacionar lo objetivo, visible con el contenido de la fe cristiana. Hubo si, una evolución en la iglesia espiritual que se expresa de manera que la relación del hombre con el mundo natural y el sobrenatural, fue siempre cambiante.

La figura de Cristo, por ejemplo, en su naturaleza humana y divina, puede oscilar entre ambos extremos. En el gótico se hace más humano, utilizando con frecuencia el tema de la pasión.

“La posibilidad de recurrir a la tipología, la personificación, la alegría y el simbolismo, con el objeto de expresar en pocas figuras, un cúmulo de significados para aquellos que saben "leer", permitió crear una densa urdimbre de todo lo pasado y lo futuro del acontecer mundial en el sentido cristiano, es decir, con los ojos puestos en el principio y en el fin del mundo, y también en el camino que debe recorrer el cristiano (Jantzen).

Se traspasan a la construcción sagrada los procedimientos de interpretación alegórica-simbólica. El mismo Suger escribe: "en el centro se alzan doce columnas, correspondientes al número de apóstoles, y otras tantas en las naves laterales, para significar el número de los profetas; ellas

sustentan en alto el edificio, según las palabras del Apóstol que edifica en espíritu: "ya no seréis desde ahora huéspedes y forasteros, sino conciudadanos de los santos y servidores de Dios; edificad sobre los cimientos de los apóstoles y de los profetas, sobre el mismo Jesucristo como piedra angular: la que une las paredes de ambos lados; sobre El, todo edificio, ya sea espiritual, ya sea material, se eleva como templo santo en el Señor".

Se puede admitir que los teólogos atribuyeran un sentido a los edificios ya contruidos; pero puede concebirse que se hayan contruido en un sentido simbólico determinado, coincidente un pensamiento constructivo-espacial, fruto de la tradición, y un pensamiento simbólico perfectamente adaptado e inseparable.

El tema de los doce apóstoles representados por pilares en el anterior de la iglesia, aparece repetido en la Sainte Chapelle y en Colonia. También puede ser interpretado simbólicamente, la concepción antropomórfica de la planta (manta en cruz); el portal como entrada al cielo, destacado con el grupo escultórico del juicio final y la parábola de las vírgenes necias y las prudentes, a ambos lados.

Si en algunos casos, se ha llegado a exagerar, el simbolismo, no puede desconocerse: se encuentra en los escritos litúrgicos, como el Racional de Guillaume Durand, y además se siente. Se traduce sobre todo, en la , impresión general de la catedral, con su concepción de líneas que se lanzan hacia lo alto, conciliando el simbolismo con los cálculos más estrictos.

La fuerza simbólica de la catedral es el fruto del esfuerzo de maestros geniales, que, a través del arte de la construcción, dan forma a un mundo sobrenatural vivido mediante la arquitectura. ¿Esfuerzo, o algo más?

La tradición pitagórica

Gran parte del conocimiento medieval parece estar fundamentado en las doctrinas pitagóricas y neo-pitagóricas, cuya geometría se ha transmitido en el arte a partir de Platón, Vitrubio, Luce Paccioli, Leonardo; y en matemáticas, siempre de Platón, Nicómaco, Paccioli, Kepler, Descartes, y hoy, Russell y Einstein.

Después de la aniquilación de la secta Pitagórica en Metaponto, algunos discípulos escaparon. Uno, Filolao de Crotona tuvo como discípulo a Arquitas de Tarento con el cual tuvo contactos Platón en su primer viaje a la Magna Grecia, como consta en el "Timeo".

Posteriormente, el neopitagorismo adquiere gran importancia en Roma, Siria, y especialmente Egipto, en cuya escuela de Alejandría, destaca Nicómaco de Gerasa (Siglo I), autor de un "Manual de armonía", "Aritmología", "Introducción a la aritmética". Jámblico, en Roma, siglo IV, hizo una compilación de las obras de Nicómaco y una "Vida de Pitágoras".

La línea de transmisión continúa con Marciano Capella (siglo V), Boecio que traduce al latín la obra de Nicómaco, Casidoro (VI), Isidoro de Sevilla (VII), el Papa Silvestre 2º (siglo X); Gautier de Espira; Campano de Novara (siglo XIII) matemático y Capellán de Urbano VII, quien aplica la sección áurea a la inscripción de los cinco cuerpos platónicos en la esfera, y destaca su importancia como "la proporción que en una sinfonía irracional concuerdan de la manera racional las proporciones de los cuerpos platónicos.

Hay otra línea de transmisión por la vía benedictina. Bernard Sylvestre, escribe una metafísica basada en el Timeo; la monja benedictina Hildegarda de Bingen (1098 -1179) en cuyos

manuscritas aparece el hombre desnudo, en el centro del universo planetario, sobre un polígono estrellado. El mismo tema lo repite la abadesa Herrade de Landsberg, llamando ya al hombre "microcosmus". Los escritos de Santa Hildegarda pasaron casi textualmente al abate Tritemo de Sponheim, y luego a sus discípulos Agripa y Paracelso.

El pentagrama pitagórico se vuelve a encontrar en el album de croquis de Villard D'Honnecourt el que se usa como trazado regulador para la cabeza y el cuerpo humano.

Finalmente, la representación clásica del hombre dentro del pentágono estrellado se encuentra en Agripa de Nettesheim (*De occulta Philosophia*), quién, además, nombra al Creador como el "eterno Maestro de Obra". El ajuste proporcional de los planos arquitectónicos, especialmente para los edificios religiosos, parece haber sido un secreto de la enseñanza que se transmitían las familias de arquitectos y las corporaciones de artesanos.

Parece probado que la enseñanza profesional, religiosa y filosófica, era de base esotérica, y se aplicaba tanto al arquitecto, como al médico o al artista. "el arte real de la arquitectura y la geometría que constituye su esencia, este estado de espíritu, con el ritualismo iniciático aferente, había sido transmitido íntegramente a las corporaciones de constructores de la edad media" (Ghyka).

Los símbolos pitagóricos sobre el pentágono y el pentagrama aparece a menudo en el trazado de los rosetones góticos. Se le encuentra en París, en el rosetón pentagonal de un vitral, en la Rosa Norte de Saint-Ouen, en Rouen, en la Rosa Norte de Amiens, en la Sainte Chapelle, en Estrasburgo, en todo el contorno de Westminster.

Los trazados góticos han sido estudiados por el arqueólogo noruego F. Macody Lund ("*Ad Quadratum*"), quien

encuentra sobre una red de dobles cuadrados, trazados radiales que tienen como polo asimétrico el centro de un pentágono o de un pentagrama, que coincide en planta con el centro del altar mayor, y con el de un rosetón en el alzado. Esta es la trama elemental del trazado sobre la que se elabora una red de series decrecientes de pentagramas inscritos en uno básico.

En su comentario sobre Vitrubio, César Cesariano, 1521, reproduce el alzado de la Catedral de Milán, con un trazado regulador sobre un círculo y un triángulo equilátero, y basado en un croquis de 1391. El arquitecto alemán Moessel, explica que "la composición de los planos arquitectónicos...no es aritmética, en la gran mayoría de los casos, sino geométrica. Deriva de las segmentaciones angulares regulares del círculo".

"De las diferentes particiones del círculo derivan sistemas de rectángulos, triángulos, polígonos convexos y estrellados, que representan redes que tienen la forma y el significado de los sistemas de coordenadas. Estas conformaciones geométricas son los fundamentos de las composiciones artísticas en arquitectura; pintura, escultura en bajos relieves. Esta geometría que se mueve en el plano se puede considerar como la proyección de una geometría del espacio".

En ella aparecen los cinco cuerpos platónicos, que "desempeñan un papel excesivamente importante en toda la teoría y la práctica de la Antigüedad y de la Edad Media a la vez que como punto de partida de las especulaciones cosmogónicas" (cit. Ghyka).

El sistema más empleado es la división en diez partes del círculo. En él reside la sección áurea, de manera que los elementos de los edificios, tanto en planta como alzados, armonizan perfectamente en todas sus partes componentes.

La operación gráfica de las series áureas derivadas de las divisiones del círculo en 10 o 5 partes, permitió a los arquitectos

disponer de una gran flexibilidad de diseño, que podría llegar "al ideal armónico de la escuela pitagórica tal como lo bosquejó Platón" en el Filebo: "Lo que aquí entiendo por belleza de la forma, no es lo que el vulgo comprende generalmente bajo este nombre, como por ejemplo, la de los objetos vivos o sus reproducciones, sino algo de rectilíneo y de circular, y las superficies y cuerpos sólidos compuestos con lo rectilíneo y lo circular por medio del compás, de la cuerda y de la escuadra. Pues estas formas no son, como las otras, bellas sólo bajo ciertas condiciones, sino que son siempre bellas en si mismas". Quizás, si los Maestros Arquitectos Góticos, llegaran a rozar esta sabiduría.

Villard D'Honnecourt

"Villard d'Honnecourt os saluda y os pide a todos los que trabajéis con la ayuda que pueda prestaros este libro, que roguéis por su alma y os acordele de él. Porque en este libro hallareis buen consejo acerca del gran arte de la albañilería, y sobre las construcciones de carpintería; también encontrareis en el los fundamentos del arte del dibujo tal como lo exige y enseña la disciplina de la geometría".

Así comienza su álbum de croquis, el maestro Picardo, nacido hacia 1235. No es, probablemente el Maestro Constructor más notable, pero se conocen muchas referencias sobre su vida y el álbum, que contiene dibujos con anotaciones referentes a técnicas, artesanía y configuración plástica, dan una visión notable sobre los procedimientos técnicos de un Maestro de Obras de la época.

El manual, está dominado por un espíritu legalista y geométrico en todos los aspectos de una construcción: albañilería, carpintería, "portraiture", cortes de piedras,

ensambles, medidas de ángulos, colocación de la carpintería de techumbre, máquinas, "dibujos figurativos de acuerdo con las proporciones determinadas por la geometría".

Los principios fundamentales de la construcción se encuentran impregnados de un espíritu geométrico, prueba de lo cual es encontrar la bisección de un cuadrado como verdadero fundamento del arte.

En el arte gótico aún el dibujo recibe su ley de conjunto de la utilización de una simple geometría de construcción. Se trata de una serie de reglas y de procedimientos prácticos.

Se refleja, asimismo, su experiencia concreta del mundo de las catedrales de aquella época. Recorrió muchos países que lo llevaron hasta Hungría. Conocía las catedrales de Laon, Chartres, Reims, Meaux, Cambrai, la iglesia cisterciense de Vaucelles y la catedral de Lausanne.

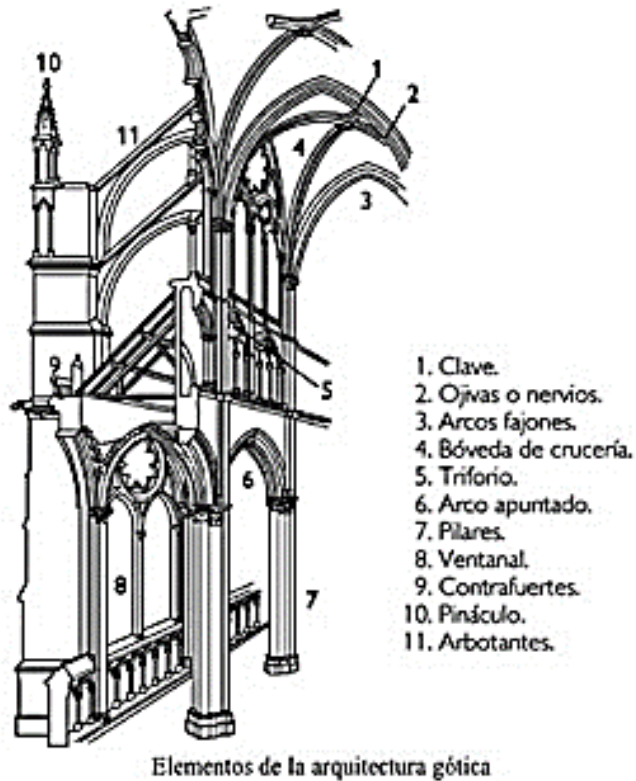
En colaboración con Pierre de Corbie bosquejo, un ábside con doble deambulatorio y corona de capillas alternadamente circulares y cuadradas, que jamás se construyó. "Ínter se disputando". Se le atribuye con probabilidad la iglesia San Quintín, el coro y capilla de Cambrai, La Catedral de Cassova en Hungría.

Además de conocer los estudios y procedimientos de un maestro constructor de catedrales, son importantes sus apuntes, porque sirven para definir los juicios de valor acerca de las construcciones erigidas en su tiempo. Destaca, así, la ventana de tracería de Reims y la torre de Laon.

También se encuentran ejemplos de escultura "no sea que el maestro de un obrador no debe dominar únicamente la artesanía y la gran arquitectura, sino también, la escultura".

Son representaciones figuradas de Cristo, de María, los Apóstoles, escenas de la Pasión, figuras simbólicas como la Ekesia, Humilitas, animales, etc. plasmados según el mismo

principio espiritual que inspira el conjunto de la catedral gótica. La experiencia natural, la subordina Villaro, a la ley de la geometría, como todo lo figurativo. (El álbum con comentarios está editado por Hans R. Hahnloser; Villard D'Honnecourt, Viena, 1935).



Conclusiones

1.- El gótico, aparentemente no tuvo antecedentes inmediatos en el románico, y su origen oriental (salvo algunos motivos), son dudosos. Ante las confusas teorías sobre sus orígenes e

influencias, ¿no cabría explicarlo a través del desarrollo de conocimientos esotéricos?, y en tal caso, ¿por qué sólo y únicamente se produjo en el Gótico?

2.- El fin o el ocaso del estilo gótico, es un momento nebuloso que no ha podido ser explicado con cierto fundamento ni artística, histórica, ni menos, masónicamente.

3.- Este bosquejo ha intentado mostrar que la arquitectura gótica es en sí, un tema demasiado extenso, complejo y polémico, que para tratar de enfrentarlo en su totalidad se tendría que llegar a una moderna "Summa" medieval. Por tal motivo, es preferible fraccionarlo en algunos, de suficiente precisión como para lograr una buena calidad masónica y científica. Por ejemplo: los trazados reguladores; la estatuaría; las vidrieras; biografías de los Maestros Constructores; diferencias estilísticas entre el gótico francés, germano e inglés; la real influencia del Pitagorismo; carácter de las Corporaciones de Artesanos; la Bauhütte; los signos lapidarios; la Orden Benedictina; etc.

4.-La estatuaría y el arte de las vidrieras revelan un conocimiento muy detallado de la Biblia, pero dentro de ese vasto programa no hay referencias a la construcción del Templo de Salomón ni a Hiram Abi, siendo que podrían haberlo reconocido como el genuino antecesor de todos los Maestros Constructores.

5.-El trabajo se ha centrado, en gran parte, en el gótico francés, aun cuando existe una muy amplia bibliografía sobre el germánico y el inglés, que no se examinó.

6.-La amplitud de la bibliografía de las obras consultadas permitiría abordar - si fuera accesible - la profundización de

aspectos que puedan interesar a la Masonería Moderna.

7.-La mayor parte de los textos utilizados son "profanos", salvo, Gould. Los artículos de la Revista masónica en su mayoría no aportan mayores luces y carecen de referencias bibliográficas.

8.-Como adecuado complemento del trabajo, y para su mejor comprensión, parece imprescindible agregar el abundante material gráfico existente: fotos, gráficos, planos, reproducciones de documentos (como el álbum de Villard); y la bibliografía clasificada sobre el tema.

9.-Finalmente, la impresión personal, que han quedados muchos cabos sueltos, misterios y vacíos; pero también, la omnipresente sensación de haber penetrado en un universo de excelencia espiritual, de esfuerzos gigantescos, de tenacidad en el trabajo, y de claridad estética, en que la medida, el manejo de las formas y los materiales, y la ciencia (como quiera que hoy la entendamos), consiguió materializar, con piedra y vidrio, una de las más espléndidas - y casi inmaterial - de las obras humanas.

BIBLIOGRAFIA

1.- Branner, Robert, Gothic Architecture. Prentice Hall International. London. s/f

2.- Choisy, Auguste. Histoire de L'architecture. París 1964.

3.- Fulcanelli. El misterio de las catedrales. (Trad. Le Mystère des Catedrales) Plaza y Janes S.A. Editores, Barcelona, 1976.

4.- Ghyka, Matila. El número de Oro. Poseidón, Buenos Aires, 1968.

- 5.- Gould, Robert Freke. The History of Freemasonry, Edimburgo. s/f
- 6.- Hauser, Arnold. Historia social de la literatura y del Arte. Guadarrama.
- 7.- Jantzen, Hans. La Arquitectura gótica, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.
- 8.- Millas, Jorge. Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente. Editorial Universitaria, Santiago, 1960.
- 9.- Panofsky, Erwin. Arquitectura gótica y escolástica. Ed. Infinito. Buenos Aires, 1959.
- 10.- P. N. Los orígenes religiosos y corporativos de la Francmasonería. Sin pie de imprenta.
- 11.- Pevsner, Nicolaus. Génie de L'architecture européenne Trad. "The outline of european Architecture. París, 1970.
- 12.- Rafols, J.F. Arquitectura de la edad media. Speculum Artis. Ed. Amaltea S.A., Barcelona. s/f
- 13.- Vaisman, L. Dos teorías sobre el gótico: Worringer, Panovsky. Seminario Historia del Arte Escuela de Arquitectura U. de Ch.

LAS REVOLUCIONES EUROPEAS Y EL PENSAMIENTO LIBERAL EN LA GÉNESIS DE LA FRANCMASONERÍA CHILENA

¿Existe continuidad histórica a través de distintas épocas, en el pensamiento generado por los intelectuales o pensadores? O, si se quiere: ¿hay alguna una relación de consecuencias lógicas y, hasta cierto punto, inevitables en el desarrollo de ciertas ideas? Planteada de este modo, la cuestión apunta a suponer que algunas líneas de pensamiento son consecuencias de otras anteriores, las que, a su vez, servirían de base desde la cual se podrían generar pensamientos o ideas más avanzadas.

Se puede sugerir, por ejemplo, que la intelectualidad radical del siglo XIX, sería, en verdad, continuadora de la Ilustración y ésta, a su vez, entroncada en la Reforma Protestante o en los Humanistas del Renacimiento, las que podrían remontarse aún más atrás, hasta fundarse, quizás, en la escolástica medioeval. De la misma manera, hacia adelante, en la generación de las teorías socialistas, comunistas o neo humanistas.

No todo el mundo está de acuerdo. Porque cada época tuvo sus propios intereses y sus “quebrantos”, Hubo condiciones económicas, sociales, religiosas muy particulares, las que podrían haber condicionado algunas formas de pensamiento, sin que, por ello, se les pueda reconocer algún tipo de parentesco.

Otras, por el contrario, aparecen con cierta continuidad, replanteadas, con visiones diferentes, desarrollando matices nuevos, pero manteniendo la esencia de sus fundamentos. Tal

parece haber acontecido con el movimiento o pensamiento liberal, tan difícil de encasillar y de definir. Hasta hoy día, aparece tan difuso e indefinible, casi elusivo, que apenas puede caracterizarse como cierta actitud, dicha por J. S. Mill, en que “el único motivo justificado para interferir – el Estado - en la vida de un individuo es evitar que cause daño a otros, no a sí mismo”, y, definitivamente opuesto a cualquier asomo de conservadurismo.

Llevado a tal grado de simplificación, puede que no resista un análisis coherente y de una razonable profundidad.

Ahora bien, cómo y en qué condiciones este liberalismo europeo llegó al Chile de la primera mitad del siglo XIX, y de qué manera fue importado, interpretado o transformado en nuestro país, es el problema que ronda en las páginas de este trazado.

Una segunda consideración, hipotética, pero que tiene razonables visos de realidad, es aquella planteada por Antoine Barnave, uno de los más lúcidos líderes de la primera revolución francesa, al afirmar con claridad que, ante determinadas encrucijadas históricas, como ocurre cuando las relaciones de propiedad cambian al producirse modificaciones en las condiciones económicas de una sociedad, los que a su vez, requieren de una obligada adaptación de las instituciones políticas existentes, y que para conseguirlas es necesario e inevitable realizar un proceso revolucionario. ¿Será rigurosamente así? No se escapa que este punto de vista expresado tan tempranamente podría, de algún modo, anticipar en unos 50 o 60 años, toda la teoría marxista de la historia.

En todo caso, hay determinadas situaciones históricas que desembocan en crisis, las que fracturan viejas estructuras sociales, o desarman las formas culturales por haber llegado éstas a un agotamiento de las posibilidades de sus valores

espirituales, o por el quiebre de los modos de convivencia acordados por el cuerpo social, o de sus élites; o, en fin, por haber llegado a un límite insalvable los conflictos internos tensionados por fuerzas antagónicas de poder.

Es la Revolución.

Ellas, *“las revoluciones....se asemejan a esos grandes terremotos que rasgando el seno de la tierra descubren sus antiguos cimientos y su estructura interior... El observador que sobrevive a estas convulsiones y trastornos penetra en el interior de las ruinas amontonadas, ve lo que ha sido por lo que permanece, y entonces conoce lo que se podía abatir, lo que se debe conservar y lo que es necesario restablecer”* (Camilo Henríquez).

En las páginas que siguen, se discutirá, a la luz de las bases históricas disponibles, sobre la pertinacia de estos dos supuestos; cómo se explica el ideario liberal desde las revoluciones europeas entre los siglos XVII y XIX, y cómo, en fin, llegaron sus réplicas hasta nuestras costas sociales y culturales.

*“This happy breed of men, this little world,
This precious stone set in the silver sea,
Which serves in the office of a wall,
Or has a moat defensive to a house,
Against the envy of less happier lands,
This blessed plot, this earth, his realm, this England”*

Shakespeare

En Inglaterra, las bases de una doctrina liberal, se pueden encontrar ya, tan tempranamente como en el siglo XVI.

La apertura de nuevos mercados, en especial América y el Lejano Oriente, generaron un aumento importante del comercio, del cual emergió una clase de comerciantes y también de artesanos independientes que empezaron a dar forma a una incipiente clase media. Esta clase, llamémosla “burguesa” se enriquece y tendrá el poder suficiente como para enfrentarse a la aristocracia terrateniente y al poder Real. Y desde esta posición, tuvo la fuerza como para cambiar la estructura social del Reino. Su éxito fue una verdadera revolución.

Hay que tener presente, por otro lado, que la Reforma, no sólo produjo los más profundos cambios religiosos dentro del cristianismo, desde su consolidación doctrinaria, sino que también coadyuvó a la gestación de los cambios sociales y económicos. En forma directa, abolió la jurisdicción Papal, la que siempre representó para los ingleses una intromisión tanto indebida como ilegítima de un poder extranjero. Liberó al pueblo de los odiosos gravámenes eclesiásticos, y permitió la transferencia de las propiedades del clero por la vía de las expropiaciones a los seglares, es decir, a los poseedores de la riqueza: los burgueses.

En forma indirecta, la Reforma ayudó a la difusión de las ideas liberales. Una disciplina social independiente de la sanción religiosa, un Estado que debe bastarse a sí mismo, mentes más expansivas y más libres, confianza en sí mismos, las limitaciones al derecho “especulativo” (eclesiástico) acarrearón, correlativamente, restricciones al derecho del poder material.

El utilitarismo como paradigma de la moral, la tolerancia en el campo religioso, y una monarquía constitucional en la que el Rey queda bajo la Ley emanada de los “*commons*”, que ya operaba bajo la dinastía Tudor, y un Estado despojado de poder coercitivo, y que, fuera de la debida protección a las amenazas a la libertad, ya fueran externas o internas, protegiendo a las

colonias y sus mercados así como las vías de intercambio comercial, sólo es admitido como un asistente y un agente protector del comercio. La creación del Banco de Inglaterra es claro ejemplo de la supremacía de esta clase ascendente en el escenario social de Europa.

Pero no sólo hay tolerancia religiosa (¡salvedad hecha hacia los “papistas”!). Hay en las almas una actitud más racionalista, más enfocada en el mundo y más alejada de los misticismos. La aparición del Deísmo marcará una notable diferencia con las concepciones religiosas más comunes de la época, las que tendían generalmente hacia un extremo teñido de Teísmo; deísmo que, para muchos, como pensaba el mismo Bossuet, no era más que una forma de ateísmo disfrazado.

Asistimos a la aparición de la opinión pública, expresada en los periódicos, y la crítica libre de las actuaciones políticas y sociales. Y la génesis de los que serán los Partidos Políticos organizados y con poder legislativo

Importa destacar el papel preponderante que tuvo en este proceso, la progresiva organización de la sociedad civil en muchas y variadas agrupaciones sociales, proceso que se puede detectar a partir de fines de la Edad Media, producto de la creciente división del trabajo y la paulatina concentración de la población en ciudades.

De ahí, la génesis de las corporaciones de profesionales laicos como los médicos, los juristas y los gremios de constructores, que monopolizaban el conocimiento y la práctica de sus actividades. El Colegio de Médicos de Londres se funda en los primeros años del siglo XVI.

En el siglo XVII se crea la Royal Society (1660), y en el XVIII, proliferan las asociaciones voluntarias de la más variada índole. Sociedad para la mejora de la Agricultura, Sociedad de Artes, Sociedad Lunar, etc, y tantas otras que dan cuenta de un

verdadero entusiasmo por hacer efectiva una activa participación ciudadana.

En esta perspectiva es donde debe situarse la organización de las logias masónicas tanto en Londres como en París. La creación de la Gran Logia de Londres formará parte de esta corriente vital, lo que no significa por cierto que no existieran Logias con anterioridad a 1717. No nació por generación espontánea: seguramente ya las había, dispersas pero independientes.

La fundación de la Gran Logia de Londres, podría también, con algún grado de certeza, y con un cierto matiz político, responder a la necesidad que sintieron los masones de las incipientes Logias especulativas, a defender las conquistas logradas por la Revolución, ante los ataques de los grupos estuardistas que buscaban retornar a los antiguos cauces institucionales.

Para los puritanos, la prosperidad particular contribuye al bien público y, por lo tanto, el éxito es una forma aceptada por Dios para conseguir la trascendencia, incluso la riqueza. La pobreza lo es por carencia de la gracia divina. ¿Estaremos asistiendo al nacimiento del sistema capitalista?

Locke aparece como el más destacado mentor y patrono de los ideales liberales y de los librepensadores ingleses. Para él la educación recibe la influencia del medio ambiente, y es el sustento seguro para mantener la influencia futura de la burguesía.

Políticamente afirma que el pueblo tiene el derecho a derrocar un gobierno que no respeta los derechos del ciudadano. Otorga, entonces una carta de legitimidad a la Revolución.

Desde luego que el constitucionalismo inglés del siglo XVII, aportó al ideario liberal dos conceptos señeros: las reglas que deben Guiar el carácter de la autoridad, vale decir, su

comportamiento ante el pueblo, y, la idea de proteger al ciudadano contra injerencias extrañas, ajenas a la Ley. Para conseguirlo debe restringir el poder soberano controlando las fuerzas armadas y las finanzas fiscales. Eficaz instrumento fue el sistema de parlamentos trienales dominados ya por los partidos, uno de los cuales era, siempre, el que representaba sus intereses comerciales.



Locke

En suma, la Revolución puritana de 1640 al 1648, reconoció la condición legal de la clase burguesa, y la tan famosa “gloriosa revolución”, de 1688, sólo vino a confirmar la rebelión y los derechos conquistados por la clase media, y de paso, controlar los intentos del despotismo real de los “Estuardo”, y que, en definitiva, transformó radicalmente la monarquía absoluta, católica y conservadora en una monarquía constitucional, liberal y protestante. Quizás sancionada intelectualmente por John Locke cuando afirma que el pueblo puede derrocar un gobierno que no respete los derechos del ciudadano.

Así, la madurez de la doctrina liberal inglesa en el siglo XVIII, se consolidó por lo que ya había conseguido en el XVII; y en el ya remoto siglo XII, que define los principios fundamentales del Derecho Común Inglés, y en el XIII:

“No Freeman shall be taken, or imprisoned, or disseised of. His freehold, or liberties, or free customs, or be outlawed, or exiled, or any otherwise destroyed; nor will we pass upon him, nor condemn him, but by lawful Judgement of his Peers,

Or by the Law of the Land. We will sell to no man, we will not

Deny or defer to any man, either Justice or Right”.

Clause 29, Magna Carta.

Queda claro que la larga historia de las conquistas conseguidas por la clase mercantil, que paulatinamente limitaron el poder Real, el de la Aristocracia, y el de la Iglesia, hizo que la “revolución inglesa”, evolucionara sin violencia, salvo el período de la guerra civil, que no fue revolucionario y en el fondo un paréntesis, que dejó las cosas públicas tal como antes.

Distinto fue el panorama en la otra orilla del “British Channel”, o Canal de la Mancha, según de dónde se mire.

*“Fue el peor de los tiempos,
Fue el mejor de los tiempos”*
Charles Dickens

La de 1789, a la que se alude casi siempre, singularizada, como “la Revolución Francesa”, está inserta dentro de este “*pathos*”, que el pueblo francés lleva en su sangre y que se prolonga, casi sin solución de continuidad a lo largo de toda su historia: 1830, 1848, 1871, 1936, 1968, y cuya expresión más patente y formidable es la “*barricada*”

La de 1789, fue la expresión de una clase social en formación, pujante, acumuladora de riqueza, y que aspiró, con razón, a tener participación en la conducción del Estado. La burguesía, es la clase que hace la revolución, aún cuando lo hizo apoyándose en las clases más desposeídas, los *sans coulottes* que aportarán la rebelión callejera, las explosiones populares, las “barricadas”. Pero fue, en sus raíces, una revolución burguesa.

Brevemente, algunas de sus causas: La situación económica y social que sostenía al “*antiguo régimen*”, con las abismantes diferencias entre las clases aristocráticas y el clero, en relación al pueblo, a ese estado llano o Tercer Estado, según la denominación imperante en esa época.

La revolución inglesa de 1689, la “gloriosa revolución”, que sirvió, en parte, de modelo, la independencia de los Estados Unidos, fue de hecho el más próximo referente histórico de la revolución. Su Constitución (1787), pragmática, aunque alejada de la conceptualización que el genio francés hizo dos años más tarde.

Hay también un componente ideológico que, aunque muy heterogéneo, no puede ignorarse.

Los pensadores que formaron el núcleo más importante en términos de la filosofía política del siglo de las luces, fueron franceses en su mayoría, pero separados por concepciones muy diferentes.

En un extremo, Montesquieu que encarna una especie de liberalismo conservador.

Malby y Morelli, expresan en otro extremo, una suerte de comunismo utópico que adhiere a la igualdad sólo desde un punto de vista ético.

Por su parte, Rousseau se hace cargo de cuanto descontento y desesperación hay en su época, diseñando nuevas formas de pensamiento crítico que se va a prolongar hasta la reacción romántica encarnada en Hegel y Savigny, y que pasa por su influencia en Marat y Robespierre.

Voltaire, no siendo un pensador sistemático, es el gran interprete de las ideas de su tiempo, pero más que un teórico, es un buscador de soluciones a los problemas sociales. Es un reformador social, liberal ecléctico, defensor del orden y la propiedad, monárquico constitucional desconfía de la democracia y de la República. Ataca la superstición y el fanatismo, pero acepta la necesidad de Dios como necesidad para mantener el orden social de las clases pobres.

Diderot reclama por una mejor distribución de la riqueza, menos lujos y ostentaciones, y más preocupación por la educación. Sin aspirar a grandes reformas sociales queda más bien en un puro reclamo moral.

Helvetius manifiesta cierta bondad compasiva ante las desigualdades y la pobreza, para lo cual sólo cabe el ejercicio de la caridad. Es un defensor del principio de la propiedad privada, y, en cierto modo, acepta la desigualdad social.

Pero no reconocieron los problemas de las clases populares y su pobreza, que incluso para el Tercer Estado, no existían, o estaban muy distantes de las aspiraciones reales de ellos, la burguesía.

Voltaire lo expresa con sorprendente crudeza: “la humanidad debe estar dividida en dos clases: los opresores y los oprimidos”. Estos últimos no se dan cuenta de su situación (ya sea) por costumbre o por necesidad”. Y la guerra civil estalla cuando lo sienten, pero ésta termina con “la esclavitud del pueblo puesto que el poder soberano del Estado es el dinero” (*Diccionario Filosófico*). Agrega: “el obrero debe limitarse a lo necesario para trabajar, tal es la naturaleza del hombre. Es necesario que ese gran número de hombres sea pobre, pero no que sea miserable” (*El siglo de Luis XIV*). ¡menos mal!.

En síntesis, todos estos pensadores buscaban mejorar el equilibrio de las instituciones políticas ya agotadas, y una nueva distribución del poder económico. Unidos también por sus críticas a la Iglesia y la aristocracia.

No es tan claro que todo este abanico tan diverso de ideas, tendencias y orientaciones, pudieron haber tenido una influencia directa en la génesis o en las motivaciones que desencadenaron la revolución de Julio del 89. Pero la atmósfera así creada sí que fue determinante. La Ilustración hizo que la intelectualidad europea, especialmente la francesa, saliera del campo puramente teórico especulativo, para involucrarse en plantear problemas y sugerir proyectos relativos a proponer reformas de índole social, económica y política.

¿Termina así, el siglo de las luces?

No. La Ilustración hizo otros aportes relevantes. empezando por discutir y poner en entredicho el monopolio ejercido hasta entonces por las Universidades en el tema de la educación superior; y asociado a esto, pero en íntima relación,

abrió las posibilidades al nacimiento de organizaciones dedicadas a la investigación científica.

Por otra parte, se dio el impulso para la creación de una gran cantidad de instituciones de variada índole social, literaria, artística o científica. Las Academias, Sociedades, Institutos, aparecen no sólo en Francia, sino en casi toda Europa: Países Bajos, Suecia, en los principados alemanes, en Rusia, Austria, España e Italia.

Así pues, ¿quiénes fueron los ideólogos de la revolución? ¿Marat?, ¿Desmoulins?, ¿Brissot?, ¿los francmasones?, ¿el abate Sieyès o Mirabeau?, ¿Robespierre o Lafayette?, ¿Barnave o Vergniaud? Aparentemente no importaron demasiado, avasallados por los hombres de acción, los que tomaban el mando sin saber muchas veces hacia dónde querían orientar el proceso revolucionario, con el resultado que su conducción fue muchas veces, vacilante o azarosa, y que duraba a menudo, un lapso no más extenso que entre el breve paso desde la tribuna hasta la guillotina.

La agitación, el miedo y el terror, la exaltación sublime, las incoherencias, la fe ciega en los destinos superiores del hombre, las apostasías y las traiciones, junto a la esperanza de tiempos mejores, la creencia en el poder todopoderoso de la diosa razón, euforias sin destino y pesadumbres agobiantes; todo ello, en una mezcla increíble; a lo mejor, fundido y purificado en un gigantesco Atanor a escala social nunca vista antes, descansando en el deslumbramiento de un poder recién descubierto, pero que dio a Occidente la esencia y la substancia para establecer las bases de un nuevo y renovado modo de estar en la historia... En efecto, fue, el peor y el mejor de los tiempos.

La Asamblea Nacional, la Constituyente, la Convención, el Directorio y el Consulado, fueron otras tantas expresiones de formas de gobierno, de intentos, a veces fallidos, a veces

exitosos. Y casi siempre, oscilando entre la sombra del miedo o la luz del optimismo.

La Asamblea Constituyente, tiene el gran mérito de haber formulado por primera vez una propuesta de un nuevo compromiso social la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (26 de agosto de 1789)

Importa un breve análisis de su contenido.

En el Preámbulo, debe destacarse el párrafo final:” La Asamblea Nacional reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, los siguientes derechos del hombre y del ciudadano”. Llama la atención que no se refiere específicamente a Dios, sino que usa una expresión bastante distinta, y que ya da indicios de una amplitud de criterio en la concepción y tratamiento de la divinidad, en el camino de un sentido de tolerancia. Sabido es, que poco tiempo después se llegará a la implantación del culto del Ser Supremo llevado adelante por Robespierre.

El Ser Supremo, puede ser identificado con nuestra moderna concepción del GADU, denota una filiación indiscutible de la francmasonería chilena respecto de la francesa.

En su Artículo 1º, establece: “Los hombres han nacido y continúan siendo libres e iguales en cuanto a sus derechos”. Por consiguiente declara la más amplia libertad para los individuos, libertad de pensamiento, de expresión, y de prensa, de trabajo,

Al mismo tiempo proclama la igualdad, tanto de derechos como ante la ley, todos los ciudadanos son iguales, no hay privilegios, queda abolido el sistema feudal, y suprimidos los derechos señoriales. Pero es sólo una igualdad de derechos y no de medios, de modo que el resultado admite la desigualdad producto de esos medios y la jerarquía social que de ahí resulta.

El Art. 2º, avanza en “la protección de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre; y esos derechos son

libertad, propiedad, seguridad y resistencia a la opresión”. Sobre esto último debe recalcarse el reconocimiento del derecho que tiene un individuo, o una sociedad a alzarse contra todo tipo de dictadura, tal como lo proclamara Locke.

En su Artículo 3° establece que “El principio de toda soberanía reside esencialmente en la Nación”. En consecuencia, desaparece el concepto de la soberanía real, por la gracia de Dios, y es la Nación, el pueblo quien la detenta, con la facultad de elegir libremente a sus representantes, y que es la base para los sistemas de gobiernos democráticamente representativos.

El Artículo 10°, establece el principio de la tolerancia: “Ningún hombre debe ser molestado por razón de sus opiniones, ni aún por sus ideas religiosas”. Sin duda aquí se reconoce el pensamiento de Voltaire

En su Artículo 11°, define con claridad meridiana, la libertad de expresión: “... todo ciudadano puede hablar, escribir y publicar libremente...” (pero) se hace responsable de los abusos que provoque esta libertad

La libertad de empresa, y por extensión el derecho a la propiedad libre de toda traba, queda consagrado en el último Artículo, el 17°: “... el derecho de propiedad es inviolable y sagrado”, y sólo puede ser limitado por “necesidad pública evidente y con indemnización previa y justa.

Y es una Declaración que abarca a todo el género humano. Es Universal, de modo que sus preceptos y beneficios deben alcanzar a todos los pueblos y a todas naciones. El sentido humanista así manifestado es inédito en la historia.

Francia sintió (siente) la necesidad de transmitir su experiencia y sus valores a todo el mundo, lo que contrasta con la idiosincrasia inglesa, por ejemplo, que nunca pretendió (ni pretenden) exportar los cambios sociales y políticos que han

logrado; aunque en la práctica muchas naciones se han inspirado en su parlamentarismo constitucional.

Queda plasmada así una declaración que reconoce la raíz burguesa de la revolución.

Para algunos historiadores franceses contemporáneos, hay una omisión flagrante, al ignorar o minimizar la Declaración y Constitución de 1793 (significativamente, año I de la República), y en la que, para ellos, fue el momento histórico en que se fundó realmente la Francia republicana.

En el proyecto de esta Constitución (obra de Robespierre), se establece que los derechos básicos de todo ser humano son: la conservación de su existencia y la libertad. De ahí se genera un concepto de propiedad como *“el derecho que tiene cada ciudadano para gozar y disponer de bienes que la ley le garantiza”* y *“el derecho de propiedad, como todos los otros, está limitado por la obligación de respetar los derechos del otro”*.

Así el derecho de propiedad queda siempre limitado porque no puede afectar ni la seguridad, ni la libertad, ni la existencia ni la propiedad de los otros. Si en 1793, esta forma de entender la propiedad pudo parecer de veras revolucionaria, hoy, para nosotros ya no lo es. Es “normal”, que en nuestros ordenamientos jurídicos se establezcan estas limitaciones, sin pensar siquiera en Robespierre.

Avanzó este proyecto constitucional en proponer – otra novedad insigne para la época – y establecer los sistemas de protección social por parte del Estado y de la sociedad en general. Dispone: *“La sociedad está obligada a proveer la subsistencia de todos sus miembros, sea procurándoles trabajo sea asegurando los medios de subsistencia a aquellos que se encuentran incapacitados para trabajar”*, y agrega, a continuación: *“las ayudas indispensables a quien carece de lo*

necesario son una deuda del que posee lo superfluo; corresponde a la ley determinar la forma en que esta deuda debe ser saldada". En nuestros días esto se traduce en la legislación de seguridad social y en los sistemas tributarios (siempre que sean justos). Pero, ¿por qué se califica de deuda?

De modo que en el breve lapso que media entre 1789 y 1793, hubo en la práctica tres ensayos de revoluciones de muy distinta índole: una burguesa (1789), otra democrática (Constitución del 93) y una última, social (el proyecto de Robespierre). Prevaleció la primera.

No está en el ámbito de este trazado, investigar si tales ideas fueron originales o provienen de algún pasado próximo o remoto; en todo caso, el período revolucionario tuvo la convicción de ponerlas en el debate público que recorrerá todo el siglo XIX y parte del XX., como una de sus más valiosas herencias históricas.

Pocos años después, al establecer la Legión de Honor, durante el Consulado, sus miembros debían jurar fidelidad a la República y solamente a la Libertad y la Igualdad; el Código Civil, por su parte reafirma los conceptos fundamentales que definió la revolución: la libertad personal, la de conciencia y de trabajo. Además de confirmar el principio laico del Estado, y la igualdad ante la ley. Pero el Código también establece principios que no son precisamente democráticos, como el reforzamiento de la defensa de propiedad y de la autoridad paterna y marital. Un retroceso que sólo venía a satisfacer las aspiraciones de la burguesía.

Tampoco se hace cargo de los problemas de la clase trabajadora a la cual se le prohíbe el derecho a huelga, la organización corporativa y que en conflictos con el patrón prevalecerá siempre la palabra de este último. De modo que todo esto junto con reafirmar el carácter burgués de la revolución,

podría llegar a caracterizarla en una divisa, a lo mejor jamás escrita, pero que bien pudo ser: Libertad, Igualdad y Propiedad.



Barnave

Antoine Barnave, de nuevo, porque encarnó como nadie, los principios que guiaron los movimientos sociales de la revolución y, luego, después de la Restauración, la esencia del liberalismo francés. Una precisión histórica. Barnave fue Presidente de la Asamblea Constituyente, pero a raíz de ciertas

relaciones con la familia Real, lo llevaron a la guillotina en 1793. Dejó un escrito, “*Introduction a la Révolution Francaise*”, que sólo se publicó en 1845), y que es un notable análisis sociológico.

Explica que la “Gran Revolución” ha pasado por tres fases en su influencia sobre las instituciones europeas.

La primera, en que las “comunidades” al enriquecerse mediante su trabajo, son capaces de comprar su libertad y luego las tierras. Al perder su poder la aristocracia, pierde también su validez el régimen feudal. La segunda, en la que el desarrollo industrial adquiere más importancia, permite liberar a Europa del poder temporal del Vaticano. La tercera, es cuando el creciente poder de la propiedad mobiliaria, permite la implantación de los sistemas democráticos (expresión que no tenía la connotación que le damos hoy), bastante diversos:

Si el pueblo se hace fuerte en un Estado pequeño, establece una República. Si lo hace en un territorio muy extenso, su fuerza sólo le permitirá mantener una monarquía contra la aristocracia, mediante la tributación. En otros, ha apoyado a la monarquía en su lucha contra la nobleza terrateniente, y mediante una “explosión” (revolución) ocupa el lugar de ella, estableciendo una monarquía limitada (constitucional).

Agrega que “esta evolución, común a todos los gobiernos europeos, es la que ha preparado en Francia una revolución democrática, y que fue causa que estallara a fines del siglo XVIII”.

Pero la democracia que preconiza, elimina tan sólo el poder Real y el de la Aristocracia, para así lograr la libertad y la igualdad. La revolución termina con el triunfo de los propietarios industriales, (la burguesía), para la que no existen ni los asalariados ni los proletarios; una clase – que no podía

sospecharlo - tomaría también, más adelante, el rumbo revolucionario.

Si Babeuf y Saint-Simon plantaron las semillas de un socialismo utópico, Marx y Engels le darán una expresión sistemática y fuerza combativa.

Pero esa es otra historia...

La señal de la francmasonería y de los masones. Nos gustaría que hubiera sido preponderante, pero parece que no fue así. En los remolinos revolucionarios, no hay restos de influencia masónica. Las Logias masónicas que existían, abatieron sus columnas en el vértigo revolucionario, y, además, porque sus miembros pertenecían mayoritariamente a la aristocracia o a la alta burguesía. Por lo demás, ya lo sabemos, la francmasonería tiene otros métodos.

La incipiente organización de partidos o facciones fueron, sí, las que asumieron un papel protagónico: la Montaña, la Gironda, los Jacobinos, la llanura.

Si algunos líderes de la revolución pertenecieron a la Orden, fue durante el Imperio en que ésta adquiere gran preponderancia pública y política: casi todos los Mariscales, Ministros de Estado, los Hermanos de Bonaparte (José fue Gran Maestro de la Orden), su mujer Josefina, y aunque Napoleón mismo probablemente no perteneció a la Francmasonería, la toleró; y también, quizás, la utilizó como herramienta de poder.

La revolución del 89 dejó una gran deuda o tarea pendiente: sin reconocer, ni manifestar preocupación alguna por las clases más desposeídas, esta revolución, y sin siquiera pretenderlo, dejó abierto el camino y las condiciones para que éstos adquirieran conciencia de sus derechos, los que empezarán a aflorar, también en Francia, en el siguiente período revolucionario.

Por esta razón, el legado de la revolución de 1789, y su desarrollo posterior, no se completa ni se puede comprender en su totalidad, si no se agrega lo ocurrido en Francia durante el período revolucionario que va desde 1830 hasta 1848. Esta sí, (la del 48) fue la primera revolución socialista, aunque tal denominación no tenía, probablemente, la connotación que tiene hoy día. Más bien podría caracterizarse como liberal.

Fue la que desencadenó movimientos revolucionarios en otros países, como en la Confederación Germánica, en Italia, Bélgica, Holanda y, aunque muy tardíamente, en España. Se la conoce como “la primavera de los pueblos”. Movimientos democratizadores con variado éxito y disímiles resultados. Aunque ya circulaba por Europa el Manifiesto Comunista, al parecer no tuvo mayor influencia entre los franceses que prefirieron encantarse con la recién publicada “Historia de los Girondinos” de Lamartine.

Y ahí, ahora sí, tenemos la divisa famosa dicha categórica y taxativamente: ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad ... o Muerte! La alternativa “o Muerte”, fue suprimida u olvidada poco más adelante, seguramente para evitar la violenta amenaza explícita que anunciaba, en aras de una convivencia social y política más pacífica y democrática.

¿Obra de la francmasonería? ¿O fue tomada desde allí por las Logias francesas? No lo sabemos. Pero la divisa expresa el convencimiento que la fraternidad es un elemento fundamental y esencial de la correcta y humana convivencia social.

Recordemos, de paso, que esta divisa no existe en la francmasonería anglosajona.

*“España, cristal de copa, no diadema,
Sí machacada piedra, combatida ternura*

De trigo, cuero y animal ardiendo.

.....

*Madre natal, puño
De avena endurecida,
Planeta*

¡Seco y sangriento de los héroes!”

Neruda

En España, la historia del ideario liberal se remonta ya a la época de Carlos III. Hizo el intento de transformarse en otro de los “déspotas ilustrados” cuyos epónimos fueron Federico II de Prusia, Catalina “La Grande” en Rusia”, y José II en Austria. Nótese que, en esta lista, integrada por casi todas las Potencias europeas, salvo la inglesa que tiene otro desarrollo, es notoria la ausencia de Francia. ¿Podría entenderse que los reyes franceses fueron incapaces de plegarse a esta suerte de movimiento teñido de un incipiente liberalismo, y que – especulamos – se agregaría como otra de las causas de la Revolución del 79?

Ausencia y contradicción tanto más flagrante en el país que aportaba la gran mayoría de los pensadores “ilustrados”.

Carlos III, tuvo en su Ministro, el Conde Aranda, el puente y el motor que permitió el acceso a la España absolutista, católica y reaccionaria, de las ideas de la Ilustración y de los enciclopedistas franceses. ¿Francmasón? Se dice que fue Gran Comendador de la Orden y que se propuso reorganizar la masonería española creada bajo el influjo y la obediencia de la inglesa, para orientarla hacia la vertiente francesa. Esta es la partida de nacimiento del conflicto entre las “dos Españas”: la conservadora, tradicionalista y católica, por una parte, y de la otra, la liberal, librepensadora y revolucionaria, que atravesará toda la historia española hasta su sangriento desenlace en 1936.

Las ideas de la ilustración y la francmasonería cabalgaron hacia España junto con los mariscales de Napoleón. En 1808, Murat crea el Gran Oriente de España, secundado por José Bonaparte. Pero la intervención francesa, provoca, como se sabe, la reacción del pueblo español y la guerra por la independencia. Ante el vacío de un poder real (real en el doble sentido de la palabra), se organiza en las Juntas de Gobierno.

La Junta Central de Cádiz, asume la representación de Fernando VII, y reúne a las Cortes, que se dan a la tarea de crear una Constitución. Ya la idea de un texto constitucional en un país organizado desde el medioevo como un reino absolutista, parece extremadamente revolucionaria. En efecto la Constitución de 1812 (19 de marzo de 1812, de la que recién se ha conmemorado su bicentenario) aparece como su modelo francés e impregnada del ideario liberal, rupturista ante siglos de férrea tradición conservadora.

En su artículo 1º, establece que la nación española- ya no un reino – “es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios”, incluyendo así, en forma directa, a todos los habitantes de las colonias americanas.

El Art. 3º, plantea derechamente que “la soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo pertenece a esta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales. Desaparece, en forma categórica y explícita, el concepto de la soberanía real por derecho divino.

Avanzó también en dejar garantizados la libertad civil, el derecho a la propiedad, la libertad de expresión y de prensa, y el sufragio universal indirecto. Sin embargo, ¡España al fin!, reconoce un estado organizado como monarquía hereditaria y el reconocimiento que, “Art 12º. La religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas y

prohíbe el ejercicio de cualquier otra”. Y, además, en su Art. 168, dispone que “La persona del Rey es sagrada e inviolable”.

El historiador francés, Jean Descola, en su “Historia de España”, sostiene que en las Cortes de Cádiz, participaron muchos masones, pertenecientes ellos a la Logia de esa ciudad “Los Hijos de Edipo”, y que habrían aportado gran parte del ideario liberal al texto constitucional. Por ahora no hay modo de confirmar tal afirmación, sobre todo porque Descola no señala la fuente utilizada al respecto.

Testigo y actor preponderante de ese ensayo libertario y uno de los firmantes de la Constitución, fue nuestro compatriota – si es que pudiéramos llamarlo así – Joaquín Fernández de Leiva Erdoíza, nacido en Santiago en 1775, Diputado a las Cortes entre 1810 y 1812. Por su apellido materno, es, en efecto, hermano del prócer Manuel Rodríguez.

No sabemos si regresó a Chile. Lo cierto es que murió en Lima en 1814. ¡Había terminado la Patria Nueva!.

Hasta aquí llegó el liberalismo, pero se comprende que en las circunstancias históricas y tradicionales, no se podía avanzar más allá.

Quizás si la supresión – momentánea – de la Inquisición fuera el fruto más palpable de estos aires renovadores.

Se sabe que las cambiantes actitudes de Fernando VII, guiadas más por las conveniencias oportunistas que por convicciones, que no las tenía; hizo que aceptara, luego repudiara esta Constitución, y que sólo por la fuerza de la rebelión encabezada por el coronel Rafael de Riego en 1820, se resignara a jurarla de nuevo. Riego, liberal y se supone que, además, fuera masón, encabezó el llamado trienio liberal (1820-1823), que terminó en forma sangrienta con la intervención del ejército francés, para proteger el trono del rey Borbón. La brutal represión de los liberales condujo a Riego y sus seguidores al

patíbulo. Años más tarde, 1831, la persecución de los liberales cobró otra víctima famosa, convertida en heroína: Mariana Pineda.

*“Amas la libertad por encima de todo
Pero yo soy la misma libertad. Doy mi sangre,
Que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas
¡No se podrá comprar el corazón de nadie!*

(Federico García Lorca. “Mariana Pineda”)

Su condena a muerte en el “garrote vil”, lo fue por el delito de haber bordado en una bandera (supuesta la de Castilla o masónica de color morado y un triángulo verde), las palabras: Ley, Libertad, Igualdad.

El color morado aparece hoy en la bandera de la República Española, colocado en lugar de la faja roja inferior de la Bandera Monárquica. Ella y el Himno de Riego, son los vestigios simbólicos de esa lucha por la libertad que emprendieron esos liberales y masones españoles.

Uno de ellos, muy cercano a nosotros, es el ciudadano español Juan Bautista Casanave Contreras. Masón, iniciado en 1818, entre el fragor de las luchas libertarias y la persecución de la Inquisición Después de estos acontecimientos emigra a Perú en 1825. Entre 1856 y 1863 fue V.:M.: de la Logia “Concordia Universal” de El Callao. Hacia 1856, figura como Miembro Honorario de la R.:Logia “Unión Fraternal”, de Valparaíso. Parece que el inicuo y bárbaro bombardeo de Valparaíso por la escuadra española, colmó su espíritu libertario por sobre su nacionalidad, lo que le empujó al suicidio, en 1866. (M. Romo. Archivo Masónico N°27).

A partir de las revoluciones de 1789 y de 1848, el mundo occidental ya no fue el mismo. Eran demasiados los cambios y las transformaciones provocadas en las estructuras sociales y políticas. El más importante, seguramente es que los pueblos adquirieron por primera vez, la convicción que podrían modificar la historia y su destino por ellos mismos.

Y el anuncio de una nueva clase en formación, la de los trabajadores y proletarios, a la que Babeuf y Saint-Simon aportarán una filosofía, sobre la cual construirán su sistema político, Marx y Engels.

En adelante, las orientaciones liberales tendrán preponderancia por sobre otras tendencias políticas, junto a la filosofía racionalista y su extremo, el positivismo comtiano.

Sólo quedan enunciados los avances y cambios que se generan en la ciencia y en el arte. Como la ciencia experimental y la tecnología que tienen el punto de partida para la adquisición de las formas modernas de investigación.

Y en el arte, en que ingresan aires de renovación contra la academia y los conceptos vacíos de contenidos. Tanto en la pintura como en la escultura y la música, o la literatura, el romanticismo y el espíritu nacionalista se abren paso.

*“Detesto la Aristocracia,
y la adorada igualdad es mi ídolo”.*

B. O’Higgins

*“¡Naciste, patria amada,
¡Gritando libertad!
Por ti morir sabremos
¡O triunfa la Igualdad!*

La Igualitaria, Eusebio Lillo.

En nuestro país, las tendencias liberales se expresan en los permanentes conflictos que atraviesan todo el siglo XIX.

Es necesario, sin embargo, retroceder hasta fines del siglo XVIII, para analizar la mentalidad de los españoles criollos.

Éstos ya tenían una visión del mundo muy distante a la que tenían los peninsulares por esos mismos tiempos. Aquí el nuestro, se ha hecho más pragmático, podría decirse que se siente más apegado al suelo (y con certeza en el doble sentido del término: tanto como propietario como “aterrizado” por utilizar un gráfico término chileno), poco dado al misticismo, una religiosidad más formal que sentida, sin grandes apasionamientos. Por eso, “cuando algunas décadas más tarde – lo dice Jaime Eyzaguirre – el positivismo racionalista llegue de Francia, encontrará que sus principios vivían ya largos años en el inconsciente chileno”.

Afirmación que no deja de ser sorprendente por la penetrante intuición de un historiador que difícilmente podría ser tildado de progresista.

Importa señalar, al respecto, una segunda consideración. También en Chile, la organización y el poder de los Cabildos, alejados de la sombra Real, fue mayor que en la misma España. Y esto redundó que en ellos se asentó un fuerte poder político, usado naturalmente por los detentores del poder económico: la aristocracia terrateniente. Recordemos que a fines del siglo XVIII el territorio habitable, esto es el comprendido entre Copiapó y el río Bio-Bio, estaba repartido en 18 mayorazgos. Desde ahí estaba en condiciones de “decidir por sí sola la suerte de todo el país”. Claros ejemplos son la intervención, tan tempranamente, como la del Cabildo de

Santiago ante el propio Gobernador Pedro de Valdivia y que él mismo había instalado apenas fundó Santiago, su preponderante actuación en la organización de la Primera Junta de Gobierno, y el que designa a O'Higgins como Director Supremo, y luego, el que provocó su abdicación.

Son la expresión del atávico sentido de reducir al máximo el poder del Estado o del Gobernante, y el ejercicio amplio de las más amplias libertades individuales, espíritu liberal que está explícito en la Constitución española de 1812, y que se hizo presente en nuestro país, con altibajos, durante todo el siglo XIX.



Gandarillas

En todo caso, el movimiento liberal organizado como tal, en el término y como partido, fue encabezado por Diego Benavente y Manuel Gandarillas. Este último fundador y redactor del periódico “El Liberal”, hacia 1828, movimiento al que se agregó el español José Joaquín de Mora, autor el gran parte de la Constitución de ese año, llamada precisamente “liberal”. Mora luchó contra la invasión napoleónica, fue hecho prisionero y deportado a Francia.

A su regreso, en 1821, participó en Cádiz del movimiento liberal de Riego, hasta que la represión borbónica que lo trajo a América y a Chile en ese mismo año de 1828. Por poco tiempo, porque su oposición al gobierno conservador le valió otra expulsión en 1831, hacia Perú y Bolivia, para, finalmente, llegar a morir a su patria.

Lucharon por una ley de imprenta, el sufragio del pueblo, elecciones libres, y más allá, por ansias de mayor libertad y democratización política, independizar el Estado de la Iglesia, el librepensamiento, lo que se refleja en duras represiones, estados de excepción, guerras civiles, revueltas que conmueven en lo más hondo a nuestra sociedad.

Si la revolución del 89 poco o nada significó en nuestro país, casi sin repercusiones (salvo la muy posterior por la constitución de la Primera Junta de Gobierno, ante la suspensión de la monarquía española); la del 48, sí que la tuvo y gravitante.

El entusiasmo que provocó en los medios liberales, hizo que la famosa “Historia de los Girondinos”, fuera lectura obligada entre ellos y que, anecdóticamente, sus líderes adoptaran como nombres de “guerra” los de sus ídolos franceses de la primera revolución.

Aunque los movimientos de avanzada social, ya se insinuaban en el movimiento literario de 1842 y la fundación de la Universidad de Chile, ya hacia fines de la década, se

manifiestan con claridad en la organización del Club de la Reforma, y de algunos grupos prerrevolucionarios integrados entre otros por Lastarria, los hermanos Amunátegui, Eusebio Lillo, Domingo Santa María, Vicuña Mackenna ; y la fundación de la Sociedad de la Igualdad por Francisco Bilbao recién regresado de Francia donde estuvo en las barricadas de París en la revolución de 1848. Junto a Santiago Arcos Arlegui (¿pariente de Juan de Dios Arlegui?), Lillo, José Zapiola y algunos obreros.

Su declaración de principios, redactada por Bilbao, expresaba:

“1.- Reconocer la soberanía de la razón como autoridad de autoridades.

2.- Reconocer la soberanía del pueblo como base de toda política

3.- Reconocer el amor y la fraternidad universal como base moral”.

Los nuevos miembros debían jurar sobre estos principios al incorporarse a la Sociedad.

Lillo, dirigió el periódico de la Sociedad: “El amigo del pueblo”, recordando, por supuesto, al del mismo nombre editado por Marat, y también compuso la letra del Himno de la Sociedad con música de José Zapiola: “La Igualitaria”.

Pero sus fines filantrópicos y sociales, apenas encubrían un propósito de mayor alcance: la rebelión política.

Perseguida y suprimida por el Gobierno y sus dirigentes presos, fue sin embargo parte del fermento social que provocó la revuelta de 1850 y la revolución de 1851, que quiso ser la versión chilena de la francesa del 48.

Sin embargo, más perdurable en el tiempo, por la profundidad de sus propuestas, fueron las ideas y acciones de

Andrés Bello, Lastarria, Amunátegui (Miguel Luis), y mucho más adelante, Barros Arana.

Bello es el intelectual que cree en el poder de la cultura, pero que debe realizar sus valores abstractos en la realidad. Nos pidió crear una instrucción y una cultura propias. Quizás si fuera el primero en proponerlo. Concebía la civilización como una planta “que debe chupar sus jugos a la tierra que la sostiene”. ¡Cómo no admirar esta visión de quien valora la formación de una identidad nacional, la fortaleza de una idiosincrasia y la enorme tarea de construirla y desarrollarla! Tarea que, lo sabemos, aún está pendiente.

Su pensamiento, será siempre, modelo de ponderación. Ecléctico, realista y práctico.

En la otra orilla estará Lastarria. Aprovechado discípulo de Mora, su liberalismo está plagado de sueños y arrebatos; defensor irreductible de sus principios, repudia toda tradición hispana, pero se nutre de las ideas foráneas, con las que pudo encabezar a toda una generación liberal.

En parecida posición, Amunátegui, sostiene que la máxima aspiración de una sociedad son los valores encarnados en la libertad, el progreso y la igualdad. Su liberalismo “a la francesa” es una corriente incontenible, porque “todos los esfuerzos que se hagan para impedir ese resultado serán impotentes; todos ellos servirán sólo para derramar sangre, para producir trastornos, para causar la desgracia momentánea de las naciones”. Y remata su pensamiento, afirmando categórico: “no hay hombre bastante sabio, no hay pueblo bastante poderoso para contener el torrente de las ideas de una época”.

Así pues, los hombres que poseen la suficiente energía y constancia, son capaces de derribar todos los obstáculos que pretendan oponerse al progreso social. Es la expresión de una

extrema fe en el destino, y de un desbordante optimismo en el poder de las fuerzas latentes en los pueblos y las sociedades.

Más adelante, avanzado el siglo XIX, Barros Arana, será el mentor de un positivismo evolucionista, que está en condiciones, con su incontenible poder, liberar las conciencias atrapadas en los dogmas religiosos. Es un laico completo, y es el que desarrolla en forma coherente, quizás por primera vez, el concepto del estado Docente.

Tanto Amunátegui como Barros Arana, podrían suscribir sin muchas dificultades un ideario masónico.

Es así como, en esta primera mitad del siglo XIX, los vientos – a veces arremolinados – de las corrientes intelectuales europeas llegaron a destino, especialmente en las mentes inquietas, deslumbradas y efervescentes de una clase media educada y en pleno ascenso social.

Es sabido que las aguas no se aquietaron durante todo el período del presidente Montt, para culminar en otro conato revolucionario en 1859, que en verdad fue guerra civil, dirigida por los hermanos Matta, Gallo y otros próceres que el año anterior habían fundado el Partido Radical, y que pretendía producir reformas substanciales en la estructura social política y cultural del país.

Enarbolaron las banderas del liberalismo. Derrotada en la confrontación militar, sus dirigentes fueron apresados, desterrados o relegados, como fue el caso, entre otros, de Juan de Dios Arlegui. Sin embargo, a la larga triunfó porque permitió abrir el camino hacia una radical transformación histórica de nuestra sociedad en la que ya operaban grupos de opinión, partidos políticos corrientes diversas que involucraban, cada vez a más personas en el debate y en las decisiones de la vida pública.

Entre ellos reconocemos el nombre de prominentes masones los que sí, ahora, podrán dar los pasos decisivos para que la francmasonería chilena levante con decisión los principios de la libertad, la igualdad, la fraternidad, la tolerancia y la justicia social.

La fundación de la Gran Logia de Chile, consigue institucionalizar y dar sólido sustento a los esfuerzos de los masones que lucharon durante todo el resto del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX por estos principios y valores. No podría afirmarse que hubiese una relación directa entre su fundación, con la revolución del 48, y las del 51 y 59 en nuestro país; pero si, es indudable que éstas proporcionaron el germen en que se nutrieron los espíritus de muchos masones. Pero es preciso reconocer que no es posible aislar la historia de la francmasonería de los contextos históricos y sociales en los cuales se desenvuelve, porque forma parte de ellos, porque está integrada a su desarrollo y comprometida con su futuro.

Queda abierto el debate, para saber qué abatir, qué conservar y qué reestablecer; pero los valores por los que lucharon los revolucionarios hasta con el sacrificio de sus vidas y que la masonería coadyuvó a reivindicarlos, siguen siendo actuales y representan la base de un modelo de sociedad que permite a todos los seres humanos, a la humanidad en su más alta expresión, a tener la esperanza de vivir en armonía y con la seguridad de poder aspirar y tener un pleno e igualitario desarrollo personal.

Si ya fue posible conquistar la libertad jurídica y la igualdad política, aún queda pendiente la gran deuda de alcanzar la fraternidad social; a la que podría llegarse aprovechando el despliegue inimaginable de la ciencia y la tecnología que ha puesto mayores bienes a disposición de casi todas las sociedades; a condición, claro, que los Estados y las políticas

estén verdaderamente libres de ataduras transnacionales o de poderes extraterritoriales.

A la francmasonería universal le debería corresponder el poder de conseguirla y tener la gran fortaleza como para aunar y liderar los esfuerzos de muchos sectores y grupos que luchan por los mismos ideales.

El combate contra los irracionalismos, contra los oscurantismos tenebrosos, contra los fanatismos demenciales, contra la barbarie que asoma hasta en los artilugios tecnológicos, contra los despiadados sistemas económicos, contra la depredación de nuestro medio ambiente; en fin, contra los sofisticados, y por consiguiente difíciles de detectar, sistemas de opresión espiritual, significan y suponen que esa lucha no ha terminado, y que los masones nunca pueden descansar.

Así como *“estaba reservado al siglo XIX el oír a la América reclamar sus derechos sin ser delincuente y mostrar que el período de su sufrimiento no podía durar más que el de su debilidad y que “era preciso que algún día llegase el término de esta violenta sumisión”*

(Proclamación de la Independencia de la República de Chile. 1818).

Así también, hoy, la tarea de la hora, no admite el menor descuido ni podemos permitir quedarnos adormecidos por encantadores de serpientes que alaban desde sus círculos de poder, las iniquidades que, por desgracia, aún persisten en gran parte de la humanidad. Para eso la francmasonería nos entrega poderosas herramientas espirituales y espera que, congregados en nuestros Talleres, cumplamos con los altos propósitos que nos llevaron a golpear a las puertas de estos Templos.

BIBLIOGRAFÍA

Blavia, Esquivel, Antonio. "Evolución del pensamiento político". 1992. www.books.google.cl/books

Burke, Peter. "Historia social del conocimiento". Ediciones Paidós Ibérica. S.A. Barcelona, 2002

Descola, Jean. "Historia de España". Editorial Juventud Barcelona, 1963

Churchill, Winston. "Historia de Inglaterra y de los pueblos de habla inglesa". Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1958

Encina, Francisco- Castedo Leopoldo. "Resumen de la Historia de Chile". Zig-Zig. Santiago de Chile, 1954.

Eyzaguirre, Jaime. "Fisonomía Histórica de Chile". Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1983.

Hobsbawm, Eric. "Los ecos de la marsellesa". Ed Crítica. Barcelona. 2003

Jocelyn-Holt, Alfredo. "El peso de la noche". Compañía Editora Espasa Calpe Argentina. 1997

Joxe, Alain. "El imperio del caos". LOM, Ediciones. Santiago, 2003

Laski, Harold J. "El liberalismo Europeo". Breviarios, FCE, México, 1969

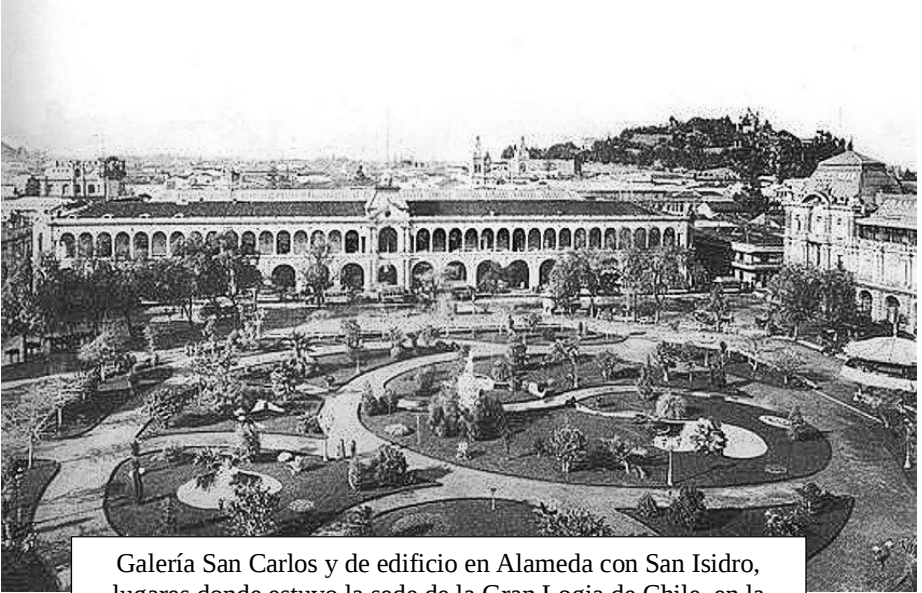
Lefebvre, Georges. "La Revolución Francesa y el Imperio". Breviarios FCE, México, 1987

Robespierre, Maximilean. "Por la felicidad y la libertad". 2005. www.books.google.cl/

Romo, Manuel. “Archivo Masónico N° 27, Julio de 2012, versión digital.

Sepúlveda Rondanelli, Julio. “Francisco Bilbao, precursor del socialismo”. Ed. La Reforma. Santiago, Chile, 1987

Woodward. E.L. “Historia de Inglaterra”. Alianza Editorial. S.A., Madrid, 1982.



Galería San Carlos y de edificio en Alameda con San Isidro, lugares donde estuvo la sede de la Gran Logia de Chile, en la primera mitad del siglo XXI



NOTAS SOBRE UNA VISIÓN PROFANA DE LA FRANCMASONERÍA CHILENA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Introducción

El presente trabajo investiga algunos aspectos puntuales a través de los cuales se ha percibido en el mundo profano la presencia de la francmasonería chilena en la sociedad. Las fuentes utilizadas son publicaciones profanas de la época; diarios, revistas, libros, debates parlamentarios, etc., sobre los cuales se ha hecho un examen crítico ponderando el grado de seriedad de los autores y las circunstancias que las rodearon.

Durante la primera mitad de este siglo, la francmasonería aparece en el medio social chileno como una institución rodeada de un hálito de misterio, sin que se sepa a ciencia cierta nada de su carácter, ni de sus propósitos o actividades.

Se le atribuye - con ciertas variaciones en el tiempo - una gran influencia social, especialmente política; y hasta cierto poder económico. Para el mundo católico no hay ningún género de dudas: es una secta cuyos inconfesables fines atacan a las bases de la religión, la familia y los valores "tradicionales".

Una primera parte del trabajo, enfoca las apreciaciones generales que se tienen de la Orden, en especial, de los textos de Historia de Chile o investigaciones específicas: Gonzalo Vial, Ricardo Krebs, Mario Góngora, Jaime Eyzaguirre.

En la segunda, se examinan publicaciones originadas en hechos circunstanciales, sociales o políticos, que adquieren, a veces, un carácter sensacionalista.

Las primeras décadas del siglo XX

Durante este período - primer cuarto de siglo - las logias masónicas, según Gonzalo Vial, aumentaron en cantidad y en las que era posible encontrar a políticos laicos, oficialidad de las fuerzas armadas, juventud... creciendo en importancia en la lucha partidista, la legislación y la carrera administrativa.

Agrega una connotación sociológica "se hicieron predominantemente mediocráticas". Ahí, sigue Vial "se podía contrarrestar la red de apoyos familiares y de amistad que sustentaba la clase aristocrática".

Reconoce empero y para dar visos de objetividad e imparcialidad a su visión de la masonería, reconoce el atractivo de los ideales filosóficos y de servicio a los necesitados que la juventud hacía suya por su nobleza e idealismo, además de la seducción provocada por el aire romántico y misterioso que encerraba.

Por razones prácticas y teóricas, la mayoría de sus miembros pertenecía al Partido Radical, en el cual ya predominaba el pensamiento de Valentín Letelier, con su concepto más avanzado del Estado como ente social. Socialismo de estado, de "cátedra", y "jacobino" en materia religiosa, como se lo reprochaba Mac Iver (M. Góngora).

Continúa Vial, que durante el largo mandato del G.:M.: Navarrete y López, el "Partido Radical devino la gran fuerza política de Chile y las logias incrementaron significativamente su propia influencia".

Y ellas, las logias, cree, fueron arrojadas a las peligrosas turbulencias políticas y de la ayuda mutua, opacando "sus restantes y más desinteresadas finalidades y actividades".

Aunque en la Constitución del año 1912, se prohibía (como siempre lo ha sido, por lo demás) en las Tenidas de la Orden "expresa y formalmente" toda discusión sobre simpatías políticas de sus miembros, la actividad política en ellas se hizo habitual, incluso con cierta jactancia que quiere descubrir en las palabras del G.:M.: Navarrete y López, en su mensaje anual a la Asamblea de la Gran logia, a raíz de las elecciones parlamentarias de 1918.

Cita: "Los masones lucharon y cooperaron esforzadamente al triunfo de un régimen de libertad que es respeto para las conciencias y así surgió el número más alto de parlamentarios pertenecientes a las logias que jamás haya habido en nuestro país". La cita está extraída del libro "La Francmasonería y sus obras en Chile" (Veritas).

Afirma su argumento, en la larga lista de Hermanos que actuaron en el gobierno del H.: Alessandri, para llegar hacia 1930, bajo la Gran Maestría del V.:H.: Héctor Boccardo "al centro mismo de la politizada y antijuntista" Radical. El V.:H.: Boccardo compartía su estudio jurídico con los QQ.:HH.: Armando Quezada, Pedro Aguirre Cerda y (agregamos) Eugenio Matte Hurtado.

Por otra parte, la Orden al contactarse con oficiales como Carlos Ibáñez, Marmaduke Grove, Alejandro Lazo (a los que no identifica como masones) y "otras actuaciones" (que no explica) jugaría - dice Vial - papel importante en la caída de la Junta y en el regreso de Alessandri a la Presidencia de la República.

De lo expuesto, puede quedar seguramente en el juicio de quienquiera lea esas páginas, que admitiendo el carácter y las obras benéficas prohijadas y mantenidas por la Orden,

destacando su sentido filantrópico, sobre todo, la francmasonería chilena habría actuado políticamente, por conducto de una gran cantidad de sus miembros, especialmente desde el parlamento, la Presidencia de la República y, veladamente, aunque Vial lo dice explícitamente en el párrafo anterior, a través de las Fuerzas Armadas.

Es del caso señalar que tal apreciación se funda en la percepción cierta que buena parte de los políticos de primera línea en el campo de la avanzada social pertenecían a la Orden, circunstancia que a pesar del pretendido secreto masónico, era conocida, como obviamente ha ocurrido siempre en Chile. De ahí se seguía el razonamiento fácil y errado, que tras ese hecho debería haber toda una acción política concertada, sistemática, organizada y fraguada en el seno de las Logias.

Sin embargo, la masonería no hacía entonces, otra cosa que llevar a la práctica, aspiraciones largamente sentidas en su ideario por la libertad, la justicia social y la tolerancia, que ahora. en esas dos décadas (1920-40) tenía la oportunidad de hacerlas realidad por la ocasional fuerza política (el PR) que reconocía en ella una aspiración espiritual y "la cohesión que le prestaba la francmasonería a la cual pertenecían mayoritariamente los radicales" (Mario Góngora).

La reacción católica, fuerte, acusaba el golpe y desde esa "cierta jactancia" se pasaba a la descalificación artera, atribuyéndole un poder político poco menos que institucionalizado y que al calificarla de "politizada", lo que se quería decir era que su carácter filantrópico y moral había quedado supeditado a la sola motivación política y para la cual todos los medios eran aceptados, incluso la intervención franca en los cuarteles.

Lo que no era, ni es, cierto. Porque si en las Logias se hacía política, debemos entenderla como siempre se ha hecho en

ellas: el debate elevado sobre las realidades sociales, los problemas de los más desvalidos, la lucha contra la miseria, la ignorancia y el error.

El "asunto" Sibilla

El incidente del nuncio apostólico, Monseñor Sibilla, es traído a cuento, a cuento de intromisión política y ataque a la religión y la Iglesia por parte de la masonería, utilizando el mensaje anual del G:M: Navarrete y López a la Asamblea de la Gran Logia el 31 de mayo de 1914.

Decía el G:M: "Vino la campaña de opinión que, iniciada en Santiago, se extendió potentísima por toda la República con motivo de la vuelta a Chile del representante diplomático del Vaticano ante nuestro Gobierno. Fue un francmasón quien organizó la primera jornada hostil a monseñor Sibilla y, en la que éste perdió su capelo.

En seguida, consejos, dineros, influencias y simpatías aportaron los masones a la Federación de Estudiantes en apoyo de su estruendosa campaña pública. Las Logias establecidas fuera de Santiago constituyeron los centros organizadores de las manifestaciones populares que hicieron eco en las provincias a la agitación metropolitana".

La cuestión no tenía, por cierto, nada de injerencia política, ni menos de un ataque a la religión. Recordemos brevemente que el Nuncio Sibilla intervino abiertamente en la zona de Tacna y Arica, realizando allí una campaña de desprestigio contra Chile. Conocidas estas actuaciones, y después de estar ausente del país por más de dos años, a su regreso en 1913, creó el natural repudio de una gran mayoría, la que se enfrentó, violentamente, con elementos conservadores y clericales que pretendían ver en el asunto una campaña

anticatólica; cosa que los QQ:HH: Arturo Alessandri, Héctor Arancibia y Víctor Robles, se encargaron de desvirtuar en el Congreso, puntualizando que no se trataba de otra cosa que una reacción natural ante el atropello a la soberanía nacional perpetrada por un diplomático extranjero y que tuvo, incluso, el rechazo del Arzobispo de Santiago, Ignacio González Echeñique.

A todo este incidente se le atribuye una intromisión masónica en el campo político, seguramente porque el 19 de agosto de 1913, desde los balcones del Club Radical hablaron a la multitud allí reunida, entre otros, los Hermanos Arancibia Lazo, Barros Castañón y el propio Navarrete y López.

La pretendida intromisión masónica en política no era otra cosa que el legítimo reclamo ciudadano en defensa de los intereses del país, y que si la masonería lo apoyó como lo expresa con tanto orgullo el G:M: Navarrete y López, no hacía más que poner en acción el verdadero y natural espíritu masónico, que no se doblaba a subalternas consideraciones.

1916. La orden del Ministro Boonen Rivera

"El juramento de fidelidad a la bandera, que acaban de prestar los Sres. jefes oficiales e individuos de tropa, del Ejército, prima sobre todo otro compromiso e impone a los miembros de las instituciones armadas de la República, la obligación de abstenerse de formar parte de sociedades secretas, cofradías y logias, a fin de salvar la situación en que las vicisitudes de la carrera militar, podrían colocarlos de tener que faltar al juramento prestado o a compromisos libremente contraídos, lo que es incompatible con el honor y el prestigio de las instituciones armadas".

Orden del día, de 17 de julio de 1916, dictada por el General Sr. Jorge Boonen Rivera, Ministro de Guerra y Marina del Presidente de la República, Juan Luis Sanfuentes.

Esta Orden provocó una inmediata y natural reacción de la francmasonería. El Gran Maestro era Navarrete y López, pero subrogado, momentáneamente por Víctor G. Ewing, quien organizó la defensa, si así pudiera llamarse.

En el parlamento, por parte de diputados que pertenecían a la Orden: los QQ:HH: Carlos Alberto Ruiz, Fidel Muñoz Rodríguez, Armando Quezada y Ramón Briones Luco, además de los profanos Srs. Manuel Rivas Vicuña y Domingo Matte. El más comentado fue el discurso del Q:H: Quezada Acharán, quien recibió las felicitaciones de los Grandes Maestros y del Q:H: Mac Iver. La orden ministerial fue defendida por los diputados liberales Marchant y Augusto Vicuña, y los conservadores Vial Solar, Palacios, Silva Cortés y Herrera Lira.

Este debate, fue analizado en un libro anónimo titulado "La Masonería ante el Congreso", con el subtítulo "Política Republicana". Imprenta La Ilustración, Santiago, 1917, con licencia del ordinario.

Ninguna otra identificación. pero el carácter y el tono de la diatriba no pueden disimular su origen ni su autoría intelectual (según el Q:H: Pinto Lagarrigue, la publicación es del Arzobispado de Santiago).

Este libro, del cual no valdría la pena ocuparse, empezando por su anonimato, expresa, sin embargo, la actitud reaccionaria con que la Iglesia Católica pretendía descalificar a la masonería. Hoy su contenido, ingenuamente infantil, carece de toda relevancia y de solidez, sin embargo, cabe preguntarse ¿Qué efectos pudo haber causado en el medio social chileno de 1917?

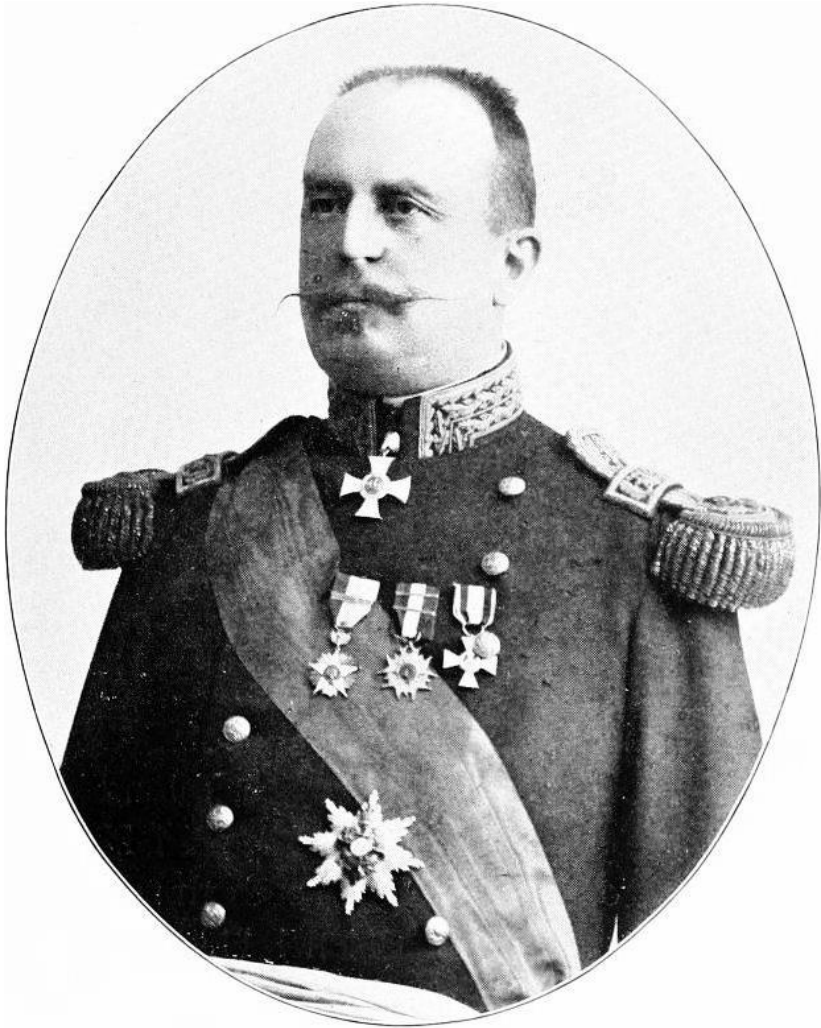
Un breve examen de sus 120 páginas: Después de exponer sucintamente el debate parlamentario, pasa a definir la masonería de acuerdo con las ideas señaladas por la Iglesia a través de las Bulas papales de Clemente XII, Benedicto XIV, Pío VII, León XII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII. Intenta describir la estructura de la Orden, haciendo mofa de los nombres de grados, títulos y denominaciones, para pasar luego a la base de la discusión: el derecho de asociación, defendido por los diputados francmasones (cuyos argumentos no aparecen en el libro) y el aspecto más fundamental y controvertible, que según sus autores, incidía... en el carácter del juramento masónico y que es el mismo que prestamos hoy día.

Citan el art. 134 de la Constitución masónica (de 1912): "El V.:M.: en su nombre y en el de los dos Vigilantes primero y después el H.: Orador, rodeado de los oficiales y de los demás miembros de la Logia, en su propio nombre y en el de los que los rodean, prestan ante el Presidente (se refiere al Presidente de la Comisión Instaladora de la Oficialidad de la Logia), el siguiente juramento: "juro obedecer sin restricción la Constitución masónica y permanecer inviolablemente adicto a la Gran Logia de Chile, único poder legislador y regulador de la masonería simbólica en el territorio de la República de Chile y Logias de su obediencia".

¡Tal juramento fue apreciado escandalosamente contrario al juramento de fidelidad a la bandera! Como también el Art. 150: "La persona del V.:M.: es inviolable en su autoridad. A nadie es lícito censurarle sin caer en falta y sólo el G.:M.: de la G.:L.: de Chile tiene derecho a exigirle cuenta de sus actos".

Según estos detractores, tales juramentos y disposiciones producían un efecto de sumisión total de los miembros respecto a la Orden y sus autoridades, pasando por alto lo indesmentible y obvio que ellos se referían (como ahora) al exclusivo ámbito

masónico y que en nada afectaban la independencia de sus miembros en sus convicciones políticas, religiosas y menos en sus actuaciones civiles o sociales.



General masófobo Jorge Boonen Rivera

A continuación, pretende demostrar que la masonería se inmiscuye en cuestiones políticas para lo cual recurre a circunstancias y contingencias ocurridas tiempo atrás en Bélgica e Italia. En Ecuador, el asesinato de García Moreno es atribuido a un complot fraguado por logias europeas. por último, se refiere al "militarismo masónico", recordando otra Orden de un Ministro de Guerra, esta vez Bascuñán Santa María, en 1904, impidiendo que los Jefes y Oficiales formen parte de "asociaciones que pudieran llegar a tener carácter político".

Toca, también de pasada, a la Logia *Lautarina*, a la que fuera de negarle su inspiración masónica, le atribuye crímenes y acciones indignas que posteriormente reiterara el historiador Jaime Eyzaguirre: "... es de su responsabilidad, un cúmulo de maquinaciones oscuras que fueron desde la intriga menuda hasta el crimen".

Y, por último, cierta pretendida influencia en el ejército francés durante la primera década del siglo. A todo esto, la medida, o sea la Orden del Ministro Boonen Rivera concluyó, según Gonzalo Vial "estrictamente en nada". Manuel Rivas afirmaba que "sus efectos fueron opuestos a los buscados: aumentó (decía) la participación militar en los talleres masónicos".

Después y por cierta paradoja, en las trastornadas décadas del 20 del 30, parece no haber trascendido la masonería hacia el exterior.

1940. La Segunda Guerra Mundial

Los agitados tiempos del inicio de la segunda guerra mundial, atraen la atención sobre problemas de la francmasonería europea.

En "*La Hora*" (12 de agosto) *Cóndor*, (¿de la Logia *Cóndor*?) escribe sobre la disolución de la masonería en Alemania, Italia, Unión Soviética, España... "por ser eminentemente libertaria, no puede conciliarse con ninguna dictadura, cualquiera que sea su fisonomía".

Y agrega, citando a Jorge Washington al que se le preguntó en una ocasión por qué tenía a tantos masones a su lado, expresó "porque como tales son doblemente leales y patriotas".

Más adelante, el mismo *Cóndor* (24 de agosto), anuncia "*Un jour viendra*" que a la disolución de las Logias masónicas en Francia (ya había caído bajo la ocupación nazi), renacerán tal como después de la orden de Napoleón III y en el espíritu de hombres como Víctor Hugo Carnot, Gambetta y Clemenceau.

En Chile, (25 de agosto) las preocupaciones del momento giran el torno a las consecuencias de fallidos intentos subversivos contra el recién iniciado gobierno del Q.ºH.º Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular.

Un anónimo cronista, bajo el título "Los desterrados", expresó que "se cumple un año del suceso que tuvo a la República al borde de un cambio institucional violento" y agrega "El fallo de la Corte Marcial redactado según se dice, en el Club de la República, impuso a Herrera (Ariosto) el confinamiento a ciudad de México, el único país de América con Embajador chileno comunista y con régimen de izquierdismo extremo".

El ataque insidioso, del elemento conservador y reaccionario, intentaba relacionar a la francmasonería chilena con el extremismo de izquierda y una supuesta influencia en los altos tribunales de justicia y entre los militares.

La masonería estaba tan ajena y distante de esos extremismos e instituciones, tanto por sus propias convicciones

y principios, como por las invectivas salidas de ese mismo campo, en su contra.

Tan es así, que a poco andar "*El Siglo*", el 11 de octubre de 1940, publica un extenso debate sobre la masonería y su incrustación en el Partido Comunista. Informe del Secretario de la Comisión de Control y Disciplina, Galo González, ante el 9º Pleno del Comité Central.

¿Cuál era la idea que tenía el Partido Comunista de la masonería en ese entonces? Veamos...

"Es sabido que la masonería inspiró su doctrina en la filosofía de los enciclopedistas, precursores de la revolución burguesa francesa. Sabido es, también, que su lema fue - y creo que es todavía - libertad, igualdad y fraternidad. Allí donde la burguesía luchaba contra las formas feudales de dominación y para abrirse paso como clase dominante, la masonería jugó junto con la burguesía revolucionaria, un papel progresista. Lo jugó, por consiguiente, en la lucha por la liberación de los pueblos de América de la dominación extranjera... Pero cuando el proletariado adquirió conciencia como clase, se organizó y luchó independientemente para liberar a la Humanidad de la explotación capitalista, entonces la masonería en su conjunto, defendió los intereses de la burguesía. de la cual es hija, contra el proletariado. Ese proceso se acentuó después de la primera guerra imperialista, después del triunfo de la Unión Soviética y de la constitución de la Internacional Comunista".

No olvidemos que fue Clemenceau, masón, el que propuso cercar a la Unión Soviética con alambres de púas... No olvidemos que en España fueron elementos dirigentes de la masonería quienes -con muy raras excepciones -desde el comienzo de la lucha por la liberación nacional del pueblo español, de acuerdo con la masonería internacional, alentaron y organizaron la capitulación ante el enemigo, que culminó con la

entrega de Madrid, que tanta sangre costara al pueblo español (Casado, Martínez Barrios, Prieto, Besteiro, Miaja, etc.). En Francia también fueron masones, como Daladier, Blum, etc., los más encarnizados enemigos del pueblo, que hicieron encarcelar y fusilar a los comunistas y a los elementos revolucionarios para luego capitular ante los fascistas interiores, los Petain, Weygand, Laval, etc ¿Es que aquí, en nuestro país, para no ir más lejos, no hay una experiencia en este sentido? ¿Es que Ibáñez no era y es masón? ¿Es que no es masón Alessandri...?"

"...La masonería es una organización que tiene finalidades políticas bien definidas, o sea, predicar el "espíritu de tolerancia" entre las clases sociales "educar a gobernantes, parlamentarios y magistrados", para la burguesía, evitar "rozamientos y enconos" entre patrones y obreros, para que estos últimos se dejen explotar más mansamente y, sobre todo, y esto es lo esencial, dar "consejos y enseñanzas" a los demás... sus miembros, si están dentro de un partido o de una organización proletaria, deben aconsejarla y enseñarle los propios principios filosóficos de la burguesía, practicar la tolerancia y la colaboración de clases. Es decir, que en las condiciones del Frente Popular, de la alianza del proletariado con otras capas y clases sociales, el papel de la masonería es el de predicar la "tolerancia" y la "colaboración" de clases, es el de evitar que el proletariado consiga la hegemonía y su vanguardia, el papel dirigente en el bloque popular, impidiendo así que se creen las condiciones para el desarrollo de la revolución agraria y antiimperialista. Como veis, se trata de una ideología extraña al proletariado".

En consecuencia, y ahí termina el discurso de González, "Es necesario plantear a los masones que militan en nuestro Partido, que renuncien públicamente a la masonería si quieren seguir militando en nuestras filas. El que no lo haga será

expulsado públicamente del Partido. Las cosas claras para ellos y para nosotros".

La conclusión clara de este episodio y de esta posición, es que la masonería siempre será excluida y excluyente de las tendencias extremas, en las que, sin duda, moran las intolerancias y los dogmatismos más exacerbados.

Las ideologías políticas, por un lado, con la visión totalizadora de la realidad, como la observaban los partidos marxistas y las religiosas por el otro, ultramontanas, terminan por conciliarse y aliarse estratégicamente contra un enemigo común: la francmasonería libertaria, equilibrada, justa e imperturbable.

1941. Gobierno del Q.:H.: Pedro Aguirre Cerda

Promediando el gobierno del Q.:H.: Aguirre Cerda, y durante gran parte del año 1941, se desata una campaña pertinaz, extensa y enconada en contra de la masonería y que obligó a la Gran Logia de Chile a intervenir reiteradamente, con seguridad en contra de sus deseos, para dejar las cosas en su lugar.

Se habla del "inmenso poderío masónico" diciendo que "...su gran pecado es haber constituido la más enorme y eficaz de las máquinas conocidas, para acaparar puestos públicos y apoderarse del gobierno de un país".

"Es una casta privilegiada y... ha constituido un poder dentro del Estado de un modo que luego se confundirán uno y otro". "En la historia hay dos casos de entidades que adquirieron un poder tal que fue necesario su supresión: los templarios y los jesuitas".

Sin pretender el poder civil, su influencia era exorbitante para el Estado. Concluye el artículo de prensa: "Los masones han ido tan lejos como jamás se ha pensado que llegaran ni los

templarios ni los jesuitas"... "han colmado la medida y han llegado mucho más lejos".

Esto lo escribe Guillermo González Echeñique, un político conservador, que en otro campo afirmaba que las encíclicas de los Papas León XIII y Pío IX están muy distantes de ser anticapitalistas, lo que le valió la repulsa de nada menos que Jaime Eyzaguirre (Mario Góngora). El 11 de septiembre de 1941, en *El Imparcial*, otra incidencia se toma como "El odio a la religión" (por parte de la francmasonería): ..."tocaba al actual régimen de gobierno tolerar y amparar la más vergonzosa y torpe persecución religiosa: las monjas de la Providencia han sido expulsadas de la Casa Nacional del Niño; triunfaron los Drs. Zorrilla y Castro con el apoyo de la Junta de Beneficencia.

"Todo desaparece, porque así lo exige la masónica hermandad que odia a la Religión Católica porque es sólido fundamento de la familia, de la sociedad y de la patria. Hay una honda protesta que brota de los chilenos de verdad para anatematizar a una secta que domina ya sin contrapeso en muchas actividades del país".

"El Gobierno de Chile contempla, impávido, estas arremetidas masónicas y comunistas en contra de todo lo que es grande y noble".

Un "Boletín Antimasónico" de Julio de 1941, da cuenta de una "actitud valiente y ejemplar de la naciente institución, Frente Nacional Chileno, que en la concentración del Domingo 29 de junio, Don Ernesto Prieto Trueco, denunciaba a "una organización de comando y origen internacional que se mezcla arteramente en nuestros asuntos que son exclusivamente de chilenos".

González Echeñique, desde las columnas del "*Diario Ilustrado*", el 26 de agosto, arremete de nuevo contra la francmasonería, hablando de un "poder que gobierna desde la

sombra". Dice: "El gobierno anónimo y secreto de las logias, es una ofensa a la ciudadanía, que no puede estar conforme con ver a la cabeza de los partidos políticos de gobierno a individuos recién sacados del más profundo anonimato y en donde pone su nota más ofensiva a la nacionalidad es su intervención en el Ejército y la Marina".

El mismo "Diario Ilustrado", anuncia el 12 de agosto, otra concentración del Frente Nacional Chileno en Valparaíso, con la concurrencia de personalidades como Francisco Mora, Oscar Ruiz Tagle, Hugo Mardones, Carlos Nieto y el Dr. Julio Schwarzenberg.

El 5 de septiembre, "*El Diario Ilustrado*", publica bajo las iniciales MU un artículo titulado "Sobre la masonería": "El Coronel en retiro, Caupolicán Clavel, se retiró por la orden de Boonen Rivera, porque la institución masónica combate las altas finalidades del Ejército y defiende el capitalismo internacional y el comunismo anárquico, agentes destructores de la nacionalidad".

25 años después de esa orden ¿qué móvil condujo a semejante declaración? ¿Cómo podría la Orden, formada por hombres ilustrados, defender al mismo tiempo, al capitalismo internacional y al comunismo anárquico?

La Gran Logia, hubo de manifestar en una declaración oficial, hecha en "La Nación" el día 10 de septiembre, que el H. Clavel perteneció a la Orden Masónica desde el 14 de octubre de 1914 hasta el 16 de diciembre de 1919, en que se le dio carta de retiro por moroso, y que, en consecuencia ni siquiera había acatado la Orden del Ministro Boonen (de 1916).

La batalla periodística sigue en "*El Imparcial*" del 5 de septiembre, en que el Gral. Ariosto Herrera aplaude la declaración del Capitán Clavel. Y "*El Diario Ilustrado*" el 18, 23 y 30 de agosto sigue hablando del "fracaso de la Masonería",

de "Masones grandes y chicos" para añadir: "la masonería ha necesitado siempre actuar en la sombra: es enemiga de la luz (discurso pronunciado por el dirigente nacional de la Juventud Conservadora, Carlos Barros Casanueva en radio Cooperativa Vitalicia).

A todas estas andanadas, respondió el G.:M.: Hermógenes del Canto en entrevistas concedidas a "*Las Ultimas Noticias*" del 14 de agosto y a la revista "*Ercilla*" del 27 del mismo mes.

Por su lado, en "*La Hora*" del 11 de septiembre, "Vogel" escribe: "Por los fueros de la verdad": "Defensa: ¿Quién podría, pues, extrañarse que la francmasonería, que ha sido, es y será la levadura intelectual y moral de Chile, sea ahora, como lo ha sido en todos los tiempos, el blanco de las diatribas de esa gente, que tiene forzosamente que ver en ella a su más formidable enemigo?

Estas reacciones, sucintamente descritas, muestran la intensidad de un sentimiento antimasónico de ciertos círculos - claramente identificables - y que corresponden a un rebrote del clericalismo militante, ante la evidente imagen masónica proyectada por el gobierno del Presidente Aguirre Cerda, sobre el fondo histórico de la guerra civil española, recién terminada y la segunda guerra mundial, en pleno desarrollo.

1948. Junio

Llegamos ahora a una dolorosa y triste experiencia. El debate sobre la dictación de la Ley de Defensa de la Democracia, por el Gobierno del Q.:H.: Gabriel González Videla, entró y salió de los Templos, cuyas puertas - no muy bien cerradas - permitieron, quizás por primera vez, que la masonería

chilena apareciera haciendo ella misma noticia, y ahora con caracteres escandalosos en cuanto a su participación política.

El 14 de Junio, la R::L:: "La Montaña" N°50, se dirige al S::G::M:: Orestes Frodden, haciendo presente su repudio a la dictación de tal ley, cuyas disposiciones "evidentemente envuelven una violación de los fundamentos espirituales de nuestra Orden y de los principios consagrados por la Constitución Política del Estado"...y que "ningún masón ha podido estar concorde con ese monstruoso articulado de limitaciones o cercenamientos a los derechos inalienables de la persona humana".

La carta, muy extensa, está firmada por los QQ::HH:: Roberto Aldunate, ex V::M::y Orador, Santiago Labarca, Ex V::M:: y Tesorero; Claudio Salas, Ex V::M:: y B::M:: (?) y Marcial Mora, M::M::, y fue Publicada el 24 de junio en "*La Opinión*" y el día siguiente en "*La Hora*".

A continuación, el 17 de junio, el S::G::M::, se dirige al Presidente de la República, Q::H:: González Videla, haciendo presente las inquietudes de la Orden ante ese proyecto de ley y que "tuvimos oportunidad, asimismo de relataros cómo en la última Asamblea de Pentecostés, se habían levantado innumerables voces para impugnar el citado proyecto". "Y, aún, cuando hasta la serenidad de nuestro recinto suele llegar, por mucho que nos esmeremos en evitarlo, la voz de la barricada partidista, hemos considerado nuestro deber abordar el tema desde un ángulo puramente masónico".

En parte de su extensa carta, señala que "la Francmasonería es una institución eminentemente humanitaria. Ello significa que el hombre es intocable en todo aquello que concierne a contingencias de nacimiento, posición social, confesión religiosa y opiniones políticas. Reconoce así los derechos humanos, individuales e inalienables, entre ellos la

libertad de pensamiento y de conciencia... "y más adelante recalca que "La eliminación de un grupo de nuestros connacionales, del ejercicio de sus derechos naturales y de la ciudadanía que les confirió su libre nacimiento, en una tierra libre, al amparo de un régimen libertario de gobierno, vale decir, en la jurisdicción de una democracia, contraviene principios francmasónicos fundamentales: libertad de pensamiento, tolerancia política, humanitarismo universalista, liberalismo ético, relativismo filosófico, postulado de personalidad, etc.".



Orestes Frödden Lorenzen

Esta carta la publicó "*La Opinión*" en su edición del día 23 de Julio.

La réplica del Q.:H.: González Videla, está contenida en la respuesta al S.:G.:M.:, de fecha 25 de junio y que publicara "*La Opinión*" el 22 de Julio.

En ella, después de expresar su tristeza, por lo que califica una actitud de incomprensión para ese acto de su gobierno, que surgiera de las columnas en que se plasmó su ser intelectual y moral y reiterando la absoluta identidad "en lo que a pensamiento y acción se refiere, entre la Orden y yo, afirma que la antinomia para juzgar el proyecto de ley reside en "una causa determinante: la de que mis Hermanos, movidos por ese impulso idealizante que nuestra Orden da a todos los espíritus que se forman en sus columnas, han estudiado el problema en lo que pudiéramos llamar un plano abstracto, en el plano de las ideas puras, con prescindencia de lo que en política jamás se puede prescindir, de los hechos y de los acontecimientos sean estos fortuitos o provocados deliberadamente por un hombre o un grupo de hombres..."

"En cambio, yo, Serenísimo Hermano, como Rector político del país, no puedo considerar los conflictos que a diario se me presentan, ni menos darles solución, en el plano superior, despegado de la realidad circunstante, en que lo hacen mis Hermanos, sino en el plano abrupto, erizado de dificultades y azotado por fuerzas contrarias y a veces inconciliables de la política partidista, del cual ningún gobernante democrático, por genial o poderoso que sea, puede desentenderse".

Finaliza, puntualizando que en cumplimiento de sus supremos deberes de gobernante: "debo privar de este trato fraternal y generoso a los miembros de un partido político (PC) que, con violación de todos los cánones legales y morales que rigen a las naciones de nuestra civilización occidental, pretende

obtener el control de nuestra economía, imponer su voluntad sobre los organismos directivos del Estado, destruir nuestro régimen democrático y aniquilar nuestros mejores atributos de hombres dignos y libres".

La polémica, por desgracia hecha pública, en nada ayudó a la causa masónica.

Por el contrario, permitió que los enemigos de siempre la aprovecharan en su propio beneficio: "La Opinión", del 13 de agosto, publica el sermón pronunciado en la Basílica de La Merced por el Obispo Oscar Larson, el 25 de Julio, que entre otros conceptos, señalaba: "Un hecho grave ha ocurrido... por primera vez en Chile el Presidente de la República ha declarado públicamente que es masón y ha hecho la apología de esa sociedad... Proclama su acendrado amor a la Masonería en la que "se plasmó su ser intelectual y moral, con el firme e indeleble cuño que ella sabe dar a sus afiliados".

Añade: "la mayor satisfacción que ha tenido al llegar al más alto cargo de la República, es poner allí en práctica los principios masónicos, de los cuales no se ha apartado un ápice, en sus actos de gobernante".

"Ante el llamado al orden que le ha hecho al Presidente de la República su superior jerárquico, el jefe de la Masonería, S.E. le reitera que su propósito ha sido siempre cumplir el programa masónico y que si no lo ha hecho cumplir mejor, es porque las circunstancias no se lo permiten". "Y así, da amplias, humildes y sinceras explicaciones en una carta que debe haber consumido varias horas de la labor presidencial, para demostrar a su S.G.M., que la ley sobre el comunismo encuadra dentro de los principios masónicos".

"El jefe del Estado resume su posición declarando que entre él y la masonería hay "absoluta identidad". ¿S.E. no invita así implícitamente a ingresar en las logias a todos sus

subalternos, es decir, a todos los empleados públicos y aún a cuantos lean la apología de la célebre sociedad secreta?". "Quién podría enrostrarle mañana que está haciendo gobierno exclusivamente masónico, si él se lo ha anunciado al país francamente? "Tal es, Hermanos míos, el óptimo y elogioso concepto que la masonería merece y hace público, el jefe de este país católico".

"¿Cuál es, en cambio, el concepto de la Iglesia acerca de la masonería? Exactamente todo lo contrario. Siete pontífices sucesivamente la han condenado en diversos documentos".

Algunas conclusiones provisionarias

1.- Una cosa es clara: siempre que la Orden masónica salió a la luz pública, lo fue por una acción o impulso interno, ya sea por algunos de sus miembros o por una (aparente) actividad institucional. De la masonería, en general, no se habla, a menos que ella lo quiera.

2.- Hay una presencia, que podríamos llamar difusa y que deriva de la apreciación que tiene el común de las personas, por un conocimiento más o menos directo de ciertas obras profanas, o las relaciones que la ligan a otras instituciones o partidos políticos.

3.- Las reacciones organizadas del mundo profano, son en su mayoría, reflejo de tendencias antagónicas opuestas a la francmasonería y con gran frecuencia, acusan un tono de violenta confrontación de principios ideales y hasta de intenciones, cayendo en la diatriba, la falacia y la descalificación.

4.- Hay, sin embargo, una apreciación respetuosa que reconoce el aporte de la Orden en el desarrollo social de Chile y en la formación de la propia nacionalidad.

LAS VIAS INICIÁTICAS EN EL MUNDO MODERNO

*“Los dioses han ocultado
lo que hace vivir a los
hombres”*

HESÍODO

Y, ¿qué es lo que hace vivir a los hombres?

Es probable que Hesíodo haya planteado muy tempranamente un problema que acucia a los hombres, tanto desde su nacimiento como conciencia individual, como desde su amanecer, como humanidad.

Lo que hace vivir a los hombres, y es una suposición que debiera ahondarse más, es la de llegar a tener una vida de verdad, esto es con plenitud, con intensidad, con sentido. Una conjetura que desde lo más profundo de su ser, emana en sus ansias de una vida espiritual, una necesidad existencial, que subyace, muchas veces oculta, pero que termina por aflorar con angustias, urgencias, o insatisfacciones. Algunos más que otros, sin duda, períodos históricos más exigentes que otros, por cierto. Pero que sin embargo existe.

¿Será ésto lo que los dioses – sigamos a Hesíodo – los dioses nos ocultan? ¿Por qué?

Quizás porque se han preocupado de nosotros obligándonos a que despleguemos todas nuestras potencialidades, en una búsqueda carentes de límites, exigentes, sin conformismos. Para eso inventamos a esos mismos dioses, fabricamos mitos, alegrías y leyendas. Trazamos en fin,

recorridos nuevos para intentar desocultar aquello que nos han escondido.

Podemos imaginar al conglomerado humano, su civilización, sus sociedades, su cultura, como sea mejor identificarla, como una llanura y también, posiblemente, un desierto plagado de todos los inconvenientes que se han ido acumulando a través de los tiempos. La radiografía del mundo actual puede llegar a ser harto ominosa, y sin tener que entrar a describirla bastaría con recordar nuestros rituales: *“el viaje que habéis hecho representa, con su ruido, su tumulto y su desorden, la sociedad humana, con todo el miserable cortejo de odios, envidias, traiciones y tormentos de toda clase, que engendran los mezquinos impulsos del egoísmo y las malas instituciones políticas y sociales”*.

Pero entre ellas, es posible descubrir algunos hitos que emergen escasamente para iluminar, en este desierto, un camino diferente. Pueden ser Organizaciones institucionalizadas o bien personalidades excepcionales.

Uno de esos caminos que se abren a la búsqueda, son las vías iniciáticas.

¿Qué hay en ellas?

Para Guenon, la iniciación es un proceso mediante el cual se ejecuta la transmisión directa de una influencia espiritual, que se efectúa bajo tres condiciones sucesivas: la calificación, la transmisión y el trabajo interior. El Hermano Antonioletti, agrega que esa transmisión sólo es posible si hay un guía, un iniciador que conduzca al profano en el proceso de la iniciación. Y para eso es requisito ineludible que exista una Organización, que, además, cumpla con el requisito de tener una reconocida “regularidad”.

La iniciación conlleva siempre, una muerte simbólica que no es aniquilamiento sino un medio para llegar a un renacer, esto es el nacimiento a una nueva vida.

El valor profundo de las vías iniciáticas reside en su esencial y radical objetivo. A diferencia de las teorías científicas, de análisis generalizados, de estudios y estructuras de pensamiento dirigidos a la pluralidad, las vías iniciáticas, están orientadas al ser humano, pero al real y concreto: tú, yo. Sólo hasta él puede y debe llegar *“todo preguntar – habla Jorge Millas- todo buscar, de todo conocer y hacer, de todo desear y valorar en este mundo. En el hombre concreto se puede hacer y “reconocer el llamado a una faena de redención, el imperativo de ayudar a la vida y al espíritu allí encarnado a liberar toda su posibilidad”*. Todo un tratado de docencia masónica.

Estas vías iniciáticas tienen una larga historia, más bien dicho, una extensa, rica y hermosa vida.

Un breve resumen de esta historia nos llevaría a remotos pasados, de esos ya, sin historia; y, como lo sugiere Hesse, como esas grandes ideas que, de hecho, no tienen un comienzo, sino que han existido *“desde siempre en calidad de tal idea”*. Desde un mundo prehistórico, lleno de intuiciones, formas mágicas, mitos y leyendas fantásticas, aunque algunas no lo son tanto.

Entonces, y sólo por coherencia actual, empecemos por la Hélade. Ciertamente desde el recuerdo, los misterios griegos; Eleusis, Orfeo y Pitágoras, además de algunas tradiciones orientales y egipcias, todas las cuales marcan un sólido germen que, sin solución de continuidad, algunas de ellas llegarán hasta este presente. No nos podemos detener, por ahora, en cada estación, que van dejando un rastro en un itinerario iniciático que pasa por la época helenística-gnóstica, la espiritualidad del pueblo hebreo y la cofradía de los Esenios, el gnosticismo, las agrupaciones neopitagóricas, la escolástica medioeval, la Orden

de los Fieles de amor (a la que pertenecieron entre otros, Dante, Boccacio y Petrarca). Los druidas. Al interior de la Iglesia Católica, la Orden Benedictina (muy ligada a los gremios de constructores medievales) y la Compañía de Jesús (tres grados: novicio, coadjutor espiritual y profeso), Templarios (también tres grados: criados, escuderos y caballeros laicos), movimientos relacionados con la alquimia. Corrientes herméticas y alquímicas, la teosofía.

En el presente, nos interesa las que podrían ser las más importantes. Ellas son la Orden Rosacruz y la Francmasonería. La primera reconoce su fundamento en los misterios y las iniciaciones del antiguo Egipto. Su origen se vislumbra en el siglo XVII, con la publicación de escritos como “Las bodas químicas” de Christian Rosencreutz, y la presencia, entre sus fundadores, de Elías Ashmole, Juan Valentía Andreae, Johan Amos Comenius. Este último fundador de un Colegio Pansofista, ligado a la gnosis y los misterios antiguos y otras ideas que podrían haberse materializado en la fundación de la Gran Logia de Londres, y, ocioso destacarlo, la actuación de Ahsmole.

La Francmasonería, (brevemente porque es otro tema) debería reconocer entre sus raíces influencias egipcias (toques, mandil, cámara subterránea), y la órfico- pitagórica que ha perdurado en una línea ininterrumpida, a través de Arquitas, Platón, los alejandrinos, los neo-pitagóricos, Nicómaco, Isidoro de Sevilla, Vitrubio, matemáticos del siglo XVII y XVIII, las filosofías románticas entre otros, hasta llegar a nuestros días.

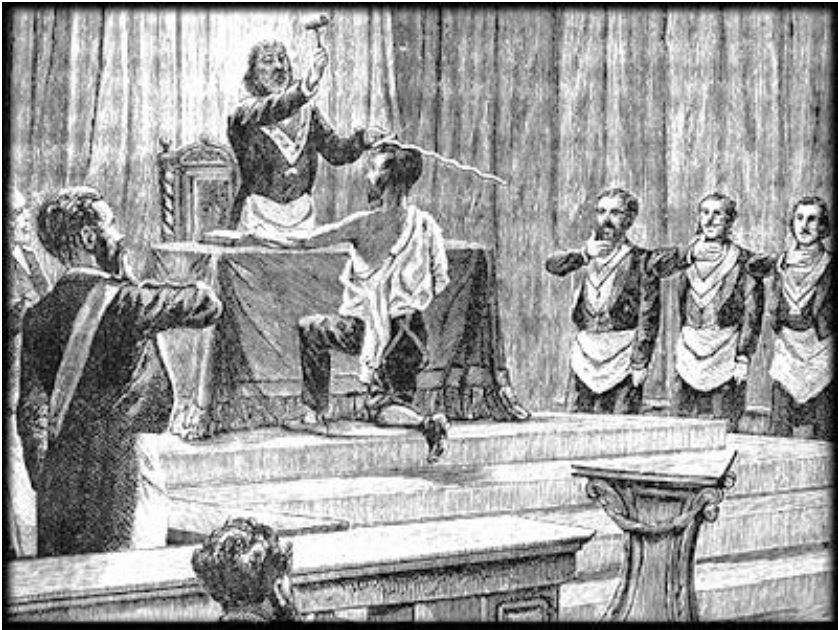
“aprended con la regularidad del compás a dirigir vuestros pasos”; es enseñanza pitagórica pura.

Lo que no se puede olvidar es este pasado, que debe enaltecer una rica tradición iniciática, que es actual y vigente. Honrarla y acrecentarla, ya que es la única Institución que viene

a ser su legítima heredera, tal como nos lo ha recordado el profano Shopenhauer.

Otras organizaciones de carácter iniciático son la Orden Martinista, algunas derivadas del árbol masónico como la Orden de Menfis-Mizraim, Grandes Logia Mixtas, Femeninas, y otras.

Junto a ellas, las conocidas, hay un numeroso grupo de las que poco o nada se sabe por el riguroso hermetismo con que trabajan.



Todo este amplio abanico apenas esbozado, dan cuenta que bajo esa árida llanura del mundo actual, hay una enorme reserva de instituciones que, aunque sus medios sean diferentes, y no está en nuestro poder calificarlos ni discutirlos, tienen todas, todas ellas, un fin común: el de realizar esfuerzos integradores del mundo espiritual, en cuya diversidad existe la

riqueza de entender futuros más esperanzadores para una humanidad y hombres ansiosos de superar la brutal banalidad materialista.

Además, desearía explorar otras posibilidades de carácter espiritual, que existen fuera de la ortodoxia institucionalizada. Preguntar, por ejemplo, ¿será posible que algunas individualidades puedan asomarse a un ámbito iniciático? Pensamos, por ejemplo, en escritores que con aguda percepción de las necesidades espirituales, y las ansias del ser humano de entender la trascendencia, de intentar comprender lo que está oculto a la pura racionalidad, para así, desde la ficción, intentar contestar a Hesíodo y a todos nosotros.

Entre ellos, Homero y Dante, cuya complejidad excede nuestros límites.

San Juan pensó y escribió su evangelio en griego, continuando la tradición iniciática de la Hélade asociado además a la gnosis. Dice: *“quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*. Y, continúa: *“quien no renaciere por el bautismo del agua y la gracia del espíritu santo, no puede entrar en el reino de Dios”*, para finalizar: *“os es necesario nacer otra vez”*.

(Sn Juan, 3; 3,5,7, ¿azar o intencionalidad pitagórica?)

Entendemos que el reino de Dios, significa alcanzar un estado de suprema pureza, de la perfección mediante la muerte y el renacer iniciático, después de ser sometido a la purificación por el agua.

Y, entre los modernos, algunos ejemplos:

A un hombre se le impone, o es él mismo quien la asume, la tarea de soñar - habla Borges - buscando *“un alma que mereciera participar en el universo”*. Para eso tuvo que atravesar un fango sagrado e instalarse en las ruinas de un templo

circular. Muchos fracasos ocurrieron hasta que, habiéndose purificado en el río, empezó a soñar, de a poco, a un hombre.

Ahora animado, ha nacido a una vida nueva; es un iniciado que podía a su vez, realizar la misma proeza: soñar a otro, y así seguir en una cadena infinita, agregando nuevos y puros iniciados. Todos ellos tenían la particularidad, y en eso podían ser reconocidos, que eran inmunes al fuego real, soñados pero purificados por el fuego simbólico... ¿habrá retornado el ungüento mágico con el que Medea protegió a Jasón?

El primero en soñar, el que llegó a las ruinas del templo, se dio cuenta que el fuego no lo quemaba, y que, por lo tanto: *“con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo”*.

Así, en fin, ¿Estamos hechos, los iniciados, de esa materia impalpable, soñada, pero llena de las altas virtudes que nos permita participar del universo espiritual?

En *El juego de los Abalorios*, Herman Hesse, construye un impresionante edificio esotérico: Es “Castalia”. Como se sabe, es el nombre de la fuente con cuyas aguas se purificaban los Templos delficos. (¿de nuevo Grecia?, no es de extrañar).

Y los juegos de abalorios, son procesos iniciáticos, que no se describen, pero tienen *“un concentrado autosentido de una disciplina del espíritu”*. Tampoco es una filosofía ni, menos, una religión. Podría ser un esfuerzo integrador de todo el saber humano bajo un principio directriz y ordenador: la búsqueda de la sabiduría.

El juego - se explica - *“envuelve al jugador, una vez que ha realizado la meditación, del mismo modo que la superficie de una esfera encierra a su centro y le deja con la sensación de haber aislado y asumido un mundo infinitamente simétrico y armonioso fuera del mundo azaroso y caótico”*. Entenderíamos que mediante la meditación se puede separar el mundo profano

del mundo espiritual interno, como si la superficie de la esfera fuera un manto o una piel protectora que es un límite, pero permeable para entender y vivir en ambos mundos.

Coetzee, hoy, por su parte, transita a la manera homérica, desde un viaje indudablemente iniciático. *“cuando cruzas el océano en barco, todos los recuerdos se te borran y empiezas una vida completamente nueva. No hay nada antes. No hay Historia. El barco amarra en el puerto, bajamos por la pasarela y nos zambullimos en el presente. El tiempo empieza entonces. Las agujas del reloj echan a andar”*. Estamos emprendiendo el viaje por la vida iniciática la única que nos permite vivir la verdadera vida y que obliga a desprendernos de una antigua y que ya ha perdido sus fuerzas vitales, como una ropa que ha dejado de cumplir con su deber de protegernos. Es, ciertamente, una nueva vida, que se repite misteriosamente sin términos ni límites.

Dice: *“Los seres humanos vamos y venimos, viajamos de esta vida a la siguiente”*.

Esboza, además, Coetzee otros elementos de carácter esotérico, mediante claras y evidentes señales pitagóricas: *“los números están en el cielo. Es allí donde viven, junto con las estrellas. Y hay que llamarlos para que bajen aquí”*. ... nos ha enseñado (la Profesora explica) a llamar al Dos y al Tres. Al Uno no se lo puede llamar. El Uno tiene que venir él solo”.

La explicación metafórica es: *“cuando nos unimos a la danza de las estrellas, participamos de su entidad celestial”*. (celestial, es dicha aquí con una sugerente ambigüedad).

Danzan el 2 y el 3, luego pueden hacerlo el 5 y el 7, todos ellos números nobles. Pero, agrega que *“los mortales no tenemos ninguna danza que vaya de la nada al Uno”*. Esa es la razón esotérica porque el Uno, con toda la carga de su

significación pitagórica, no lo podemos traer a la presencia del hombre.

Por lo demás los números son eternos. Explica Coetzee que si un diluvio a la manera bíblica, (o cualquier otra catástrofe tecnológica, nuclear, por ejemplo, agregamos) acabara con todas las criaturas vivas, los números sobrevivirían. Como alguna vez, en otro contexto, lo ha sugerido Husserl (citado por Albert Camus,) al decir que si desapareciera toda la materia del (los) universo (s), la ley de la gravitación universal seguiría teniendo validez.

La doctrina de Pitágoras, reverdece en pleno siglo XXI, pero claro, en la medida profana del tiempo, porque en el ámbito esotérico ha permanecido siempre. Ya lo vimos.

Importa destacar que la vida iniciática es inseparable de la actividad cotidiana. No es una vía agregada o que corra paralela a esta común que se desarrolla. Está integrada a ella. De modo que el Iniciado participa plenamente de ella. Sólo que lo hace con una responsabilidad más elevada. Sus actos, en especial, en sus relaciones con los que interactúa – ese prójimo, muchas veces ignorado - deben estar impregnados de la potencialidad que impone la iniciación: *“en todas vuestras acciones poned vos mismo el sello del honor y la virtud”*. En el ambiente hostil, angustiante, desesperanzado, que, por desgracia, nos rodea habitualmente, es ahí donde el Iniciado debe emplear con mayor intensidad su fuerza espiritual. Y como tiene un estado superior de conciencia, no espera retribución alguna porque ejerce la caridad.

Por lo demás, esta condición no es nueva. Es preciso volver a retomar la presencia actual y viva de la ilustre antepasada de nuestra cultura: Sí, Atenas. Ahí en ella se encuentra un ejemplo de esta actitud. Ahí participaban contemporáneamente, los misterios de Eleusis con los Órfico-

Pitagóricos, pero con una diferencia notable nos lo explica el Q.ºH.º Eduardo Phillips Müller; Eleusis estaba reservado a la clase aristocrática, terrateniente y tradicionalista.

Los Órfico-Pitagóricos, misterios importados del oriente próximo, de las colonias jónicas y de la Tracia, y al que adherían la nueva clase de los comerciantes, artesanos, digamos una floreciente “burguesía”. Los misterios órficos – continúa el H. Phillips – *“tenían... algo de que carecían los Misterios eleusinos: doctrina. Y su doctrina, a pesar de su carácter iniciático, consignaba un principio que los convertía en un peligro político: “Todos los hombres son iguales y hermanos por ser hijos de un mismo y un solo Dios”*. De modo que la ansiada igualdad comenzaba su arduo camino hasta hoy día, acuñada por una doctrina iniciática. Cabría preguntarse, sin embargo, ¿cómo se entendería esa igualdad en la realidad de una sociedad de hace más de 2500 años? ¿Incluía, por ejemplo, a los esclavos, las mujeres o los “bárbaros”?

Y la otra deducción:

Los iniciados según los ritos masónicos, nos encontramos con desafíos semejantes y tan acuciantes como los que sacudieron, no solo el mundo antiguo, sino a todas las épocas y a todas las culturas que ha generado la actividad del hombre sobre esta tierra.

Doble tarea, ya anunciada: *Toda Logia es un Taller de obreros de buena voluntad consagrados a la obra de su propio perfeccionamiento y a redención de las sociedades*”. Con la advertencia que para trabajar por la emancipación, y generar los cambios que permitan corregir los males que asolan a las sociedades, es condición primordial, inexcusable, que el Iniciado empiece por realizar las modificaciones necesarias en sí mismo.

Así podrá estar en el mundo, no separado ni ajeno a él; para recorrer las vías iniciáticas, que son camino y destino a la vez. Conseguida su libertad interior, purificado y perfeccionado, estará armado entonces para, desde su vida reflexiva, actuar en su vida activa.

Todas las posibilidades que intentan canalizar las inquietudes espirituales del ser humano, tienen una unidad interna que conduce a una suerte de universalidad en la que el iniciado encontrará un apoyo invisible, pero fuerte y eficaz (la cadena de unión) para buscar, no respuestas verdaderas, sino la inefable pregunta verdadera.

BIBLIOGRAFÍA

Antonioletti, Mario. Espiritualidad en el conocimiento y la acción. Centro de estudios tradicionales americanos. Santiago de Chile, 1957
Borges, Jorge Luis. Ficciones, Alianza Emece, Buenos Aires, 1980

Coetzee, J.M. Los días de Jesús en la escuela, Random House, Santiago de Chile, 2017.

Ghyka, Matila. El número de oro. Ed.Poseidón, Buenos Aires, 1968

Hesse, Hermann. El juego de los abalorios, Alianza Editorial, Madrid, 1987

Millas, Jorge. El desafío espiritual de la sociedad de masas. Ediciones Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1962.

Phillips Muller, Eduardo. Las nubes de Aristófanes, Una comedia antimasónica del Siglo V a.c. Ediciones Pentalpha, Santiago, 1975

OBTENER Y ENTREGAR CONOCIMIENTO MASÓNICO

*“...los hombres de hoy tenemos
que ir aportando con nuestro
pensar de aprendices un nuevo
atenimiento a las cosas y una
abierta libertad con nuestros
prójimos.
Con las cosas, dejándolas ser lo
que ellas mismas son...
Con los prójimos, no substituirles
en su libertad, sino encaminarlos
en diálogo hacia la elección de
su propio ser.”*

Francisco Soler
Prólogo a “Filosofía, ciencia y técnica”
Martín Heidegger.

¿Qué puedo conocer?, y ¿cómo lograrlo?, son dos cuestiones que atraviesan el pensamiento occidental desde sus remotos orígenes griegos y judeo-cristianos. Los intentos de dar respuesta a ambas son, con seguridad, uno de los alicientes que han permitido desarrollar nuestras formas culturales. La sola expresión “puedo”, ya da un signo de alarma en cuanto a la presunción que nuestro pensar tiene ciertos límites, sin saber cuáles son, ni la naturaleza de su extensión.

El Tema planteado en este trazado de arquitectura, alude directamente a esas preguntas básicas, las cuales separadas en tres órdenes de ideas, pertenecen, sin embargo, a una sola gran unidad, la que tiene que ver con la actividad docente en el ámbito masónico.

Ellas son: ¿Qué conocimiento contiene de distintivo y diferenciador respecto a cualquier otro conocimiento? ¿Cómo se obtiene?, y ¿Cómo se entrega?

Nuestra Constitución Masónica, proclama que la Francmasonería es una Institución... *“cuya estructura fundamental la constituye un sistema educativo, tradicional y simbólico”*. (Declaración de Principios) Y de ahí (Art.3º) que le *“asigna una importancia fundamental a la Docencia Masónica, como función arquetípica para la formación ética, filosófica e iniciática de sus miembros”*; reconociendo además, que *“El Rito masónico es un sistema vivencial de enseñanza, velado por alegorías e ilustrado por símbolos”*.

Queda así, definido este marco de referencia, que viene a ser, a la vez, su piedra angular y que define con absoluta claridad el sentido y la identidad en que se sustenta nuestra francmasonería (a falta de criterios generales que podrían sostenerse desde una entidad francmasónica universal). Importa destacar que esta identidad está ligada a su sistema educativo cuya misión fundamental es preservarla y fortalecerla.

Definido así su objetivo esencial, la docencia pasa a ocupar un lugar central de toda actividad masónica. Y tal como se practica en nuestra Obediencia, la masonería es, en sí, una Institución Docente.

Asumida como una responsabilidad, se consigue entender la afirmación que: *“la Masonería en cada región o en cada lugar, es lo que son los masones en esa región o lugar...y que debe comenzar por la educación de sus adeptos.”*



En este sentido cabe preguntarse si habrá alguna otra institución u organización social, de la índole que sea, cuya identidad deba estar tan fuertemente ligada a la formación de sus miembros como lo es la nuestra.

Las tres facetas en que debe desenvolverse esta docencia masónica, la ética, la filosófica, y la iniciática, son formativas, vale decir tienen que ver con un desarrollo paulatino, constante y permanente del masón, orientado a su perfeccionamiento como persona y como miembro de una sociedad. Propósito declarado que se aleja radicalmente de todo conocimiento basado sólo en la instrucción, o en el sistema educativo profano del tipo enseñanza-aprendizaje.

Esquemáticamente: La ética, entendida como la obligada reflexión sobre el fenómeno moral en cuanto a la relación que se debe tener ante el individuo en concreto, se traduce en un dialogo moral. Siempre. En ese ámbito se desenvuelven las conductas más delicadas: tanto la ofensa, como el enjuiciamiento, la justificación... y el perdón. Así concebida, la formación ética no deriva tanto del acatamiento a códigos o normas impuestas desde un sitio autoritario; ni desde un punto de vista puramente emocional. Es más bien lo que hace una práctica aplicada sistemáticamente en la vida cotidiana, que compromete el comportamiento con el semejante que se tiene cerca. Un obrar que debe ser guiado desde la conciencia alerta y vigilante del iniciado.

La formación filosófica tiene que ver con los grandes cuestionamientos que acucian al ser humano apenas empieza a desarrollar sus inquietudes vitales: la vida y la muerte, la inmortalidad, la trascendencia, el origen del universo, la divinidad, el sentido de su existencia. Es un examen introspectivo de exploración en su intimidad, en todo aquello que viene estimulado desde el mundo circundante y también

desde su yo interno. No hay fórmulas para hacerlo. No se estudia. Quizás, podría acercarse a ella desde la reflexión, el cuestionamiento, o la discusión crítica.

La formación iniciática, requiere de una mayor profundización. Desde luego, porque la Masonería se define a sí misma como una Institución Iniciática (y no sólo, si se cae en la superficialidad, por tener un Ritual de Iniciación); porque, además, desde su origen remoto y tradicional es una Escuela. Es su actividad y preocupación fundamental. Tiene una motivación compleja: debe introducir al neófito en un mundo nuevo, hasta extraño. Con otros códigos, visiones diferentes a las del mundo profano. Le propone examinar sentidos de la vida más intensos, someterse a severas exigencias éticas; lo estimula a modificar sus formas de pensar y de sentir. Enseña a aprender de los errores.

Una formación que es permanente: el iniciado la debe cultivar durante toda la extensión de su vida y en todo momento de ella; y que, por lo mismo no tiene metas definitivamente finales; depende en forma casi exclusiva de la autoformación, entendida en cuanto disciplina, tanto como exigencia como motivación.

La pregunta, ¿Qué puedo conocer?, exige intentar una aclaración previa: el pensar y el conocer. Hay diferencias notables.

El conocer está enfocado a descubrir por medio de los sentidos, y con herramientas racionales, algún aspecto de la naturaleza, para intentar entenderla y explicarla. Lo objetivamente “capturable”, que viene a ser el origen y la tarea primordial de las ciencias, las que de ese modo procuran establecer reglas, normas o leyes de determinados fenómenos o comportamientos del mundo circundante (este mundo exterior, también incluye el interior físico del ser humano). Se enfoca a la

experiencia de lo “que está ahí”, en un espacio y un tiempo muy acotado.

El pensar, en cambio, tiene que ver con un interrogarse sobre nuestro ser esencial. El pensar lleva a “*la relación del ser con la esencia del hombre*” (Heidegger).

El pensar como actividad mental permite imaginar, crear, inventar o indagar sobre cosas o entes que hay, y de otros que ni siquiera existen en la realidad, pero que de alguna manera se relacionan o contribuyen a formar esa esencia que permite hacer humanos a los humanos.

El pensar así entendido, en cuanto intento, intento quizás nunca alcanzado, de descubrir la naturaleza íntima del yo - el ser yo - viene a ser la piedra angular en que se debe sustentar la formación masónica. Y así, el “*conócete a ti mismo*” viene a ser la condición inicial y permanente de quien ha aceptado empezar a recorrer el camino de la iniciación.

Se descarta que el pensar sea una actividad puramente intelectual. Hay otros modos de realizar ese “interrogarse”. La vertiente emocional es uno de ellos. El sufrir, el deslumbrarse, el gozar, o el asombrarse son otros medios de sondear ese esquivo ser yo.

Sigue Heidegger: “*pensar el ser viene al lenguaje. El lenguaje es la casa del ser. En su vivienda mora el hombre*”. De modo que pensar el ser hace necesario o da origen a un lenguaje, y ese lenguaje acoge al ser como en un refugio. Cabe preguntarse entonces: ¿De qué lo protege?

Morar es diferente a habitar.

Y sigue la imagen con esta reflexión: “*los pensadores y los poetas son los vigilantes de esta vivienda*”. Ellos son los encargados de crear, desarrollar, usar y cuidar el lenguaje.

De modo, entonces, que el enfoque de este trazado podría derivar en: cómo obtener y entregar un pensar masónico.

Si pensar el ser deviene en la necesidad de tener un lenguaje, habría que hacerse la pregunta ¿cuáles son ellos?

Lenguajes. El lenguaje oral y el lenguaje escrito.

Es claro. En el principio era el verbo. El Evangelista lo dijo en griego. El “logos”, cuyas resonancias perduran hasta hoy día en la cultura occidental. Su significado se extiende más allá de la palabra o el “verbo” como se ha traducido. Contiene en sí la potencia del mismo acto generador y la fuerza de su poder que ha permitido la construcción de toda, o casi toda, nuestras expresiones culturales.

Pero hay diferencias.

La palabra hablada, tiene el valor de su espontaneidad y de su temporalidad. Es actual, es ahora, y requiere necesariamente de un interlocutor. Es la condición del diálogo, lo que habría de tenerse presente a la hora de la comunicación masónica. Por cierto, que frente a la palabra escrita tiene el problema de su fijación. Pero si bien lo escrito queda, éste no transcurre, no acontece. Lo escrito es una palabra congelada, permanece en los libros, en las bibliotecas, o... en este mismo trazado.

El discurso oral tiene, además, la vivacidad de los gestos, la entonación, los énfasis, lo insinuado, los silencios. Una subjetividad que el receptor puede captar e interpretar el mensaje como un todo integrado, lo que permite enriquecer el diálogo

En el lenguaje escrito, muchas veces está disociada la intención del autor respecto del sentido que tenga el texto.

“no coloquéis sobre la lengua viva la palabra muerta”.

Entiende Gabriela Mistral, con profunda sabiduría, la diferencia que hay en cuanto a calidad formativa que se da entre ambos lenguajes.

Una última consideración se refiere a que el discurso oral, por lo general, y es claro cuando se efectúa en el Taller masónico, está dirigido a un auditorio que tiene mucho en común con el hablante; y que, por lo tanto, tiene, se podría decir, un efecto más estimulante por la cercanía conceptual de quienes escuchan.

Es como lo que dice Parra:

*“Ya que no hablamos para ser escuchados
Sino para que los demás hablen”*

En dos versos, está sintetizado con notable fuerza, lo que debería ser nuestro modelo de practicar la docencia masónica.

Por otra parte, el lenguaje escrito está sujeto, siempre, a la interpretación personal de quien lee, con motivaciones subjetivas muy diferentes a las que tuvo el autor. En un tiempo distanciado al de su elaboración, y sin que exista una comunidad de intereses, porque el autor es ajeno a la experiencia del lector, o bien, lo que es lo mismo, la del lector ajena a la del autor.

El lenguaje poético y el lenguaje simbólico.

Resulta un casi un lugar común, considerar a la poesía como una expresión autorreferente, extremadamente subjetiva, ajena al mundo “real” (¿cuál será ese?), y que, por lo tanto, no sería fuente de alcanzar una verdad (¿de qué verdad?), como lo es, ciertamente, el pensamiento científico, enfocado a dilucidar realidades externas y los problemas específicos que aborda cada una de las ciencias.

La poética, cuyas raíces griegas no se alcanzan a considerar, por ahora, no hace referencia directa a esa realidad, pero como sugiere Paul Ricoer, ahonda en una capa más profunda del ser humano para indagar en un mundo que le es

más íntimo, y que está, con seguridad, mucho más cerca de una auténtica verdad.

El discurso poético descubre lo oculto y lo saca a la luz. “Ejerce una función reveladora”, la que emana de esa imaginación creadora que tenemos todos, desde la infancia (y que en el camino de la sociabilización se ha ido perdiendo), que se enraíza en la metáfora - sigue Ricoer - en esa “predicación extravagante”, (entendido como fuera de lo común, o sea, lo desacostumbrado) que permite relacionar significados aparentemente ajenos entre sí. La metáfora genera una nueva relación que no reside sólo en el sentido literal, sino en otra cercanía muy distinta de la que concierne a la lógica o, a la semántica.

Pero la metáfora aloja en sí misma otro valor: ser el fundamento del símbolo, “o fundamento del sentido”, apartado desde luego de todo conocimiento racional.

El símbolo puede aflorar desde tres vertientes: a través del mundo de los sueños, en los cuales el ser humano se manifiesta como un permanente creador de símbolos; el psicoanálisis viene a ser la herramienta para su interpretación. La otra, está en la relación con lo sagrado, que cae en el campo de las religiones; y, además, en las orientaciones de carácter iniciático.

En todas esas manifestaciones, el símbolo se manifiesta en “aquello que hay que decirlo”. En lo “que da que pensar”. Algo que el símbolo manifiesta y que al mismo tiempo oculta, obligando en consecuencia a su interpretación para entender de otra manera una realidad de naturaleza de por sí, esquiva. Interpretación que por rica en variadas opciones permite que el pensar induzca a la meditación.

En la “praxis” habitual masónica, el lenguaje simbólico está muy presente. Sin embargo, debe tenerse el cuidado de no

llegar más allá de un mero propósito o de un enunciado carente de contenido.

El lenguaje matemático y el lenguaje musical.

Ambos tienen la particularidad de tener un ámbito de expresión muy específico.

En el caso del matemático, su acción se está extendiendo paulatinamente hacia aspectos antes casi insospechados. Si a partir del siglo XVII, se enfocaba más bien a las ciencias físicas, hoy en día se ha extendido a muchas disciplinas como la sociología, la economía, la estadística, la biología o la psicología.... O hasta la lógica simbólica y la filosofía (Spinoza). En todas, y otras, se utiliza como una poderosa herramienta de análisis y estudio.

La particularidad más notable del lenguaje matemático es su carácter específico que impide ser “traducido” a cualquier otro, a diferencia de los Idiomas que sí se pueden traducir o entender mediante la paráfrasis.

En cuanto a su utilización en la formación masónica, tanto la aritmética (numerología) como la geometría, caen más bien, en el campo de las interpretaciones simbólicas.

El lenguaje musical a su vez, tiene un componente idiomático para transcribir los sonidos y sus posibilidades musicales a una expresión gráfica, (la partitura), con algunas indicaciones en el lenguaje escrito. Desde luego que la partitura no tiene “traducción” otros lenguajes y sólo sirve exclusivamente para la ejecución musical.

La música en sí misma, puede y debe ser considerada como un valioso medio de formación iniciática, extrapolando el concepto del conocer y el pensar a un valor superior y distinto que abarca el fecundo campo de la sensibilidad y los sentimientos.

El lenguaje del silencio.

Hay algunas actividades espirituales que se despliegan en el ámbito del silencio.

Lo hacen por la necesidad de liberarse de las ataduras del lenguaje, como las trabas de la sintaxis, de las que dependen, por ejemplo, las categorías temporales: pasado, presente, futuro.

Disciplinas orientales como el budismo y el taoísmo, han conseguido traspasar estas barreras, de modo que el espíritu abandona la materialidad de la palabra para liberarse de ella entrando en un silencio contemplativo mediante el cual se alcanzarían a entender las verdades últimas; esas totales y absolutas, si es que existen y si es que pueden estar al alcance de la comprensión humana.

Un ejercicio del Kao-zen: conocemos el sonido de las dos manos que aplauden. ¿Cuál es el de una sola?

Es posible que en el pensamiento occidental tales prácticas estén asociadas al misticismo, aunque no debiera haber duda del gran valor que tiene su “praxis”.

Y no solo entre los orientales y los místicos: Wittgenstein, dedicó parte de su obra a intentar la ímproba tarea de escapar de la “jaula” del lenguaje. Se pregunta si es posible verificar una correlación entre la palabra y el hecho (la realidad); y que sería una ficción inventada por el lenguaje para alejar al intelecto de la realidad.

El fantasma de Platón y de *Maïa* parecen encontrar eco en pleno siglo XX. A partir de ahí ronda la sospecha que la realidad, esa verdadera y esquivada realidad, esté alterada irremediablemente, por la información que entregan los sentidos y el efecto distorsionador del lenguaje, que tiene en sí, esa “falta” de neutralidad, que le achacan algunos filósofos.

El lenguaje, es entonces: ¿refugio o prisión?

En todo caso, el resultado aparente es que el lenguaje nos sirve para conocer un trozo muy limitado y restringido del mundo circundante. El resto y presumiblemente, la mayor parte de él es silencio. “*Aquello de lo que no podemos hablar hay que callarlo*”, sugiere el mismo Wittgenstein.

Aquí aparece el poderoso – y sin contradicción en ello – lenguaje del silencio.

“Silencio en Logia” es eso. Invita a la reflexión y a la introspección. Permite indagar más allá de la racionalidad y de la lógica. ¿Será el modo más adecuado para transitar por las vías iniciáticas?

Si la necesidad del silencio en la vida diaria es indiscutible. ¿Cómo no hacerlo cuando se trata de los más delicados eventos espirituales? Y en la música ¿acaso el compositor no utiliza y valora el silencio en medio de un torrente de sonidos?

Por lo demás, el valor del silencio se extiende a campos insospechados: “*la última forma de libertad es el silencio*”. Lo dicho por el poeta griego permite vislumbrar el alcance y la riqueza a que puede alcanzar el más profundo entendimiento humano sí que es posible llegar a fundir, alquímicamente podría decirse, estos dos lenguajes: el poético y el del silencio.

En un tan amplio y rico repertorio de opciones ofrecidos para enfrentar la formación iniciática, ¿Qué elegir? El candidato – habrá que nombrarlo de ese modo - tiene la libertad para elegir el lenguaje más adecuado a la circunstancia vital que está experimentando, y de discernir el que sea más eficaz para su propósito superior.

Hacia un método para obtener y entregar el pensar masónico. A lo mejor habría que hacer otra modificación al título de esta plancha y, a la ahora, su primera corrección.



Quizás debiera ser con más propiedad: “Obtener y entregar formación iniciática”.

Ambas se abordan como una sola unidad ya que son parte de una misma experiencia.

La formación ética, cuanto la formación filosófica, y en mayor medida la formación iniciática, aún cuando constituyen una unidad, son muy distintas a la hora de definir sus métodos.

Interesa sobremanera - y en el supuesto implícito de darle su mayor preponderancia y urgencia, - indagar en la formación iniciática.

Desbistar la piedra bruta y emprender el camino hacia el Oriente, son procesos en que el Aprendiz, el Compañero, y el Maestro, están en una senda, cuyo transitar está condicionado por ciertas premisas que deben cumplirse necesariamente:

La primera. Que es un proceso de autoformación, ininterrumpido, y permanente.

Significa que la principal responsabilidad es de quien aspira a emprender el camino de la iniciación; que es personal e intransferible.

Que su extensión temporal se manifiesta desde el nacer hasta el morir; y que, durante ella no hay “lagunas”, en el sentido que la vida es indivisible integrando en todo momento lo iniciático con lo profano.

Dicho de otro modo: el ser iniciático se realiza en la vida cotidiana. No es ajeno ni separado de ella.

“El sistema vivencial de enseñanza” señala con precisión este elemento en cierto modo existencial que asume la vida iniciática.

La segunda. Que es sistemático. Obliga a una rigurosa disciplina. Puede encontrarse en los medios utilizado por la Alquimia, y en las disciplinas orientales.

La tercera. El valor del silencio como elemento indispensable para ingresar al campo de la reflexión y la meditación.

La cuarta. El ámbito más apropiado aún, cuando no excluyente, para desplegar el proceso iniciático, reside en los lugares masónicos. Estos lugares tienen ritos que son en sí, capaces de contribuir a la formación iniciática. Ellos son: el Taller, el sitio del ágape, la cámara de reflexiones, el dedicado al tránsito al Oriente Eterno, entre otros.

En éstos parece más apropiado privilegiar el discurso oral por sobre lo escrito.

“Lo escrito, escrito está”. De ahí se sigue que, por consiguiente, rigidiza el pensamiento. Tiende a crear dependencias indebidas de una cierta autoridad que puede no tener mayor fundamento: un autoritarismo que, lógicamente, atenta contra las libertades más íntimas.

El discurso oral, por el contrario, abre el camino a la interacción, al debate y la crítica. Tiene la vivacidad que emana del compartir experiencias y el permitir la expresión de la vitalidad vivida por cada masón. Es, ciertamente, dinámico.

La quinta. En la formación masónica, todos sus miembros son actores activos. Deben ser eso. Obligación y compromiso. Al mismo tiempo que trabaja en su formación, tiene que estar, a su vez, ayudando a formar a los otros.

De manera que la Logia, es un “cuerpo docente” por antonomasia. Allí se observan y son expuestos al enjuiciamiento y la crítica, los modelos, los ejemplos, la actividad de los Oficiales, desde el Venerable Maestro hasta los miembros del Tribunal de Honor. Y los Vigilantes, ¿qué vigilan? Que los Aprendices y Compañeros, sigan el rumbo que ellos mismos se han fijado, sin que ningún viento ni temporal alguno los aparte. Orientan, aconsejan, tratan de poner orden en su caos interno.

La sexta. Que la docencia masónica, la iniciática, no tiene objetivos. Tiene finalidades. Lo que es bien distinto, por cierto.

Los objetivos, se plantean a plazos definidos, se fijan metas que deben ser cumplidas, y según ello se evalúa.

La finalidad, no tiene plazos ni tareas que cumplir. Tiene aquello que los griegos denominaron “*Telos*”. Eso es, aquello en virtud de lo cual se hace algo. ¿Hacer qué? La formación iniciática: hacer hombres libres, espíritus creadores, que tengan la opción de equivocarse, de errar, pero con la capacidad de rectificar su senda; que, en fin, sepan moverse tanto entre la seguridad y el riesgo.

Las ideas de Francisco Soler citadas en el epígrafe, a propósito del pensar, resumen como una suerte de eco masónico, una nueva manera de estar en el mundo para los humanos; con la esperanza incuestionable que los Iniciados sean los que encabezen esta jornada con los medios (las herramientas simbólicas) que la francmasonería pone a su disposición; para conseguir de ese modo, apreciar lo que las cosas tienen de autenticidad en su validez precisa y, más, en lo profundo, en ayudar a que los prójimos puedan elegir su propio ser; o lo que es lo mismo: “*a que los hombres vean claro y cumplan con su destino*”.

Con la más alta muestra de Caridad.

Todo lo cual implica, que la francmasonería debe hacer en todo momento el esfuerzo para que su docencia sea de verdad, el sólido fundamento de su identidad y de su sentido histórico; sin soslayarla, ni menos alterar su clara finalidad:” la formación ética, filosófica e iniciática de sus miembros”.

BIBLIOGRAFÍA

Escribar Wicks, Ana. “El hombre y su religión”. En “El hombre y su cultura”. Ediciones Gran Logia de Chile, Santiago de Chile, 1994

Giannini, Humberto. “Breve historia de la filosofía”. Catalonia, Santiago de Chile, 2005.

Gran Logia de Chile. “Constitución Masónica y Reglamento General”

Heidegger, Martín. “Filosofía, ciencia y técnica”. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 2007.

Peña, Carlos. “Ideas de perfil”. Wittgenstein, el tigre enjaulado. Editorial Hueders, Santiago de Chile, 2015.

Steiner, George. “Lenguaje y silencio”. Gedisa Editorial, Barcelona, 2003.

LA PALANCA. SÍMBOLO DE LA VOLUNTAD

En el mundo físico, una barra rígida, en la que actúan dos fuerzas, una fuerza motriz o potencia, y una resistencia que se debe vencer, y que puede girar sobre un punto de apoyo, constituye una de las máquinas más simples y elementales creadas por el hombre.

Es, pues, un artificio del dominio de la técnica, y como tal permite amplificar los medios y fuerzas puestos a disposición del hombre por su pura constitución.

Mediante ella, la fuerza del hombre puede equilibrar fuerzas naturales mucho mayores, de acuerdo a la ley elemental que las rige. Y, ¿qué de atrayente tiene todo esto para que la Francmasonería la haya incorporado a su repertorio simbólico?

Es, a no dudar, la primera máquina que usa el masón. Porque antes, en el primer grado, sólo usó herramientas e instrumentos; pero la eficacia del mazo y del cincel, derivan exclusivamente de la fuerza personal del brazo que impulsa y de la mano que afirma.

La palanca, representa, o es expresión de la inteligencia humana que ejerce actos de dominio sobre la naturaleza que lo abriga y a la que pertenece. La máquina maneja y despliega fuerzas.

En tal sentido, el simbolismo básico de la palanca está en expresar ese imperio del hombre sobre las fuerzas naturales. El masón usando la palanca puede intervenir, ya no en el mundo físico, sino en ese otro que ha creado; el mundo social o el de la cultura. Ahí, cuando las fuerzas negativas, las retrógradas, las "resistencias", impiden, coartan. reprimen o ahogan el avance

armónico de la sociedad, es cuando el empleo de la palanca permite a la masonería desplegar su influencia sobre ella.

Para mover la tierra, Arquímedes sólo necesitaba de un punto de apoyo. Tenía razón. El masón también. Utiliza para ello, sus principios y sus valores.

Pero no se agota la interpretación simbólica con su concreta realidad. Por lo menos carecería de importancia. Para entender plenamente la simbología de la palanca, es preciso penetrar en el significado de la voluntad.

En el ser espiritual del hombre, hay dos aspectos fundamentales que le imprimen su esencialidad: el cultivo del conocimiento y la aspiración o la necesidad de querer. El querer en su sentido más profundo es la necesidad de alcanzar o realizar determinado valor. El medio para conseguirlo es mediante la voluntad.

De modo que la voluntad se mueve en el plano valórico de la espiritualidad a través de la cual el hombre enfoca su existencia hacia la afirmación o captura de valores intelectualmente conocidos.

Notemos, además, que el acto de voluntad, es un querer, o sea un anhelar una búsqueda intencionadamente. El hombre al estar en el mundo con las cosas, se interrelaciona con ellas. Al hacerlo debe preferir, puede optar a esto o lo otro. Es un estado de no indiferencia (que es uno de los resultados no previstos de nuestra expulsión del paraíso terrenal); no indiferencia que se traduce en la capacidad valorante del hombre. Esta, como necesidad existencial, obliga al hombre por su propia naturaleza a perseguir la valoración de lo que hace. De otro modo, dejaría de ser hombre o por lo menos en cuanto a su calificación espiritual.

Para los efectos de nuestro análisis simbólico, recordemos que los valores tienen entre otras, la particularidad

de su polaridad, esto es, la de tener siempre cada valor un contravalor.

¿Cómo funciona, entonces, nuestra palanca simbólica? Vamos a crear un símil, si bien un poco burdo, pero de cierta eficacia didáctica

En el punto de apoyo colocaremos el "valor", como ya lo hemos dicho anteriormente. La resistencia a vencer es el antivalor correspondiente, y la potencia aplicada, la fuerza activa, es la voluntad.

Así planteado el problema, en la medida que el contravalor se distancia de su valor positivo, es necesario desplegar una potencia mayor, una mayor fuerza de la voluntad para vencer esas resistencias. Si por el contrario, el contravalor se acerca a su punto de apoyo, el valor, no se requiere de tanta potencia para anularlo.

Este juego de acercamiento y alejamientos de los contravalores, expresa un dinamismo que existe en la realidad y que históricamente es posible apreciarlo con nitidez. Hay épocas, breves y contadas, por cierto, en que la voluntad del querer valórico ha conseguido logros notables en cuanto a conformar un modelo de vida armónico, altamente valorado en casi todas sus expresiones, y al que acompaña invariablemente o como consecuencia lógica, un sentido de espléndida plenitud vital. A lo mejor, en la Atenas del siglo V A.C., o en el Renacimiento italiano.

En otras, por desgracia la mayoría de las veces, los antivalores descontrolados, han reducido la humanidad a debilidades vergonzosas, sin que voluntad alguna haya sido capaz de revertir esos inhumanos resultados de los que poco o nada valdría la pena recordar, (si no fuera por la necesidad de tratar de usarlos como experiencia).

Una breve digresión al respecto

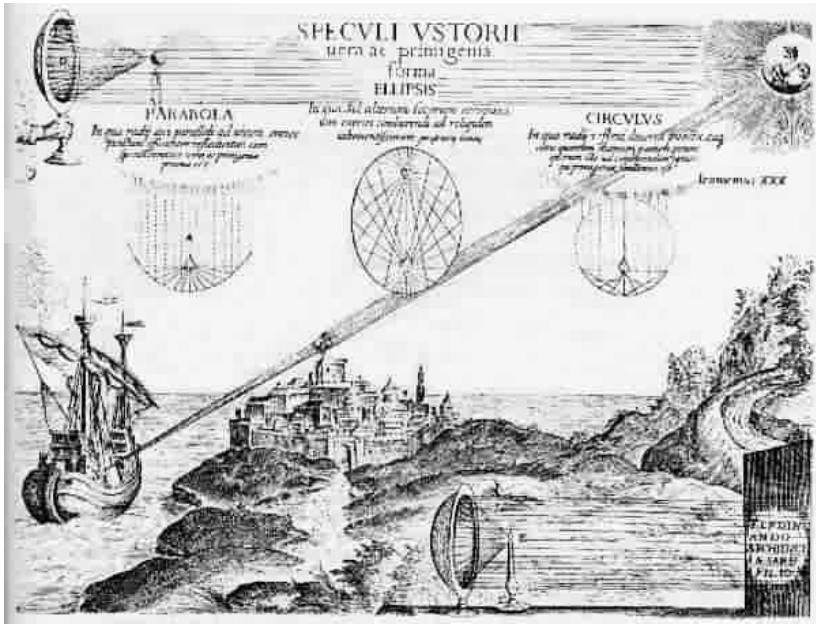
En ciertos casos, se supone, o por lo menos así lo parece, que a veces la voluntad se ejerce hacia la aprehensión de antivalores. La explicación es otra. No es por medio de la voluntad sino por la acción de apetencias o tendencias que pertenecen sólo al estrecho dominio sensorial. Si bien es cierto que la voluntad puede orientar indirectamente esas tendencias, hay algunos hombres que, por deficiencias fisiológicas o por deformaciones psicológicas derivadas de su educación, pueden llevar a reacciones alteradas de las energías tendenciales o a finalidades erróneas, que fácilmente se transforman en perversiones.

En el esquema mecanicista ya descrito, hay una cuestión que debe examinarse con más cuidado. De acuerdo con la ley de las palancas, podríamos vencer las resistencias, con poca potencia, alejándonos lo suficiente del punto de apoyo; pero en tal caso, la voluntad, distanciada del sistema valórico, dejaría la existencia humana peligrosamente marginada de su componente valórico.

Creemos que hay una suerte de distancia "crítica", apropiada, justa, más allá de la cual, disminuido el sentido por su alejamiento vital, quedaríamos irremediablemente debilitados en nuestra capacidad del querer espiritual. El hombre sin la cercanía de los valores arriesga su deshumanización, porque aun cuando consiga mantener los equilibrios, los resultados serán de una pobre calidad. Consecuencia lógica, es que la voluntad debe ser empleada vigorosamente.

Esta condicionante derivada del querer ser del hombre impone una restricción al esquema de la palanca simbólica que la palanca mecánica no tiene. Obliga a mantenerse muy cerca

del valor en que se sustenta o apoya la acción del hombre; obliga al constante, reiterado e intenso uso de la voluntad.



Hay más. El valor fundamental de la voluntad es el bien. Hacia él tiende todo el querer del hombre, y su natural lucha contra el mal y el error. Y aquí llegamos, naturalmente, a Kant.

El hombre actúa en la vida, y en su acción están, tanto lo que el hombre hace efectivamente, como lo que quiere hacer. A esto último, y sólo a esto, es posible aplicarle las categorías de bueno o malo.

Y como todo lo que quiere el hombre, lo hace por manifestación de su voluntad, veremos que todo querer (por la voluntad) se impulsa por un apremio, por un imperativo. Los hay hipotéticos que son condicionados (por premio o castigo). Y los

hay categóricos, incondicionados (absolutos por sí mismos). Sobre estos últimos, y sólo en éstos, se funda la voluntad buena, la valiosa, es decir cuando las acciones que pretende el hombre, están regidas por los imperativos categóricos.

De modo que nuestro modelo de palanca simbólica requiere de una precisión adicional.

La voluntad en sí misma, es también elemento de valoración: la voluntad regida por el valor "bien", pasa a ocupar el punto de apoyo. ¿Y con qué restablecemos, entonces, la lucha tenaz contra el mal, siempre presente, siempre actuando, tal como lo hace la aceleración de gravedad?

Creemos que con la perfección de la vida iniciática. Mientras más pura, mientras más intensa, mientras más respetable, mayor será esa fuerza que nos volverá a acercar a nuestra propia voluntad, para que así ésta pueda organizar nuestra existencia natural, trasladándose de nuevo a la potencia activa de nuestros actos.

En este juego dialéctico residen las posibilidades de la palanca como máquina del actuar masónico, para abrirse a las perspectivas de esos nuevos horizontes en los que aspiramos, por imperativo categórico, a construir los mundos posibles por la voluntad del iniciado que usa eficazmente su sistema simbólico.

COMENTARIOS SOBRE EL MANUAL DE CEREMONIAL Y PROTOCOLO MASÓNICOS

Breves consideraciones generales

Este Manual, aprobado por el Consejo de la Gran Logia de Chile, el año 2006, es producto de un trabajo muy acucioso llevado a cabo por su Comisión de Rito y Simbolismo. El texto definitivo, define con claridad los conceptos de protocolo y ceremonial que, necesariamente, una institución como la nuestra debe observar con absoluta rigurosidad. Llena, entonces, un vacío que existía sobre esta materia, y que naturalmente implica uniformar y normar estos procedimientos.

Aún cuando la responsabilidad en la conducción del ceremonial está entregada a los Oficiales de la Logia o de la Gran Logia, en su caso, en especial los deberes del Maestro de Ceremonias, Experto, Guarda Templo, Maestro de Banquetes, no es menos cierto que esa responsabilidad recae también en cada uno de los masones que asisten a las Tenidas y a otras ceremonias oficiales de la francmasonería.

Es importante, por lo tanto, que los Venerables Maestros, instruyan a los miembros del Taller, y velen permanentemente, no sólo, por el estricto cumplimiento de los rituales y procedimientos protocolares, sino en cuanto a su presentación personal, a normas mínimas de comportamiento, como la correcta forma de sentarse, evitar conversar o hacer ruidos, o gestos inapropiados, todos los cuales desmerecen la solemnidad

y formalidad que implica la Tenida. Cuestiones que, por cierto, deben tratar los Vigilantes en sus Cámaras de Instrucción.

De igual modo, debe hacerse presente la obligación de permanecer en el Templo hasta el término del ritual de clausura, a menos que circunstancias de fuerza mayor lo ameriten; y en tal caso, el M.: de C.: lo hará presente, con discreción, al V.:M.: quien lo calificará según el mérito del asunto.

El mismo cuidado y formalidad que se debe tener presente durante el ágape, lo que muchas veces se descuida por Hermanos cuyas actitudes no se avienen con el sentido profundo que éste tiene, y sin que la distensión propia del compartir fraternal exceda los buenos usos y costumbres.

Algunas observaciones sobre el Manual.

Hay algunos aspectos que merecen algún comentario o precisiones.

1.- En el numeral 14.3. Representaciones Oficiales.

Se señala que el representante debe recibir los mismos honores que se deben al representado, *“con excepción de los asignados al Gran Maestro, que son inherentes a su persona”*.

Sin embargo, el Venerable Maestro Instalador de las Oficialidades de Logias, es recibido bajo bóveda de acero, y por supuesto, se le entrega el mallete para que cumpla la misión que se le ha encomendado.

Como en ocasiones solemnes, como aniversarios de Logias u otras, el Gran Maestro es representado por Grandes Dignatarios, Grandes Oficiales, Grandes Delegados Regionales o Especiales, debería explicitarse con claridad los honores que se deben rendir a ese representante.

2.- En el numeral 11.2. Honores al Ex Gran Maestro.

“Es recibido con igual protocolo que al Gran Maestro si aquel no estuviera presente”. Debería entenderse, entonces, que además de recibirlo bajo bóveda de acero, ¿se le ofrecería el malleto? A nuestro modo de pensar esto no corresponde por cuanto la entrega del malleto sólo corresponde al Gran Maestro en ejercicio, a menos, que el Ex Gran Maestro lleve la representación de aquel.

3.- En el numeral 9.2. Vocativos.

Dice: *“El Gran Maestro se nominará en primer lugar, y con vocativo completo. En seguida se procederá a nominar al V.: M.: de la Logia...”*

Más adelante se agrega,

“Otra forma aún más resumida es:

1.- Venerable Maestro

2.- Autoridades masónicas en sus respectivas jerarquías y cargos...”

Por lo tanto, debería aclararse cual es el orden efectivo de las nominaciones.

Nuestra opinión es que la nominación debe ser en primer lugar a quien preside la Tenida, independientemente de la presencia de la alta autoridad que visita. Esto porque el V.: M.: estando en posesión del malleto, es símbolo de quien está al mando de la dirección de la sesión.

A mayor abundamiento, en el mismo Manual, numeral 12.2.2. Ubicación en las mesas, se expresa: *“La mayor jerarquía es quien preside”.*

Y quien preside el ágape es el V.: M.: de la Logia.

Conclusiones.

En todo caso, el Manual es un notable avance en esta materia, y las observaciones planteadas sólo apuntan a explicitar algunos puntos susceptibles de ser interpretados en formas diferentes.

EN TORNO A LA CARIDAD Y LA SOLIDARIDAD

A la pregunta, casi temible, por todo lo que implica, y que ronda en nuestro espíritu apenas adquirimos conciencia de lo que nos es propio, y que es a la vez insoslayable: ¿qué hacemos o para qué estamos aquí en esta vida? Quizás si en principio, los seres humanos tenemos ante esa cuestión, dos salidas, aún cuando no respuestas, discutibles pero fundamentales. Ambas de orden moral.

Son deberes:

El bien que uno espera y el bien que se debe.

El primero, en relación a sí mismo. Tiene que ver con la autorrealización, qué es lo que espera para sí de la vida y qué sentido aspiramos a darle. Lo que aspiramos para nosotros.

El otro, es hacia nuestros semejantes. Los deberes y lo que deseamos para ellos.

La francmasonería, muy tempranamente ya recibida la luz, lo advierte al señalar que nuestra tarea está enfocada a realizar tanto nuestro propio perfeccionamiento como la de propender a la redención de las sociedades.

La experiencia iniciática apunta precisamente a lo primero. El tránsito al Oriente donde está la luz de la sabiduría y la verdad, es el intento – complejo, duro, incierto – pero intento válido al fin, de buscar algo de esa trascendencia.

La redención de las sociedades, que se extiende a la humanidad, salvando la ambigüedad de ambos términos, es en buenas cuentas, hacerse cargo de una responsabilidad: la que, tras ellas, hay seres humanos, reales, personas con los que tenemos algún grado de compromiso.

¿De dónde deriva esa responsabilidad? Acaso, *¿soy yo guarda de mi hermano?* No tardó, ciertamente, en llegar la maldición divina. Y para siempre.

Porque nuestro ser está ligado al otro, al prójimo, según varias fórmulas filosóficas: “ser-con”, “ser-para- otro”, “ser-con-otro”. Todas ellas apuntan a que para validar nuestro propio ser, necesariamente debemos contar con ese otro.

Porque cada uno de nosotros necesita a los demás para ser realmente uno mismo. Así es que nuestra mismidad no es producto de una elaboración propia, sino que depende dinámicamente, o es función, de los actos con que enfrentamos el escrutinio de esos otros, que por cierto, no son indiferentes a nuestro comportamiento.

Sin embargo, entre ambos deberes, aunque pareciera obvio, no siempre ha habido una correlación armónica. Para algunos pensadores no existe posibilidad alguna de que ambos puedan resolverse integrados; para otros, en cambio, sí es posible dar con esa integridad virtuosa.

Unos, se sugiere, que los planes vitales de autodesarrollo son incompatibles con el esfuerzo de preocuparnos por las necesidades de los otros. En cambio, sería diferente si en efecto, el bien propio al que se aspira, tuviera un correlato directo y potenciador con el bien que debemos al otro.

¿En qué reside el problema?

Probablemente, en una grieta que hace patente un conflicto moral. ¿Será que el individualismo exacerbado conlleva hacia un egoísmo ilimitado y que las sociedades modernas estimulan aún más?

O bien, la no existencia de herramientas (volitivas, sensibles, racionales) para que en nuestro pensar y en nuestro sentir logremos esa preciada comunidad. Si miramos al interior de nuestros templos, podríamos invocar, quizás, al simbolismo

de las columnas “J” y “B”, y reconocer, ciertamente, que esa anhelada integración excede a las posibilidades del 1er Grado y compromete los esfuerzos masónicos, a lo menos, hasta el 2º Grado. ¿Posible?

En todo caso, el conflicto moral sólo puede ser resuelto si hay, si tenemos conciencia moral. El conflicto moral aparece cuando hay iniquidad, dolor, sufrimiento. Y la francmasonería, entre otras posibilidades, ofrece dos puentes para salvar esa grieta: la caridad y la solidaridad.

La caridad, nace como el amor a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Bíblicamente - y masónicamente también - la caridad, es la virtud que está por encima de las profecías, los misterios, la ciencia, incluso la Fe. Porque la caridad *“es sufrida, es benigna, no tiene envidia, no es injuriosa, no se irrita, no piensa el mal”* (san Pablo. 1ª Epístola a los Corintios). Y que para la francmasonería – lo sabemos – es, precisamente la virtud que más apreciamos respecto a nuestros semejantes. ¿Porqué? Porque el ejercicio de la caridad racionalmente entendida y ejecutada por un acto propio de voluntad consciente, permite ayudar a que el hombre pueda construir, en lo posible, su mejor plan de vida y enriquecer el sentido que quiera darle a ella.

Y si la caridad es amor, los masones no tendríamos porqué eludirlo. Amar es una facultad superior, que nos hace más humanos. Tanto los amores naturales: el afecto, la amistad y el erótico, como un cuarto, trascendental, el ya descrito, amor a Dios.

Volvamos a la grieta: el otro puente, la solidaridad, es la preocupación por el otro. Es ponerse en su lugar, en compartir la pena, la alegría, la desesperanza, las carencias y la bondad o la belleza. El “ser- con- otro”, obliga ahora al “estar- con- el otro”.

Muy fácil de escribir y de decir. Pero, ¿cómo me instalo en el otro? ¿Cómo sufro su dolor?, ¿cómo me desgarró en su angustia?, ¿cómo mis lágrimas se equiparan a sus lágrimas?, ¿cómo en fin, su infortunio me coge y me sobrecoge; cómo lo hago mío hasta en un insomnio de pesadilla?

¿Será suficiente ese mecanismo de una “*justicia solidaria*”, como está escrito en los rituales, en que la preocupación hacia uno permite beneficiar a todos, y, a la sociedad entera a través de uno de los suyos?

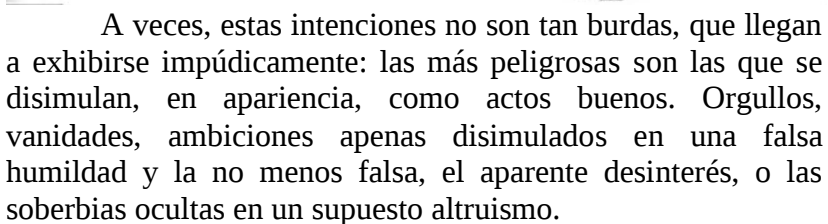
Ahora bien. El conflicto moral afecta directamente a lo que es la esencialidad de los seres humanos: su dignidad. Y de ahí emana la gravedad que adquiere puesto que atenta, primero a su libertad, y luego, a la pretendida igualdad. Porque herido en su dignidad, el hombre pasa de ser de persona a cosa (las cosas se pueden reemplazar). Pasa a ser parte de un engranaje, cuyo valor no depende de su ser íntimo sino de la eficacia con que cumple algún rol asignado por la sociedad.

El conflicto moral se resuelve, negativamente, y de la peor manera, en la pérdida del hombre en el hombre.

Pero, el respeto a la dignidad, ¿es absoluto? Dicho de otro modo. ¿Habrá algún humano que deba ser excluido de ese respeto?

La exigencia para ejercer la caridad y la solidaridad, empiezan por entender de qué manera usamos el nivel. El motivo de esa acción no podrá estar ni más alto ni más bajo que la posición de quien la esté ejerciendo. La misma posición se refiere a reconocer la condición fundamental de nuestro prójimo. Solo por su condición de ser humano; y por tanto, ni por asomo, caer en estados de lástima o de compasión.

La otra exigencia es la más delicada y compleja de realizar: la pureza absoluta que demanda su ejercicio. La conciencia moral debe estar absolutamente limpia. Ninguna



Uno de los peores, moralmente hablando, es aplicar el discutible principio que los fines justifican los medios. Esta

falacia, porque eso es en efecto, supone casi gratuitamente, que si el fin es valioso también lo serán los medios para alcanzarlo.

No es así.

El valor superior de un fin, no se transmite con la misma valoración a los medios empleados para conseguirlo.

Y nuestra vida social está llena, por desgracia, de ejemplos similares, como si pareciera que al mal le gusta enmascararse.

El Bien, en cambio, es un desapego de sí mismo.

El Bien tiene en sí la delicadeza de su falta de exhibición, no se muestra, más bien se oculta tal como – lo hemos escuchado- *“los más delicados afectos que se revisten de la modestia, la reserva y el silencio”*. El Bien es como una tenue y frágil flor cuyos pétalos pueden desprenderse a la más leve brisa. El Bien se esconde morosamente. A veces no se sabe que se ha hecho. Lo que es válido con respecto a la solidaridad y la caridad, como formas elevadas del Bien.

¡Y así debe ser! ¡Siempre!

El rigor con que debe hacerse el Bien, obliga a que nuestra conciencia esté limpia, transparente, irreprochable moralmente hablando. Por esa razón los masones, tenemos que ser purificados: por el aire, por el agua y por el fuego. Una vez culminado este proceso (que debe practicarse a diario), estamos en condiciones de intentar hacer el Bien. Sólo después de la purificación por el fuego es posible desarrollar a plenitud el amor al prójimo, o sea, la caridad.

Quizás, si llegamos a ser verdaderamente iniciados, y si entendemos con claridad el significado de la vida iniciática y su valor, y siempre que no la contaminemos, tengamos la oportunidad inigualable de entregarnos a la tarea de hacer el Bien.

Porque el Bien no es algo que se ejerza en determinadas oportunidades, ocasionalmente cuando estimemos que es necesario hacerlo. Es una actitud de vida permanente.

Volvamos a la cuestión inicial, esto es, el qué hacemos con nuestras vidas. Qué le debe el hombre a su existencia para que sea humanamente humana:

“...ahora toda mi vida, cada minuto de mi vida, independientemente de lo que pueda ocurrirme, no carecerá de sentido...ahora poseerá el sentido indudable del Bien que soy capaz de infundir en ella”. León Tolstoi

Cabe sugerir entonces, dado éste tan alto y extremo nivel de exigencias, ¿podría entenderse que algunas agrupaciones sociales, sean estas comunidades, sociedades, grupos de cualquier índole, incluyendo iglesias, los Estados... la propia Francmasonería, podrían practicar institucionalmente, la solidaridad y la caridad, y bajo qué condiciones?

Examinemos, ahora, si el Bien manifestado en la caridad y la solidaridad se extiende sin medida o si hay algunos límites infranqueables: cercanías o lejanías, distancias físicas, afectivas, generacionales, culturales; o, temporales hacia el pasado en forma de recuerdos o históricos; y hasta la sola oportunidad en el presente, entendida como acción meramente reactiva.

La voz que viene de las alturas de Macchu Picchu, nos advierte y nos compromete:

“Dame la mano desde la profunda zona de tu dolor diseminado”.

Entendemos esto. Una mano fraterna y un corazón limpio de iniquidad, se tiende para compartir solidariamente ese dolor esparcido que aqueja, por desgracia, a toda sociedad y a la mayoría de sus miembros.

Y, porque nos permite, seguimos:

*“traer a la copa de esta nueva vida
Vuestros viejos dolores enterrados”*

¿No es ese el cáliz de la amargura que recoge todo dolor y todo quebranto?; y si, apurando su contenido como una cuarta purificación, nos conduzca a esa nueva vida iniciática, para tener y sentir la infinita gracia de poder entregar y recibir, con la conciencia serena y en paz, la caridad y la solidaridad incontaminadas.

¡Incontaminadas!

LA RELIGIÓN Y LA FE

La existencia de la religión se funda en la naturaleza espiritual del hombre y necesaria relación con Dios. Esta religión natural se distingue de la positiva, establecida por un acto de Dios a través de la revelación (manifestación de lo oculto por un poder superior que entrega una verdad) y los textos históricos sagrados emanados de la divinidad hacia los hombres. Según los teólogos, una religión con tiene: oración, adoración, sacrificio, acción de gracias, petición y un culto.

Para Bertrand Russell, la religión está formada por una Iglesia, un credo y un código moral personal. Estos componentes son variables según sea la religión. El hinduismo, el Islam y el Budismo, son religiones que todavía dependen de una fuerte creencia. Para esta última, la consideración ética es esencial por cuanto permite eliminar los obstáculos para la elevación espiritual, mediante el respeto a toda forma de vida, ya sea en hechos, palabras o pensamientos.

El cristianismo occidental, en cambio, se ha reducido en gran medida a un fenómeno de orden social.

Desde el punto de vista psicológico, cabe preguntarse cómo se manifiesta la vivencia religiosa, cómo se distingue de otras, a qué nivel de lo anímico pertenece, si al querer o el conocer espirituales, si tiende a lo emocional, o la relación entre lo individual y lo colectivo.

¿Se funda en lo emocional puro, en el inconsciente, o es un fenómeno psicológico-social, o una representación intelectual de la idea de Dios?

Para Jung, la vivencia religiosa reside en los arquetipos religiosos del inconsciente colectivo.

Lo que se puede afirmar, que las religiones crean certezas, son constructivas y conservadoras: en cambio las filosofías infunden la duda, son innovadoras y disolventes, aunque a la postre muchas busquen su propia salvación en un sistema de certezas que puede coincidir o no con el impuesto por la fe. Las religiones sobreviven porque operan con imágenes adecuadas a la mente de la masa social, las filosofías y su lenguaje son accesibles a pocos.

La fe, elemento consustancial a la religión, la explica Jorge Millas diciendo que: “la fe religiosa y sus contenidos – creencias, esperanza, revelación, reverencia – son situaciones humanas, experiencias de vida que surgen dentro de un cuadro general de humanas circunstancias, a las cuales se ligan como cosas del hombre”, pero, además de este ámbito está “el dominio de la fe como hecho subjetivo, como experiencia moral íntima, es decir, el dominio de la experiencia religiosa”. Y agrega: “Es propio de tal experiencia hacer saltar todas las barreras, esas mismas que definen las otras situaciones humanas, particularmente la del conocimiento racional, para poner el alma en relación, no de comprensión, sino de trato directo con lo absoluto. (¿El GADU?).

Fe entonces, desde fuera y fe desde dentro. Fe como objeto y fe como experiencia.

Whitehead, “destaca que los principios de la religión pueden ser eternos, pero la expresión de esos principios requiere de un desarrollo continuo. Esta evolución de la religión estriba, en lo esencial, en que sus propias ideas se emancipen de concepciones *adventicias*, hijas del cuadro imaginativo del mundo forjado en épocas anteriores”.

Una situación clara de este pensamiento, lo plantea desde el interior del catolicismo el jesuita Teilhard de Chardin, señalando que “si algo en las concepciones científicas modernas,

embaraza – y fuertemente - el pensamiento católico, no es en absoluto la posible formación del hombre - ser espiritual – a partir de los animales. Reside en la dificultad de armonizar... con el monogenismo estricto, es decir nuestra descendencia común de una pareja única... la Iglesia se aferra por razones puramente teológicas a la realidad histórica de Adán y Eva. He aquí el punto exacto en torno del cual se localiza hoy (por los años 30), en materia transformista, el conflicto provisional entre la ciencia y la fe”.

En el siglo XVI o XVII esta afirmación habría significado la hoguera de la Inquisición. Hoy, la Iglesia de Roma, ni siquiera ha condenado esta afirmación de Teilhard.

En los tiempos presentes, las religiones deben enfrentar serias dificultades de supervivencia desde el momento que asistimos a un creciente proceso de desvinculación entre la Iglesia y el estado, una laicización completa de la sociedad, tendencias agnósticas del pensamiento filosófico, reída con cualquier encasillamiento metafísico y, más aun, dogmático; un generalizado racionalismo, ruptura de la moral tradicional, indiferencia religiosa, estilo de vida hedonista y, en suma, paganizante.

El Concilio Vaticano II, intentó resolver gran parte de estas situaciones, reforzando su presencia, estimulando la unidad entre los cristianos (pero sin concesión alguna en materia de dogmas), otro “herejes” como musulmanes y judíos... incluso ateos. Todos los llamados “Hermanos separados”. Esfuerzos bastante inútiles porque se han estrellado con su propia férrea defensa de sus auto proclamadas prerrogativas y autoridad.

La Iglesia católica, debe lamentar como reales, la crisis de la fe en dogmas fundamentales, como la negación de la existencia de los ángeles, del demonio y del infierno, otros, del pecado original y el purgatorio; la validez de las indulgencias, la

virginidad de María, la infalibilidad del Papa, la presencia real de Cristo, en la eucaristía, o la proliferación de cultos espiritualistas en las calificadas como sectas, o cierto solapado politeísmo que emana de la extensiva, curiosa y hasta abusiva elevación de personas al sitial de Santos de la Iglesia.

El conflicto entre religión y ciencia

El conflicto entre la ciencia y la religión puede ser real o artificial, según como sea analizado.

Desde luego no existiría si ambas se mantienen en su en sus respectivos campos y esferas propias de acción. La religión lo provoca por su componente de organización social, la Iglesia, que se entromete en la vida colectiva de los pueblos, en especial la dogmática iglesia católica romana. Los ejemplos están a la mano de la Historia, incluyendo la historia reciente de nuestro país: o, cuando pretendía – el cristianismo – resolver y decidir por medio de la revelación, cuestiones de orden científico.

Pero, tampoco puede haber conflicto entre el conocimiento científico, o el espíritu científico con el sentimiento religioso, como con ningún otro tipo de sentimiento. Como lo afirma Russell: “En la medida en que la religión consiste en una manera de sentir, más bien que en un conjunto de creencias, la ciencia no la puede tocar”. Y es así por cuanto en ese sentido la religión queda reducida al ámbito interno personal de cada ser humano, como un elemento propio de su libertad espiritual.

La ciencia, por su parte, y su hija más querida por los hombres de hoy, la técnica, no puede extrapolar sus métodos a campos distintos al de su quehacer. Ni al arte, ni a la religión, ni a la filosofía, ni al mundo emocional.

El conflicto podría ser trasladado a sus métodos respectivos, la razón y la fe. En este caso, no intentar explicar racionalmente un comportamiento religioso, como tampoco intentar hacer ciencia con el presupuesto de la fe.

Pascal, diría que hay dos excesos: excluir la razón y no admitir más que la razón.

Sobre este mismo punto, Millas, plantea el asunto en el cómo se enlaza la fe en cuanto designio y sentido de la vida entera. “He ahí el problema de la comprensión racional. Pero también esas otras cosas surgen, para cada hombre dentro, dentro del dominio de su fe: es esta otra perspectiva, que no aspira ya a explicar empírico-racionalmente, sino a organizar y dirigir la vida para acercarse a Dios. El verdadero peligro no está en la separación de estos dominios, sino en una confusión que, en vez de integrarlos, desnaturaliza su índole propia”

Palabras finales

Este trazado de arquitectura no tiene conclusiones, como ninguno debiera tenerlo en masonería.

Termina exactamente en nada.

Los temas tratados son intentos de propuestas objetivas desde las cuales pueden surgir reflexiones sugerentes y estimulantes para que cada Hermano llegue, con su auténtica libertad intelectual y espiritual a sus propias y personales conclusiones; y cuya validez también será propia, respetable, aunque no siempre, posible o necesariamente transferible a otros.

El trazado planteado descansa en unas pocas ideas que, resumidamente son:

1.- El espíritu científico tiene su fundamento en la razón, pero no es lícito extender sus métodos a otras áreas de la cultura, ni el racionalismo extremo como filosofía de vida.

2.- La ciencia moderna ha debido modificar sustancialmente los supuestos con que lo hacía desde los siglos XVI al XIX. Los conceptos aparentemente inamovibles, y rígidas estructuras lógicas, han derivado a situaciones imprecisas, cambiantes, dialécticamente flexibles e incertidumbres.

Da la impresión que mientras más profunda es una investigación, más finos los métodos, mejores los instrumentos de análisis, más acotadas las interrogantes – gran paradoja – más distante parece estar, epistemológicamente, de entregar modelos integrales que permitan al hombre enfrentar un porvenir ordenado y comprensible.

3.- El racionalismo, iluminista y decimonónico parece batirse en retirada, sobrepasado por un pensamiento que se afianza en el valor de la libertad y el ejercicio de la voluntad.

4.- Es probable, probable, que movimientos espiritualistas- ya no religiones institucionalizadas – estén ocupando el lugar de las antiguas Iglesias, y por la misma razón anterior, para satisfacer las necesidades psicológicas de tranquilidad y esperanza en mundos futuros, de este y del otro lado de la vida terrenal.

5.- Los conflictos entre ciencia y religión, se deben a intromisiones indebidas – y muchas veces abusivas – de ciertas religiones organizadas en Iglesias, en cuestiones que son propias de la ciencia.

Este conflicto históricamente prolongado, y a veces, de increíble violencia, tiende a atenuarse por el convencimiento de ellas en cuanto a la imposibilidad de defender lo indefendible; y

también porque su esfuerzo ha estado derivando desde el siglo XIX al terreno social.



La indebida intromisión se traslada ahora – fundamentalismos e integrismos incluidos – al mundo real de las sociedades y sus problemas.

6.- En este escenario, la Francmasonería, admitiendo el valor de la discrepancia, no tiene, no debe tener, otra actitud que la admitida en el Ritual de Iniciación: “adaptarse a las evoluciones sucesivas de la civilización en cada tiempo y en cada país”

Claro que, para evitar caer en renunciados de dogmatismos ideológicos, quizás si debiéramos liberar a la Orden de tamaña responsabilidad y traspasarla individualmente a los masones. ¿Qué otra cosa si no, es que ella – la Orden – nos entregue herramientas y métodos para usarlas? Pero la decisión del cómo emplearlas, sólo depende y está en la voluntad de cada uno de nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- Brugger, Walter. Diccionario de Filosofía. Biblioteca Herder, Barcelona, 1975
- 2.- Damasio, Antonio . El error de Descartes. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996
- 3.- García Morente, Manuel. Lecciones preliminares de Filosofía. Editorial Losada S.A., Buenos Aires, 1957
- 4.- González R, Armando Cristianismo. ¿Modernización o disolución? Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1972
- 5.- Millas, Jorge Ensayos sobre la historia espiritual de occidente. Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1960

6.- Miller, James. La pasión de Michel Foucault. Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995

7.- Ralston Saul, John . Los bastardos de Voltaire. Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1992

8.- Russel, Bertrand. Religión y ciencia. Breviarios, Fondo de Cultura económica, México, 1951

9.- Scheler, Max. El saber y la cultura. Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1980

10.- Varela, Francisco. El fenómeno de la vida. Dolmen Ediciones, Santiago de Chile, 2000

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD. UN FRÁGIL EQUILIBRIO

Un perfecto triángulo equilátero, pareciera ser la imagen simbólica más adecuada para expresar el anhelo de conciliar la libertad, la igualdad y la fraternidad, en armónica relación entre el ser individual, colocado en su interior, y la sociedad que conforma el mundo profano, en su exterior.

Sin embargo, tal construcción, corre el riesgo de estar más cerca de una anhelada utopía que de una realidad posible.

A menos que se pueda hacer el intento, y conseguirlo, de pasar de la abstracción a la realización.

La pregunta, que se transforma en una cuestión previa, es: ¿qué es lo que une a estos conceptos? ¿Por qué y cómo se formó esta trilogía?

¿Por qué no la tolerancia, la justicia, la solidaridad, por ejemplo?

La Gran Logia de Chile, los trata como “postulados” a partir de los cuales son los que inducen a sostener la justicia social, a la vez que permite combatir los privilegios y la intolerancia. De modo que, a partir de estos postulados considerados como herramientas, la masonería chilena podría influir en las correcciones que necesita nuestra sociedad.

Tanto la libertad, como la igualdad y la fraternidad son conceptos que se relacionan y que emanan de las relaciones de los hombres entre sí. De hombres que viven, como condición esencial, en sociedad. Por lo tanto, son históricos. Y, por

consiguiente, han tenido, y deben tener, distinto desarrollo y valoración a través de los tiempos.

Sin embargo, existe una constante que atraviesa todas las épocas y todas las culturas. Ellas intentan facilitar la coexistencia de seres humanos que viven desde antiguo en permanente conflicto por sus naturales intereses antagónicos de todo tipo.

La idea central es que la vida humana individualmente considerada como fin en sí misma, debe ser, además, la expresión y medida de todos los humanos.

“Pero si la libertad (y la justicia) - Jorge Millas habla - son separadas del contexto vivo de la cultura humana a que funcionalmente pertenecen, y se convierten, en fines insolidarios, perseguidos por los individuos o los grupos como fines propios, tenemos otra vez al hombre lanzado contra el hombre en relaciones puramente primarias de apetitos en conflicto”.

Masónicamente hablando, la solidaridad y de ahí, la fraternidad, tienen como base fundamental, a la libertad.

De nuestra trilogía, la libertad ha sido, con seguridad, el reclamo más antiguo, porque ha habido pueblos y sociedades en que ha faltado, ya sea totalmente o dentro de ellos, en grupos muy numerosos (esclavos, mujeres, prisioneros, minorías étnicas, raciales, etc.).

La igualdad, es, sin duda, la preocupación del presente, aunque con la reserva que se ha enfocado más bien en el campo de la antinomia: la desigualdad.

La fraternidad, es una tarea que está pendiente para resolverla con alguna relativa esperanza en un futuro imprevisible y sin certeza en cuanto a su cercanía.

De la Libertad

“La liberté est un état d’esprit”.

Paul Valéry

La libertad es un modo peculiar de estar el alma en la vida. Un modo de ser de este soplo vital, génesis de nuestras ideas y de nuestras acciones. Es esa facultad intelectual del ser pensante de la que está dotado superiormente.

Pareciera que Valéry relaciona la libertad desde la vereda existencial, como ese estar comprometido, y que, de otra manera sería una imposibilidad para todo ser humano que pretenda realizar una vida humanamente aceptable.

Porque siempre será una batalla que comienza desde la interioridad del hombre, desde ese *esprit*, en el que se nutre todo nuestro quehacer. Y un combate que nos compromete desde el nacimiento; desde el natural a la vida y el masónico desde la iniciación. Exige, porque: *“La vida es una batalla continua, ruda, implacable. Es una lucha.... De la libertad y la tolerancia contra la tiranía y el fanatismo que no discuten ni resuelven los anhelos sociales sino por la fuerza o el hambre”*.

Lo expresado en nuestros rituales ya da por implícita la existencia de la libertad. Pero antes, se ha de tener presente que *“El hombre nace libre, responsable y sin excusas”*. J. P. Sartre, plantea con absoluta claridad, lo que es un imperativo. Sin excusas, es no eludir bajo ningún punto de vista el compromiso de este hombre que debe construirse a sí mismo, cualquiera que sea el sacrificio que se le exija. Hasta la existencia: *“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos, por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”*.

La libertad, ansiada así, mas no regalada, nos determina a luchar por ella. Esa batalla ruda e implacable, es, tal como lo señala Goethe, que *“sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla cada día”*. Y que Carlos Fuentes, en otra época y en otro lugar, agrega: *“No existe la libertad, sino la búsqueda de la libertad, y esa búsqueda nos hace libres.*

De modo, entonces, que sólo por medio de la búsqueda y la conquista se puede emprender el camino que conduce a la real libertad, esa que no existe, sino como una posibilidad cierta de realizarla.

Ahora bien: ¿qué es la libertad?

¿Postulado que se acepta *per se*? ¿Concepto abstracto, teórico? ¿Aspiración utópica irrealizable?

El concepto de libertad, considerado en general, o sea, desde la abstracción más pura, no es más que un concepto vacío. No tiene posibilidad de extraer nada de él ni esbozar consecuencias válidas.

La libertad, para que sea un elemento enriquecedor tiene que ser, en concreto, de libertad de alguien, para algo, y en determinadas circunstancias. Jorge Millas, quien así lo formula, observa que ello implica, a lo menos, un sujeto que la ejerce, que tiene un determinado objeto o propósito, y que transcurre necesariamente en un contexto histórico. Le da así, una dimensión real dentro de la vida concreta del ser humano.

Aunque hoy día este realismo de la libertad sirve de subterfugio para reducirla a la libertad económica, social y política, cuando más. Y que, si el hombre se libera de la servidumbre capitalista, (no se sabe cómo), lo demás vendrá por añadidura. Aunque, “lo demás”, es de la mayor importancia y, quizás, la esencia misma de la verdadera libertad. Porque donde se dice existir la “verdadera “libertad, *“ni siquiera unos pocos gozan de esa franquía de la libertad espiritual – entiéndase, de*

la inteligencia, de la imaginación, del sentimiento, del querer, del comunicarse – que fue posible, (apenas) en la pequeña (y limitada) sociedad de los hombres libres de Grecia”. (Jorge Millas).

Esta libertad espiritual es, en efecto, la mayor y más poderosa libertad. Y la que, desde el punto de vista masónico, es la más valiosa, porque está en el fundamento mismo de la institución iniciática. No puede desplegarse si ella falta.

A esa libertad, jamás puede llegar ni la más abyecta tiranía, ni la opresión de algún poder económico, o ideológico, o cualquier otro, y de la naturaleza que sea, porque esa libertad está en la esencia misma del ser humano. “*La conciencia natural nos dice que somos libres*” (Victor Frankl). Porque la libertad forma parte de la estructura total de la persona. “La libertad se vive”. No es una cualidad agregada al ser humano por el sólo hecho de vivir en sociedad.

Esta libertad espiritual, es la que permite, mejor dicho, obliga, a liberarse, como lo sostiene Michel Foucault, “de todo pensamiento omniexplicativo: paneconomicismo marxista, pansexualismo freudiano, evolucionismo, dialéctica hegeliana, y hasta la idea de un progreso continuo, etc. Construcciones o modelos que han probado ser ineficaces a la hora de buscar una comprensión de la sociedad en las encrucijadas contemporáneas” (citado por Humberto Giannini).

Encrucijadas que, añadimos, nos parecen más bien laberintos casi sin salida. A los “ismos” que tanto fastidian a Foucault, agreguemos, el meliorismo y el eclecticismo (que no le hacen nada de bien a la masonería chilena, como lo es cualquier otro “ismo”), puesto que son enunciados más bien dogmáticos, reductores del pensamiento, antes que verdaderas y estimulantes herramientas libertarias.

Las otras libertades vienen de añadido: Libertad de expresión, Libertad de prensa, libertad de reunión, libertad de culto, y otras que posiblemente se agregarán en la medida que la humanidad se haga más y más compleja.

Pero: *“Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en cuanto a sus derechos.*

La finalidad de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre: Esos derechos son la libertad, la propiedad la seguridad y la resistencia a la opresión.

La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no cause perjuicio a los demás”

(Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del ciudadano. Art. 1º, 2º, y 4º, 1789).

Nótese que esta Primera Revolución Francesa, no tomó en consideración el concepto de fraternidad. Por lo menos, en su piedra fundamental.

Y ciento cincuenta años más tarde: *“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, y dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.*

Todos los hombres son iguales ante la ley. Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad, y a la seguridad de su persona; a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; a la libertad de opinión y de expresión; a la libertad de reunión y de asociación pacíficas; derecho a la seguridad social; derecho al trabajo; derecho al descanso; derecho a un nivel de vida adecuado, derecho a la educación”

(Declaración de los Derechos Humanos, Arts. N°1º, 3º, 7º, 18º, 19º, 20º, 22º, 23º, 24º, 25º, 26º, Naciones Unidas, 1948).



Esta enumeración taxativa de libertades y derechos, obliga a pensar si ésta es exhaustiva; o, si, por el contrario, queda abierta a otras libertades y derechos que las sociedades del futuro consideren de importancia.

La libertad trascendental y la libertad práctica. Para Kant, hay dos modos de concebir la libertad. La trascendental deriva de la razón pura, y, por lo tanto, es especulativa. Pero cómo es solamente pensada, de igual manera se puede tanto afirmarla como negarla. Por lo tanto, es imposible alcanzar por esta vía aquello que los seres humanos buscan siempre con ahínco en toda situación y en todo pensamiento que lo lleve a entender lo incondicionado y lo absoluto. Ni por la razón ni por la filosofía especulativa (la metafísica) se puede llegar a la verdad y al conocimiento de la libertad (o de Dios).

El otro modo, es mediante la libertad práctica. Deriva de reconocer que el ser humano es, esencialmente, un sujeto moral. De manera que en la vida práctica se da la experiencia de la libertad, mediante los actos morales que ejecuta el hombre en cada momento de su vida. En este caso, la libertad está fundada en la capacidad del hombre de tomar decisiones, de valorar sus acciones enfocadas a obtener determinados resultados. Cuando *“actúa conforme a ciertos principios de valoración, de selección y estrategia”*. Principios que Kant denomina aquellos *“capaces de determinar su voluntad”*.

La libertad práctica, entonces, se realiza cuando el hombre puede actuar por algo que es independiente de las condiciones naturales, las que son externas a su ser. Así es como sale del ámbito puramente fenoménico basado en la ley de causa-efecto, para trascender hacia lo práctico pero incondicionado.

La experiencia moral, porque de ello se trata, es lo que “*debe ser*”, y de la que el ser humano tiene conciencia en forma inmediata.

Hay más.

Debe precisarse que el hombre en su expresión espiritual, que es la más valiosa y la que más importa a la masonería, tiene dos formas de libertad: la libertad del modo de ser, y la libertad para ser de otro modo. Como lo sugiere V. Frankl, la libertad en el modo de ser se expresa en la autorreflexión; la libertad para la modificación corresponde a la autodeterminación.

En términos del pensamiento griego, la autorreflexión se consigue en la máxima délfica: “Conócete a ti mismo”. La autodeterminación se logra según la frase de Píndaro: “Llega a ser el que eres”. Ambas, se corresponden con intensa armonía en las bases de la formación masónica.

De la Igualdad

*“No se podría concebir a los hombres
eternamente desiguales entre sí,
en un solo punto e iguales en
los demás; llegarán pues, en un tiempo
dado, a serlo en todos”.*
Alexis de Tocqueville.

La igualdad, en primer lugar, necesita ser definida desde el punto de vista teórico; luego, justificada desde la perspectiva ética; y después definir los medios políticos y económicos para realizarla.

En la francmasonería, el nivel simboliza a la igualdad que reinará entre los hombres que forman lo que se llama el Pueblo, para lo cual deberá, en primer lugar, ser liberado de los

despotismos, la miseria, la ignorancia y las supersticiones, y, ciertamente eliminar tanto las tiranías de algunos como las abyecciones de otros. Con ello se pretende que cada ser humano se considere un hombre como los demás: o sea, que todos lleguen a ser hermanos entre sí. Esta es la aspiración masónica.

Tal nivelación, sin embargo, requiere de un mayor análisis. Porque nivelar a toda la Humanidad, al Pueblo, requiere de ciertas precisiones que el símbolo del nivel, por sí solo, no puede establecer.

¿Igualdad en todo? Obviamente los seres humanos no somos iguales, pero deberíamos buscar en qué cualidad debemos serlo para constituir una sociedad sustentada en valores humanos. Y establecer en cuáles aspectos podemos estar de acuerdo.

En, por ejemplo: ¿Igualdad de condiciones? ¿Igualdad de oportunidades? ¿Igualdad política? ¿Igualdad de ingresos y de patrimonios?

Una de las cosas que más sorprendió a Tocqueville, en los Estados Unidos, fue descubrir la existencia real de la igualdad de condiciones, y la influencia que este factor ejercía no solo directamente en la sociedad, sino, además, orientando el espíritu público y dándole un determinado acento a las leyes.

Desde esta visión, la igualdad se reconoce como una suerte de estado cultural y social, de modo que el desarrollo gradual de la igualdad, es un hecho providencial, caracterizada por su universalidad, su duración en el tiempo, y que escapa a la potestad humana y a todos los acontecimientos, ya que todos los hombres servirían para su desarrollo.

No se sabe a qué “condiciones” relevantes alude Tocqueville, aún cuando, con relativa certeza, se podría asimilar a la idea de “igualdad de oportunidades”, como se entiende hoy día en forma dominante.

Pero ella anida en sí misma una paradoja: iguala consagrando la desigualdad. ¿Cómo es posible esto? Rosanvallon sostiene que con ello se justifican “*las desigualdades de posición, más que cumplir su ambición de ser “real”, “fuerte”, “radical”, etc.*” Lo que, en definitiva, acarrea a la fundación de “*una teoría de la justicia como teoría de desigualdades legítimas*”.

Agrega que esto no tiene nada de chocante, pero hay que analizar, previamente, algunos aspectos que pueden ser calificados de erróneos. Dice: “*La idea de igualdad de oportunidades conduce, en primer lugar, a disociar la justicia distributiva de la justicia redistributiva, limitándose a formular las condiciones de una distribución de recursos estimada equitativa, lo que tiende, en consecuencia, a deslegitimar las acciones propiamente redistributivas. Lo que no tiene nada de sorprendente, ya que, desde el punto de vista histórico, es lo que se propone explícitamente al integrar las más vivas críticas hacia el Estado redistribuidor, (acusado de alentar la irresponsabilidad y la existencia pasiva)*”

Tampoco ella se pronuncia por las diferencias individuales, incluso hasta justificar el enriquecimiento generado por el mérito personal. Y ni siquiera tratar la igualdad de oportunidades en términos de derechos sociales, dejándola en la cuestión de los recursos (económicos) que debería entregar la sociedad. Además - sigue Rosanvallon - las nuevas redes de seguridad (social), que inventan los teóricos de la igualdad radical de oportunidades hacia los más necesitados “*se aproxima así, más a una solidaridad de la humanidad que a una solidaridad de ciudadanía*”.

El razonamiento prosigue considerando que las diversas teorías relativas a la igualdad de oportunidades, llevan casi irremediablemente a considerar las desigualdades solo como un

criterio de justicia, desechando que ellas tienen una dimensión social.

Con seguridad, la visión integral y superior de este principio es considerar que la igualdad es tanto un asunto de la vida social como de la justicia individual. Porque las desigualdades no afectan solamente a los más desfavorecidos, sino que su efecto destructor afecta a la vida de toda la sociedad.

De la Fraternidad

*We came into the world like brother and
brother; and now let's go hand in hand,
Not one before another.*
W. Shakespeare

La fraternidad está en estado de una pura aspiración. Es, hasta el momento, una suerte de estado utópico, casi irrealizable. El problema reside en que es probable que esta parte de la trilogía sea la de orden más personal que las otras dos, porque se ejerce en directa relación con el prójimo, de modo que pensar en fraternidad universal, está fuera del alcance de nuestra Orden y quizás de las sociedades en su conjunto.

La fraternidad no puede operar a distancia. Todos los seres humanos debemos ser hermanos, pero entre tanta diversidad, ¿qué nos une? La sola pertenencia al género humano no asegura la hechura de la hermandad. ¿Podría, entonces, tener que aceptarse esa tan viva, dura y dolorosa expresión de Flaubert, que “la fraternidad es una de las más bellas invenciones de la hipocresía social? Cuesta al sentido masónico tener que llegar a esa penosa conclusión.

Para soslayar el problema, en cierto modo, se intenta, a veces, reemplazar el concepto de fraternidad por el de la

solidaridad, que viene a ser su ambiguo correlato. Tal como lo sugiere Heidegger, al considerar que la solidaridad y la serenidad son de esos valores supremos a los cuales debe supeditarse la actividad humana. Pero la solidaridad tiene que ver más bien con la actitud de compartir intereses y metas que se reputan comunes, aún cuando se manifiesta en grupos acotados (familia, clan, instituciones, etnias, naciones, etc.), en los hay colaboración y ayuda mutua.

Claro que implica como paso previo y determinante, la igualdad en dignidad y desde ahí llegar a la fraternidad. O sea, buscar el bien de todos los hombres.

La filantropía, es otra expresión restringida de la fraternidad. El amor a la humanidad se expresa en acciones destinadas a ayudar a los necesitados, tanto de bienes materiales como los de tipo social: trabajo, salud, educación. Altruismo que no satisface el sentido más profundo que tiene la fraternidad, como sentido de una aspiración superior de abarcar a toda la Humanidad en su compleja diversidad. Y sin dejar de recordar que esta humanidad a la que pertenecemos tiene su origen en el más flagrante acto antifraternidad. Aunque lo sea desde una visión mitológica. ¿Cómo reencaminarnos, entonces, a una fraternidad que nunca ha llenado en plenitud a la historicidad de este clan?

¿Es posible redescubrirla y ejercerla?

Desde luego, mediante una profunda transformación cultural de tal profundidad y magnitud, que debiera efectivamente fortalecer el desarrollo humanista de los seres humanos. No sabemos qué medios ni en qué extensión serían necesarios para llegar a tal estado que, en verdad, tendría un carácter socialmente revolucionario.

Y desde el interior de la francmasonería, quizás, exista alguna esperanza; si se persevera, por un lado, en el ejercicio de la tolerancia, y por otro, en una clara percepción y uso del

concepto de caridad, entendida como lo explica el Ritual de Iniciación, como ese acto de justicia solidaria que permite beneficiar a todos los hombres en la persona de uno, y ese beneficiado permite transmitirlo a toda la sociedad. En la medida que los francmasones seamos capaces de actuar con esta actitud en todos los actos de la vida social, podríamos entregar, mediante el ejemplo personal, una posibilidad de extender los lazos fraternales a los que deben ser, siempre, nuestros Hermanos: el Pueblo.

Pareciera entonces que, en esta hora, la fraternidad fuera la hija desposeída en la repartición de los bienes valóricos que la cultura asigna a las relaciones de la vida en sociedad.

De la Libertad y la Igualdad

El problema entre la libertad y la igualdad, surge un poco de las prevenciones señaladas por Tocqueville. Dice: “...*cuando los ciudadanos son todos casi iguales, les resulta difícil defender su independencia contra las agresiones del poder: No siendo ninguno de ellos lo bastante fuerte para luchar solo con ventaja, no hay más que la combinación de las fuerzas de todos que pueda garantizar la libertad*”. Lo que por supuesto, muchas veces no se logra.

La batalla así planteada se está librando en el terreno social, y el enemigo es, por cierto, quien detenta el poder en cualquiera de sus formas: el político, el económico, el religioso o el ideológico. Distinto va a ser el combate que se produce en la interioridad del ser humano, que es donde actúa, en primera instancia la francmasonería. Ahí la igualdad a que todos aspiramos debe enfrentarse a la libertad que la condición humana nos hace actuar y decidir de una manera u otra. El libre

albedrío enfrentado a la voluntad no tiene más freno que la fuerza de la componente moral.

Por eso es que los conflictos entre la libertad y la igualdad se libran en dos campos de batalla: Uno en el ser de nuestra conciencia, porque en su fuero interno el ser humano tiene que lidiar con sus egoísmos, pasiones, agresividades, o envidias, que a veces, deja muy poco espacio al altruismo, al desinterés, a la bondad.

El otro, es en el ámbito social. Las sociedades tienen estructuras deformadas, aún cuando se podría explicar que, como creaciones humanas, están hechas a la medida del mismo hombre.

De la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad

La forma como las sociedades y los sistemas culturales han enfocado estos tres principios a lo largo de la historia ha tenido una suerte muy disímil. De manera que la evolución de ellos presenta también características muy distintas.

La libertad, ya se sabe, ha tenido un protagonismo importante en casi toda la historia de la humanidad, a tal punto que ha llegado a determinar muchos de los más profundos cambios sociales. Muchas veces se luchaba por ciertas formas de libertad en trincheras, en barricadas, en la prensa, en la literatura... y hasta en el arte. La igualdad y la fraternidad entraron en escena a fines del siglo XVIII principios del XIX, en brazos de dos revoluciones francesas: la del 79 y la del 48, pero han tenido una suerte bastante diferente. La igualdad es hoy el campo de batalla de casi todas las comunidades sociales. La fraternidad, por su lado, está en estado larvario, sin que se hagan esfuerzos relevantes por avanzar en su consecución.

Todo esto en el aspecto exterior, en la sociedad; porque en la vertiente espiritual del ser humano cabría preguntarse si aún persisten las luchas entre ellos.

Aunque el anhelo de muchos, entre los que se cuenta la francmasonería, es que las tres se integren armónicamente y que tengan un desarrollo parecido, ello, hasta ahora, no ha sido posible.

Para todo esto se está haciendo obligatorio entender estos conceptos en su compleja flexibilidad, en su variabilidad en el tiempo histórico y la diferente preponderancia de las unas y las otras.

Hay otro factor que atenta contra el precario equilibrio que hay entre estos postulados. Es el siguiente.

La libertad, aparentemente, no necesita de factores que la determinen. Basta con que el hombre exista, porque la libertad es inherente al ser mismo del hombre, a su propia esencia, sobre todo en cuanto se trata de su libertad espiritual.

En cambio, la igualdad y la fraternidad son valores que el hombre ejercita en sociedad. Pero ambas requieren de otros valores para su plena expresión. La igualdad y la fraternidad exigen previamente la libertad. La fraternidad exige, además, la tolerancia.

Y, Manuel de Rivacoba, (citado por Squella), apunta: *“sólo viviendo en libertad y compartiéndola con todos, sólo desde y en la libertad, la igualdad no resulta un trágico sarcasmo y por lograrla, resulta asequible la fraternidad”*. El hecho que la fraternidad sea determinación previa de la igualdad y que ambas lo sean de la libertad, explica, en parte, las dificultades que experimenta en su camino y en su cabal desarrollo.

La masonería, mientras tanto, tiene la tarea de formular una muy profunda reflexión sobre estos principios, a partir de

escudriñar su esencia, a sus ricas y cambiantes manifestaciones, y las formas mediante las cuales el trabajo masónico podría ejercerlas.



Y, Octavio Paz de nuevo: *“la tríada con que comienza el mundo moderno, la libertad, la igualdad y la fraternidad, vemos que la libertad tiende a convertirse en tiranía sobre los otros; por lo tanto, tiene que tener un límite: la igualdad por su parte, es un ideal inalcanzable a no ser que se aplique por la fuerza, lo que implica despotismo. El puente entre ambas es la fraternidad, la gran ausente en las sociedades democráticas capitalistas. La fraternidad es el valor que nos hace falta, el eje de una sociedad mejor. Nuestra obligación es redescubrirla y ejercitarla”*.

Es probable que Paz aluda en la tiranía de la libertad, a los extremos que puede llegar la libertad y que de hecho existen, en especial en el campo económico; y la aplicación de la igualdad por la fuerza, es, claramente posible en regímenes políticos dictatoriales.

De ahí que la fraternidad aparezca como un bien deseado y necesario para pulir nuestra convivencia social.

Un Pueblo que, por una curiosa inversión de prioridades, (Ritual del Tercer Grado) debe ser, en primer lugar, convencido que cada uno de ellos es un hombre como los demás, para conquistar así, la igualdad. Después, podrá encaminarse a su emancipación y a su libertad política y espiritual, para finalmente culminar, con sólidos vínculos de solidaridad social, en la fraternidad.

Iguales, libres y hermanos, una utopía que debe llegar a materializarse como afán primordial de nuestras tareas e inquietudes francmasónicas e iniciáticas.

Sólo de esa manera será posible retrotraer la equilibrada imagen de nuestro simbólico triángulo equilátero, desde su anhelada aspiración hasta el mundo real de la vida que nos está tocando vivir.

BIBLIOGRAFÍA

Giannini, Humberto. Breve historia de la filosofía. Catalonia, Santiago, 2014.

Frankl, Viktor. El hombre doliente. Herder, Barcelona, 1987.

Millas, Jorge. Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente. Editorial Universitaria, Santiago, 1960

Millas, Jorge. El desafío espiritual de la sociedad de masas, Ediciones Universidad de Chile, Santiago, 1962.

Rosanvallon, Pierre. Les pièges de l'égalité. Revue "Challenges". N°267, 8 septembre 2011. Paris. France. Traducción: Víctor Veloso H.

Squella, Agustín. Igualdad. Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2014

Squella, Agustín. Discurso de incorporación del Académico de Número a la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales. Societas. Boletín de la Academia de Ciencias sociales. Stgo, año VII, N°4-5,1997.

Tocqueville, Alexis de. La democracia en América.
www.archivosociológico.files.wordpress.com

VIVIR MASONICAMENTE, HOY. ESTAR EN EL MUNDO AHORA

Una afirmación previa que da sustento a este trazado.

Esta es que la francmasonería es una institución iniciática.

Lo que, entre nosotros, no siempre se reconoce de buenas a primeras; ni menos la de tomar la decisión de salir a recorrer una senda que, de partida, se intuye como una riesgosa aventura exploratoria espiritual, y que ni siquiera aparece en los mapas de nuestras actuales preocupaciones intelectuales. Una “*terra incógnita*” en que casi todo estaría por descubrir. Y que pocos estarían dispuestos a emprender.

La cuestión que viene a formularse en seguida es: ¿Cómo es posible aplicar o utilizar en la vida cotidiana, la visión iniciática que estamos tratando de vislumbrar?

Para algunos, o quizás para muchos, podría parecer algo casi descabellado por divisar la imposibilidad cierta de intentar salvar esa abismante dicotomía de intentar vivir iniciáticamente en un mundo tan materializado y reducido por desgracia - la más de las veces - a un horizonte valórico que apenas se eleva por sobre una menguada aspiración humana que no llega más allá de lo utilitario y lo inmediato.

La pregunta alude a la posibilidad que exista una flagrante desconexión entre ambas y que esté presente como inquietante problema en todo nuestro actuar masónico, encubierta o, apenas, manifestada en la sospecha, con peligrosos visos de realidad, de que exista una radical disociación entre el ser masón y el ser profano.

No es posible ocultar la gravedad de tamaña sospecha. Porque si ella fuera efectiva, quedaríamos históricamente invalidados como institución, y atrofiados o con graves limitaciones como iniciados que aspiramos a seguir vías de perfección espiritual.

Como si el ser iniciado y el ser profano tuvieran que marchar por carriles paralelos pero separados, o lo que es peor, en direcciones francamente divergentes.

Por eso, no es entendible que para realizar la vida iniciática, los masones tengamos que aislarnos en un monasterio, meditar en silencio, hacernos contemplativos, o practicar retiros espirituales. Este es un simplificado estereotipo – y errado – de lo que para nosotros es el camino de la iniciación.

El masón, ciertamente, está en el mundo. Y debe estar en él. El masón es un activo luchador cuyo objetivo último reside en conseguir que la forma de vida iniciática se haga universal, o sea, para todos los seres humanos. Así, se llega a un lugar común, afirmar que cuando todos los hombres sean masones, la francmasonería, habiendo cumplido su misión ya no sería necesaria. ¿Ideal inalcanzable? No lo sabemos, aún cuando la Historia desde que el hombre tiene memoria, parece decirnos lo contrario.

Todo eso lo podemos entender como “estar en el mundo”. Estar aquí y ahora, significa para el iniciado francmasón ser un actor activo de la vida social y no un espectador indiferente a lo que acontece a su alrededor. Abúlico. La irresponsabilidad moral de esta actitud conduce inevitablemente, a destruir el templo inmaterial, cuya construcción se nos ha encomendado y que es la tarea que voluntariamente hemos asumido.

Ahora bien. Si profundizáramos en el sentido de este “estar en el mundo”, podríamos llegar, quizás, a lo que tiene que

ver con dos aspectos esenciales de las inquietudes que nos acucian durante toda nuestra existencia: uno de ellos es el modo del percibir; y el otro, el del querer.

El primero alude al intento, nunca logrado por cierto, de entender el mundo, las ideas o creencias que tratan de explicarlo, y dentro de él, la vida misma con toda su compleja carga existencial. La primera pregunta ritualística, ¿de dónde venimos?, apunta a sondear los misterios que como espesas sombras nos ocultan realidades contra las que chocan nuestras limitadas capacidades.

Para eso, entonces, elaboramos modelos o leyes que pueden ser tanto científicas, como religiosas o mitológicas. El origen del universo, la esencia de la materia, el espíritu o el alma. La trascendencia, el Ser Supremo y la inmortalidad del alma, ocupan, entre otras, gran parte del riquísimo repertorio vital del que es capaz de imaginar el ser humano.

La percepción del mundo no se agota con la vertiente racional. La ciencia entre ella. Porque la razón tiene límites propios derivados de las condicionantes que tiene la misma razón. Siempre hay un límite, que – como se sabe – límite que señala no dónde algo termina, sino que, por el contrario, es donde algo comienza en su esencialidad.

La ciencia está en permanente lucha por acercarse a ese límite. Con la investigación puede expandirse cada vez más, pero no puede traspasarlo, ya que ese límite significa entrar al ámbito de otras esencias, quizás el de las creencias, o en el de la espiritualidad. En ese campo, los masones en especial, disponemos de las herramientas que nos proporciona el esoterismo como forma de captar por intuición las verdades trascendentes a la sola experiencia, el misticismo en su afán de tener de un modo directo la experiencia de las fuerzas superiores al hombre y la naturaleza; y, naturalmente, el adecuado uso del

método simbólico que con su capacidad integradora, holística diríamos hoy, puede salvar los obstáculos, vale decir sobrepasar esos límites que están vedados para la razón.

El otro aspecto de este “estar en el mundo” es el del querer. Y se despliega con su máxima expresión en el cómo valorar. Valorar, como lo sabemos, es un estado de no indiferencia, de estar en permanente elección, de decidir, o de tener que optar por una u otra alternativa. En el piso mosaico es donde el masón discrimina sus opciones ejerciendo su derecho al libre albedrío de acuerdo a las mayores o restringidas exigencias que se formule en la conciencia. Y de todas las elecciones posibles, en el ámbito que más nos importa, está la de orden moral. Esto es, aquella que en lo substancial dice relación con la forma de relacionarnos, que tenemos o adoptamos con nuestros semejantes.

El iniciado francmasón no sólo tiene la tarea básica, ineludible y primordial de perfeccionarse a si mismo. Pero alcanzar grados de perfección cada vez más elevados, aunque con ello venga a tener la mayor importancia personal, quedaría, perfectamente incompleto, por quedar enclaustrado en un egoísmo tan inútil como vanidoso, si no fuera porque tiene un compromiso – y con ello se marca una radical diferencia con otras Escuelas Iniciáticas – un compromiso con el prójimo y con la Humanidad.

El iniciado francmasón se perfecciona en la acción infatigable. Se purifica en las buenas acciones que realiza y no por lo que lee o aprende. No hay ni existe un “curso” o un “programa” que conduzca al título de Iniciado. La formación iniciática se construye con los resultados que adquieren valor en nuestros comportamientos.

La actividad cotidiana, la del día a día, es la que realizamos en sociedad con su conjunto pleno de un rico tejido de relaciones personales; sociedad que no debe ser considerada como un puro concepto sino desde su sentido real y concreto, esto es un grupo humano en el cual estamos ligados siempre a otros: al prójimo, a los que nos rodean, aquellos con los que nos relacionamos en todas las situaciones de la vida colectiva, y que son seres individuales que, como personas, son nuestros iguales.

A veces, nuestra formación educativa que viene del mundo profano, tiende, desde un punto de vista meramente intelectual, a considerar a la Humanidad y al hombre como conceptos abstractos y que como tales, no pasan de ser materia de estudios. Pero para el verdadero iniciado la Humanidad es el conjunto de todos los seres humanos, cada uno de ellos con su propia vida, cada uno con sus propias vivencias. Con sus sueños, sus esperanzas y sus abatimientos, pero intensamente humanos. La tarea de redimir a la humanidad es una de las más altas responsabilidades que se nos entrega, y que la francmasonería, recordemos, nos lo advierte tan tempranamente como en la misma ceremonia de la iniciación.

Y esta labor de redención de las sociedades la puede hacer el iniciado con pequeños gestos. No son necesarios grandes proyectos que, muchas veces por ambiciosos, terminan sólo en eso... en proyectos.

Sin embargo, preciso es reconocer que sí, en nuestra historia, ha habido etapas en que los masones efectivamente consiguieron importantes éxitos. Pero, ¿Hasta qué punto el pensamiento – o si se quiere, la cultura francmasónica – se ha anquilosado en un relevante pasado histórico? ¿No la vivimos, a veces, enmascarados en el halo que nos han dejado esos antiguos, aunque notables, logros sociales?

Hoy, los tiempos han cambiados. Son otras o las mismas exigencias de antaño aún no cumplidas, aunque ahora, en un contexto histórico distinto.

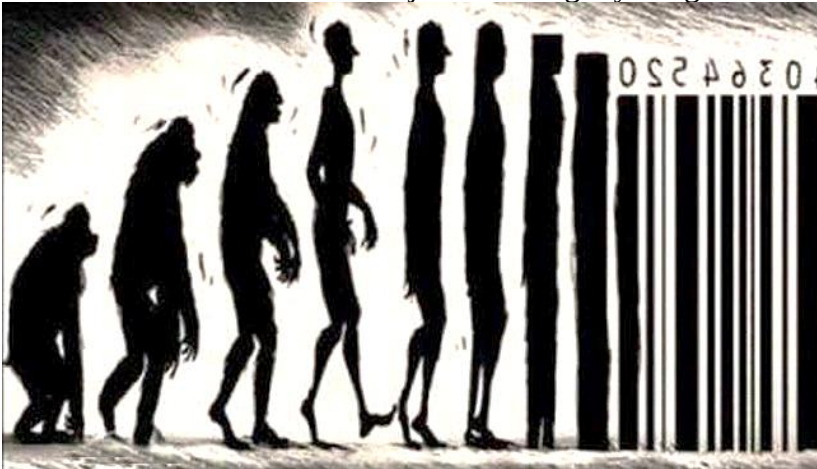
Las formas sociales en la que estamos viviendo, es caracterizada por algunos como una sociedad de masas, urbana y globalizada. Sea como sea la descripción que hagamos de ella, anida en su estructura el perverso germen de la deshumanización del hombre.

Pero éste fenómeno de la deshumanización del hombre, o dicho en célebre frase, “la pérdida del hombre en el hombre”, conduce a que el hombre deja de ser individuo, para ser reducido a cosa, a un objeto que sirve para algo. El hombre, así minimizado, deja de ser un fin en si mismo, para quedar empobrecido a la situación de un medio para ...

No son, ciertamente, lo que representan aquellos roles que nos dan o nos asignamos en la sociedad y que limitan con mezquindad nuestra incomparablemente más rica condición humana: ahí quedamos encasillados en consumidores, en recursos humanos productivos, en contribuyentes, afiliados, ciudadanos, pacientes, ... Transformado en mera herramienta se pierde lo que el ser humano tiene de valioso y que lo hace diferente unos de otros. El sentido de su vida, sus proyectos, sus sentimientos, sus fortalezas y debilidades, sus sueños y sus angustias, sus exaltaciones y sus desvaríos, es lo hace un hombre de verdad.

La Francmasonería, podría no ser más que una organización social entre tantas otras si no fuera por la actividad que realizan sus miembros, sus iniciados, que busca y respeta el ser individual del hombre y labora por su perfeccionamiento y enaltece su dignidad. Nos hace emprender la tarea de entendernos con los otros como nuestros iguales, como personas que son. Los iniciados pueden hacer esa labor con los que nos

rodean y con los que habitualmente estamos en contacto. No es necesario, y en verdad resulta completamente inútil y hasta absurdo escribir tratados sobre la fraternidad y la igualdad: basta con que la practiquemos. Tarea sencilla y cuanto más plena de belleza espiritual. El taxista es el señor conductor, El vendedor de la feria es don Sergio. (mi hija cuando pequeña, sin que nadie se lo hubiera enseñado, avisaba: “viene el señor de la basura”). Y si Usted le pregunta a uno de ellos, cómo ha estado su día, o, qué es de su familia, notará de inmediato, un cambio de actitud. Muchas veces hosco, sumergido en los problemas que enfrenta, siente que alguien – un perfecto desconocido – ha tenido el gesto valioso de considerarlo su semejante. Se alegra y lo agradece.



Hay más, y si se quiere más doloroso. El hombre reducido a cosa, y luego a objeto utilitario, conduce a otras dos de las más graves situaciones que pueden aquejar la existencia del ser humano, porque invalida hasta sus raíces más profundas su cualidad dialogante: las bases de la convivencia fraternal.

Una, tiene que ver con la condición moral del hombre. Nuestro comportamiento moral, las normas de relaciones que nos damos en sociedad, pueden estar establecidas en Decálogos,

en tabúes, o en Cuerpos Legales desde tiempos muy antiguos. Pero tales preceptos sólo son posibles de aplicar cuando se hacen entre iguales. Los principios de la Ética se validan sólo y cuando se refieren a las relaciones con quienes pueden ser afectados por las decisiones que adoptemos, por nuestros sentimientos hacia otros, o por los efectos causados por nuestras actividades.

Si no hay un “otro”, las condiciones morales son, pura y exactamente, letra muerta. No existen, porque la condición moral del hombre solo se realiza plenamente entre quienes son capaces de entender y responder en las mismas condiciones. O sea, entre hombres. ¿Cómo, en efecto, podríamos ejercer una actitud moralmente adecuada, o repudiable, si al que tenemos enfrente, al prójimo, el que sufre las consecuencias de nuestro comportamiento, no lo consideramos más que una cosa, o un objeto?

La otra, se refiere a la libertad. La libertad es otra de las ideas que corren el evidente peligro de caer en el despeñadero de ser consideradas no más que un concepto. Y ahí, perfectamente, inútiles.

“Sólo se es libre entre iguales”. Mi libertad está ligada a la del otro; y en esa ligazón entrecruzada entre muchos, entre miles, reside el valor de sentirse libre.

Y aquí sí, está esa otra de las maneras de vivir lo iniciático.

Una sociedad que, hoy, contemporáneamente, se nos aparece enferma, agresiva, y que muchas veces, por desgracia, se comporta hasta extremos que lindan en la brutalidad más despiadada. ¿Se corresponde esta forma de sociedad con la idea de humanidad? El sentido profundo de humanidad debe corresponderse con lo humano. La *humanitas* es, en un sentido superior y más general, lo que, para nosotros, los masones, es la benevolencia. Implica el respeto por la dignidad del otro.

Implica también la caridad expresada en su más alta significación como amor a ese otro, a ese ser humano como nosotros, que tiene una vida, que tiene valores, que tiene un motivo para darle sentido a su existencia.

Esa *humanitas*, tiene hoy expresiones muy precisas. Se manifiesta en la lucha por remover estructuras obsoletas, en eliminar los prejuicios de clase, las rutinas sin fundamentos, o las formas de poder que por lo ocultas y poderosas son más siniestras.

Los MASONES debemos estar atentos y dispuestos a reconocer los signos de estos nuevos tiempos, en que la experiencia humana inmersa en esta sociedad definida como urbana, masificada y tecnológica, ha aumentado a un ritmo y complejidad cada vez más considerable, y por lo mismo, cada vez más difícil de entender y de permanecer en ella, o a lo más, con una pertenencia más que precaria.

Pero también hay otras señales del mundo objetivo cultural y social que debemos advertir con la inquisitiva visión del iniciado. Indicios que subyacen en la literatura, en la música, en el arte, en el cine, en las protestas sociales, en las comunicaciones, en la tecnología, la globalización... y en tantas otras.

Y con esas señales, podríamos, por ejemplo, desarrollar la capacidad de descubrir nuevos mitos, otras leyendas y otros símbolos. Ellos deben ser observados y analizados en su contexto histórico y en su medio social. Y de la misma manera, hacer el ejercicio, que puede ser fascinante, de reinterpretar los viejos mitos a la luz de la realidad contemporánea. El vellocino de oro, o la torre de Babel, la leyenda de Orfeo, o la de Osiris, Ícaro o la esfinge, revitalizados en expresiones modernas, abrirán con seguridad, nuevos caminos desde los recorridos efectuados en los mismos viejos senderos.

Todo eso lo podemos entender como “estar en el mundo”. Estar aquí y ahora, es para el iniciado francmasón la oportunidad única de realizar su propio aprendizaje con la sabiduría adquirida en sus propios hechos, con la fuerza al haber empleado en ello todas sus facultades y toda su voluntad, y con la maravillosa belleza de haberlas aplicado hacia fines superiores.

Con todo para deslumbrarse ante la luz que él mismo ha encendido.

En esta esperanza, mis muy Queridos Hermanos, os invito a debatir, a cuestionar lo ya escrito. Para que cada uno de ustedes construya su propio templo de manera elegantemente armónica.

EL ESPIRITU CIENTÍFICO Y EL ESPIRITU RELIGIOSO

Para Foucault, “el problema de los efectos del poder en un (tipo de) racionalidad que se ha elaborado histórica y geográficamente desde el siglo XVI. ¿Pero, cómo vamos a separar esta racionalidad de los mecanismos, procedimientos técnicos y factores del poder que la definen y que ya no aceptamos? ¿Deberíamos concluir que la promesa de la Ilustración de realizar la libertad mediante el ejercicio de la razón ha sido, por el contrario, subvertida mediante el dominio de la razón misma, que va usurpando de manera creciente el lugar de la libertad?

La racionalidad puede ser un arma de doble filo. Sigue Foucault:” creo que el asunto centrar de la filosofía y del pensamiento crítico desde el siglo XVIII ha sido – y, aún lo es, y espero que seguirá siéndolo – la siguiente pregunta: ¿Qué es esta razón que usamos? ¿Cuáles son sus efectos históricos? ¿Cuáles son sus límites y peligros? ¿Cómo es que existimos como seres racionales y practicamos *afortunadamente*, una racionalidad que está cruzada desafortunadamente de intrínsecos peligros? Hay que mantenerse lo más cerca de esta pregunta y sin olvidar que es en extremo difícil resolverla”.

Con respecto a la objetividad de la ciencia y sus métodos, Francisco Varela, ha planteado que: “los desarrollos más recientes de la filosofía y la historia de la ciencia sugieren que esta aparente objetividad no puede caracterizarse con cosas- allá - afuera de manera independiente de los contenidos mentales - aquí -a dentro. La ciencia está permeada (curiosamente) por las regulaciones sociales y de procedimiento conocidas como

método científico, que permite la constitución de un “corpus” de conocimiento compartido acerca de los objetos naturales. El eje de esta constitución es la verificación pública y su validación mediante complejos intercambios humanos.

Lo que consideramos objetivo es aquello que podemos traspasar de la esfera individual a un cuerpo de conocimiento regulado. Este cuerpo de conocimiento es, inevitablemente, en parte subjetivo por cuanto depende de la observación y la experiencia individual, y en parte objetivo, por cuanto está limitado y regulado por los fenómenos naturales empíricos.

“Las ciencias *duras* se han vuelto más audaces que nunca en sus proposiciones acerca de cómo se formó el cosmos y se originó la vida, y de qué maneras evolucionar las especies”.

“La principal interrogante de la metafísica según Heidegger, es aquella referida al origen de las entidades: ¿por qué hay algo en lugar de nada? Enfrentada a esta pregunta, la metafísica occidental responde con el principio postulado por Leibnitz de la razón suficiente: cada efecto tiene una causa, ésta surge de otra causa y así sucesivamente hasta llegar a la causa primera, que es autosuficiente, completa, y la causa de sí misma, esto es, Dios. Este es el argumento onto-teológico a la pregunta, ¿Por qué? Uno responde con el postulado de una entidad fundamental, lo cual establece la diferencia ontológica entre el ser y las entidades. De este modo, el misterio del “hay” desaparece bajo el peso de la respuesta”.

“La ciencia tiene discontinuidades, que no funciona por acumulación empírica progresiva, y que es inseparable de su contexto histórico social”.

El quehacer cultural humano, tiene un giro ontológico. “Es decir una progresiva mutación del pensamiento que termina con la larga dominancia del espacio social del cartesianismo y

que se abre a la conciencia aguda de que el hombre y la vida son las condiciones de posibilidad de la significación y de los mundos en los que vivimos. Que conocer, hacer y vivir no son cosas separables y que la realidad y nuestra identidad transitoria son *partners* de una danza constructiva”. “Entramos en una nueva época de fluidez y flexibilidad que trae detrás la necesidad de una reflexión acerca de la manera de cómo los hombres hacen los mundos donde viven, y no los encuentran ya hechos como una referencia permanente”.

LA CIENCIA Y EL ESPÍRITU CIENTÍFICO

Caracteriza a la ciencia su carácter objetivo que le permite buscar la verdad en los fenómenos naturales, plantear leyes de validez universal, a través de un método inductivo y experimental.

Se funda en la razón, entendida como habilidad para pensar y hacer inferencias de manera lógica y ordenada.

La racionalidad, por su parte, es una cualidad del pensamiento y de la conducta que se deriva de adaptar la razón a un contexto determinado tanto personal como social. Como muchas otras cosas propias del comportamiento intelectual de occidente, proviene de la esencia de la cultura griega.

“La racionalidad explica – Jorge Millas – designa la modalidad del pensar conforme a leyes universalmente válidas, es decir, conforme a los principios lógicos de que nos servimos para establecer el valor objetivo de nuestros asertos o, como dicen algunos, el universo del discurso racional. Se trata, pues, del estatuto a que se somete el pensamiento en diálogo consigo mismo o con los demás, cuando intenta valer ante cualquier interlocutor posible”. Contiene y abarca, el qué, el cómo, el porqué de las cosas. Es indagatorio, curioso, pregunta, observa, duda, supone, discute, concluye y juzga según sus propias deducciones”.

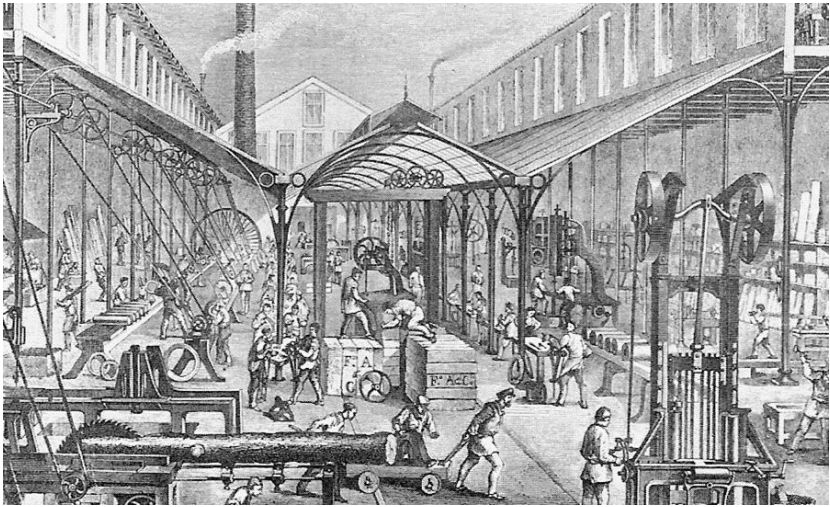
El pensamiento deductivo y abstracto de Descartes, inicia, por tanto, la era que podríamos llamar científica en la forma moderna que llega hasta nuestros días. En el camino, se agregará la visión empírico-mecanicista de Locke y Leibnitz, para quien el conocimiento humano se compone de unas

verdades que denomina de “razón”, las que enuncian un ser o un consistir necesario (no pueden ser de otro modo); y de otras que son de hecho: un ser o consistir contingente (pueden ser de una manera o de otra). Las de razón están en la lógica y las matemáticas; las de hecho en las experiencias físicas o en la historia.

El intento de Kant, de unificar estas verdades, queda planteado en un enunciado problemático: “Cuán grande pueda ser aun el abismo que queda entre la idea (es decir la razón) y su realización (en la práctica), es una pregunta que nadie puede, no debe responder. Porque el asunto depende de la libertad, y el poder de la libertad consiste en trascender todo límite específico”.

El pensamiento kantiano continúa con la sugerencia que los seres humanos son capaces de, y están obligados a , *construir* por sí mismos un mundo moral y político utilizando Ideas de Razón. Y si por un lado afirma que esa construcción hecha dentro de los límites de la razón permitiría reivindicar las ideas tradicionales cristianas de Dios, de responsabilidad moral y de la inmortalidad del alma. Una consecuencia inevitable de su crítica “trascendental” es que entrega al ser humano un poder creador de alcance intrínsecamente incierto.

Al comentar esta idea, Michel Foucault agrega que:” el mundo parece una ciudad por construir y no ya un cosmos dado”. Poder creador y constructor suena, sugestivamente, como una concepción masónica explícita en rituales y liturgias; y si para Kant el alcance es incierto, porque la libertad adquirida por el hombre, el libre albedrío conquistado por el ejercicio de la voluntad, lo puede conducir a cualquier estado o situación. La Francmasonería por su lado, más optimista, a fin de cuentas, apuesta a un objetivo redentor y positivo. Cuánto de dogmático



o irracional tiene este pre-supuesto, es algo que preferimos dejar al ámbito personal de nuestros Hermanos.

Pero todos los excesos son peligrosos. Altas concentraciones de una sustancia tienen efectos venenosos. Exceso de racionalismo viene a dar en estos airados reclamos: Ralston Saul, por ejemplo, “Atribuimos la culpa de nuestros crímenes al impulso irracional, pero así cerramos los ojos al malentendido central y fundamental: la razón es mera estructura... una especie de teología de poder puro y cuya trinidad es, organización, tecnología e información”. ¿Acaso olvidamos que, durante la revolución del 89, la razón fue elevada a los altares de Notre Dame, en París?

¡Por lo demás y para peor, los supuestos y métodos de la razón aplicada, fueron desarrollados inicialmente, nada menos que por la Inquisición, por otros de los padres de la razón, Machiavello... e Ignacio de Loyola!

Si en diversos modos y grados, los griegos habían identificado la razón (logos), como una de las características

humanas esenciales, la característica superior, la razón era una virtud. La acción racional conducía al mayor bien.

Pero “la renovada e intensa concentración en el elemento racional - habla Ralston - en el elemento racional que se inició en el siglo XVII, surtió un efecto inesperado. Súbitamente la razón comenzó a separarse y distanciarse de otras características humanas más o menos reconocidas: el espíritu, el apetito, la fe y la emoción, además de la intuición, la voluntad y, ante todo, la experiencia”. Hasta el día de hoy en que “la importancia mitológica de la razón oscurece todo lo demás”.

El mismo Ralston continúa planteando que la “la razón (debiera referirse al racionalismo) es un sistema estrecho que ha degenerado en ideología. Con tiempo y poder, se ha convertido en un dogma sin rumbo, disfrazándose de indagación desinteresada. Como la mayoría de las religiones, la razón se presenta como la solución de los problemas que ella misma ha creado”, por faltarle, precisamente, el sustento helénico de una estructura ética.

Muchos Filósofos: “se arrojaron a los brazos de la razón, convencidos de que así nacerían nuevas elites racionales capaces de construir una nueva civilización”. Pero, “la posición, uso y control del conocimiento especializado, se han convertido en un tema central. Sin embargo, su poder no depende del efecto con que usan ese conocimiento, sino de la eficacia con que controlan su uso... de manera que la esencia del liderazgo racional consiste en el control justificado por el conocimiento especializado”, y agregamos, por su aliado el lenguaje fragmentado, como los metalenguajes científicos, inalcanzables en comprensión para el común de los mortales.

Por otra parte, “la técnica científica ha llegado a ser más importante en sus efectos que el espíritu científico. Éste es cauteloso, no conoce toda la verdad, todo conocimiento necesita

enmendarse, requiere libertad de investigación y de discusión (es, digamos, humilde). La técnica científica, por el contrario, orgullosa por sus logros (para mucho bien y para mucho mal) adquiere un espíritu muy diferente del que tiene el hombre de ciencia: un espíritu lleno de sentido en el poder ilimitado, de certeza arrogante, y del placer de la manipulación hasta del material humano”. Es, ciertamente, un espíritu de soberbia, que, además, lo estimula la mayoría de la gente por la admiración y reverencia con que aplaude cada nueva invención o ingenio tecnológico.

El placer propio del intelectual de admirarse de todo, ha llegado casi al borde de su extinción. Ya no es posible encontrar la lechuza de ojos permanentemente deslumbrados, como cuando los griegos, con profundo sentido del simbolismo, al decir de Ortega y Gasset, se la asignaron a Palas Atenea, la diosa de la sabiduría.

Hoy, ya nada sombra a nadie... ¡ni a los niños!

Pero otro problema diametralmente diferente, y desde su propio campo, vino a enturbiar la confianza ciega en los métodos de la ciencia y su valor como expresión del mundo circundante.

Es éste: Siempre se consideró que la ciencia funcionaba en base a la aplicación irrestricta del principio de causalidad, esto es, que entre causa y efecto existe una conexión unívoca, de tal suerte que causas iguales generan efectos iguales, con un proceso evidente de por medio. Debemos recordar que Leibnitz, encadena las causas y efectos, mediante una razón suficiente, a través de la cual se llega al conocimiento absoluto, la causa primera, Dios.

Kant, afirma el concepto de “absoluto” como noción inalcanzable, pero, sin embargo, es una necesidad del conocimiento. Luego, el conocimiento científico no es un acto

único, sino una serie de actos sucesivos que se completan y perfeccionan hacia el progreso.

Y ese mismo “absoluto” como posibilidad de la conciencia moral.

Este principio, de causalidad, pilar fundamental de la ciencia, y aparentemente inamovible está hoy en entredicho por la propia ciencia.

Scheler, apunta a que “las leyes generales, tanto las leyes de la naturaleza como las leyes morales, son siempre leyes negativas, y más bien dicen lo que no puede ocurrir o lo que debemos omitir, que lo que debemos hacer y lo que será de nosotros. Son además leyes de promedios o leyes del *gran número* que no obligan incondicionalmente sino sólo con condiciones... el siglo XVIII, Kant inclusive, se equivocó al no advertir que el *Espíritu mismo* crece realmente en la historia y que crecen sus formas de pensar, intuir, valorar, preferir, amar”.

De modo que las leyes naturales no son conexiones esenciales, sino como ya lo reconoció el propio Leibnitz, solamente contingentes. Mach las llama “limitaciones de nuestras expectativas”, denunciando así, certeramente, su índole negativa. En la actualidad (este actual corresponde a 1925), los físicos dudan de si junto al tipo de leyes naturales de *gran número* (con esta expresión, Scheler se refiere a leyes naturales de carácter estadístico y probabilístico) como son muchas de la termodinámica, hay también leyes de carácter *necesario*. La disputa podría resolverse diciendo que en las leyes todo lo que no es pura conexión esencial solo tiene importancia estadística”.

La mecánica cuántica, por ejemplo, tiene carácter probabilístico, indeterminista y sus límites de predictibilidad están asociados a las “relaciones de incertidumbre” de Heisenberg. Todo esto tan absolutamente extraño y disociado de

la precisión inmutable a que nos tenía acostumbrados la mecánica clásica.

En el mismo sentido, puede ponerse de relieve la Teoría de la relatividad, que restringió los supuestos de la física newtoniana; y en matemáticas las nuevas teorías de los juegos, del caos, o la geometría fractal

Y Plank, con la humildad del verdadero científico, manifiesta su preocupación por el significado de las ciencias exactas, su relación con la religión, o el nexo que existe entre la causalidad y el libre albedrío.

Sobre este tema, una reflexión final. Se podría pensar que los grandes científicos, rigurosos, racionalistas al extremo, no son, o no podrían ser religiosos: Pero lo son, y aparentemente no los incomoda, porque llegados a ciertos límites intelectuales, no queda, quizás, otra expectativa que reconocer esas limitaciones, admitiendo, precisamente, el poder y la fuerza de las barreras que porfiada y sistemáticamente impone la naturaleza, y refugiarse en la espiritualidad y el misticismo, ya no como científicos sino como simples hombres de este mundo.

INMORTALIDAD Y TRASCENDENCIA

Sísifo

Se comenta que Sísifo era un personaje muy astuto, hábil en toda suerte de trucos...y hasta ladrón. En una ocasión pudo encadenar a la muerte. No se sabe cómo lo consiguió. Lo cierto es que por un tiempo indeterminado, nadie murió, y por lo tanto se gozó de una feliz inmortalidad. Ante el reclamo airado de Tánatos, los dioses enviaron a Ares, para restablecer el orden natural de las cosas. El castigo para Sísifo, eterno y terrible, ya es conocido.

¿Sería tan feliz, y de qué naturaleza sería esa inmortalidad?

Walhalla, Paraíso, Nirvana, (con reservas) Oriente Eterno, lafken.

Así, pareciera que los hombres desde siempre han aspirado a la inmortalidad. Hay un lugar, con distintas denominaciones aún cuando con el mismo sentido, que debería suponerse, fuera del espacio-tiempo en el que se desenvuelve nuestra experiencia vital. Y suponer, además, que ese lugar está destinado a recibir y albergar a las almas. Hablamos entonces, en cuanto a la inmortalidad supuesta, solamente, del alma.

Aún cuando un lugar exige límites y una determinación, esas almas que, imaginamos, debieran ser intemporales y sin espacialidad, por lo que, en un sentido estrictamente lógico, no requieren propiamente de un lugar.

De modo que cabe preguntarse: ¿Qué denotan las denominaciones precedentes? Y, ¿por qué son tan extendidas y en tan diferentes culturas?

Trascendencia

El hombre no se resigna a ser mortal. Se angustia que después de su muerte, quede la nada. ¡O sea nada! ¿Cómo habrá de terminar tan bruscamente una vida llena de trabajo, de estudio, de éxitos y fracasos, de relaciones afectivas que simplemente se disuelven? ¿Para eso, y sólo para eso se vivió?

Pero el ser humano, por lo menos en su condición material, es esclavo del tiempo. “*El tiempo es nuestro peor enemigo*”, (Camus). Así es que, lo que en verdad nos intimida, como ante un abismo frente al cual no hay escapatoria posible, inexorable; si en algún momento ese tiempo dejara de transcurrir. Y a lo mejor, esa angustia, no lo es por lo que representa la muerte misma, sino por la constatación de una cesación de la existencia. ¿Será lo mismo?

Para superar estas incertidumbres buscamos certezas. Por ejemplo, luchar contra la muerte (encadenarla) equivale a afirmar que la vida tiene sentido. “*La muerte menos temida da más vida*”: la divisa de nuestro Conquistador. Buscar, encontrar y luchar por el sentido de nuestra vida, ¿corresponderá a dar respuestas intrépidas o coherentes con su SER, a la interrogante “¿a dónde vamos?”.

Quizás si el iniciado sabe o intuye que la muerte física, es una de muchas etapas, de procesos sin fin, en los que el ser puede alcanzar a vislumbrar realidades más complejas. Si así fuera, ¿podría entender y llevar a cabo su propio proyecto de inmortalidad?

Ideas y creencias

Un intento de enfrentar este dilema, desde antigua data, es la de considerar dos formas o actitudes mentales que el ser humano pone en juego para salvar ésta, que podríamos llamar su mayor crisis existencial. Estas son las ideas y las creencias. Las ideas, se sugiere, son básicamente los pensamientos generados por nuestra actividad intelectual, y que adquieren existencia apenas las pensamos y que están orientadas a enfrentar una realidad que siempre será problemática, tanto interna como externa. La experiencia de vivir implica enfrentar tanto el mundo como a uno mismo. Vale entonces, en nuestro lenguaje, para el microcosmos y el macrocosmos. Ocurre que cuando nos enfrentamos ante lo inseguro o lo desconocido, nos angustiamos y para evitarlo, utiliza ideas tan variadas como los mitos, teorías científicas, lenguaje poético... y hasta religiones.

Por otra parte, pareciera que la vida humana para sostenerse, en términos de equilibrio y armonía aceptables dentro de ciertos rangos (que, por cierto, son muy relativos) requiere de ciertas creencias básicas en las cuales necesita afirmarse. *“constituyen el continente de nuestra vida y por ello no tienen el carácter de contenidos particulares dentro de ésta”* (Ortega y Gasset). Las ideas, o contenidos particulares, “se tienen”; las creencias “están” con nosotros. Nos acompañan. Incluso nuestro comportamiento intelectual dependería, en lo más profundo, de cuál sea el sistema de creencias auténticas (¿cuáles y de qué naturaleza serían?) las que nos sostiene.

Si así fuera, los iniciados, para desarrollarnos en nuestro avance hacia el Oriente, -como finalidad última - no requeriríamos propiamente de ideas, sino de una sólida y personal estructura de creencias que en el proceso mismo de

pulir nuestras piedras brutas, meticulosa y pacientemente (como el alquimista), se fueran incorporando a nuestro ser espiritual.

Esto implica, a lo menos, dos consecuencias. Una, que la francmasonería, admite entre sus miembros la mayor diversidad de creencias y pensamientos, con el sólo límite de las conductas que atentan contra el comportamiento ético. Lo cual parece indiscutible si queremos mantenernos dentro del marco de la tolerancia y la fraternidad que nos hemos dado y que, en otro aspecto más profundo, nos garantiza la esencia de nuestra identidad. Celebrar y practicar.

La otra. ¿Es aceptable, para esta misma francmasonería, disponer de un cúmulo de creencias? Para nuestros Hermanos racionalistas parecerá hasta escandaloso. Se supone, en efecto, que las creencias solamente provienen desde el lado de las religiones, que imponen verdades reveladas y de un marcado carácter dogmático. Pero, ¿acaso no creemos en el poder de la razón, en la inteligencia, en la perfectibilidad del hombre, en el progreso de las sociedades?

¿Ocurrirá lo mismo con la inmortalidad del alma?

El alma, el espíritu, la muerte

El ser humano es, sostienen algunos, al mismo tiempo, una unidad y una totalidad. Como pareciera deducirse cuando estudiamos la numerología, por ejemplo. En ello reside un cuerpo, un alma y un espíritu. Se afirma que la unidad está sostenida por lo espiritual, y que el hombre tiene cuerpo y alma, pero es espíritu. Masónicamente hablando, la espiritualidad existiría sólo en la medida que se haga el ejercicio de la autorrealización. De modo que el espíritu está presente en toda actividad humana. Queda como interrogante.



Supongamos, además, que hay sustancias inmutables, esas que escapan a la ley de causalidad (por lo demás, discutible hasta para la física teórica). Entre ellas, Dios y el alma.

Si el alma perdura después de la muerte física, sería un yo substancial que puede ser separable del cuerpo, y en eso consiste, precisamente, la explicación de Platón para la muerte; o si por el contrario, queda unido a la existencia corporal, es un asunto metafísico abierto a nuestro debate.

“Los hombres son mortales porque pueden morir. Morir significa ser capaz de muerte en cuanto muerte. Sólo el hombre muere” (Heidegger). ¿Será, porque tiene conciencia de su muerte? Y por eso debe convertirse, previamente, en mortal.

Podríamos aventurarnos a considerar la piedra bruta como la materialidad que anida en su interior la esencia del hombre, el alma que debe descubrirse en toda su pureza. Pureza que deriva, necesariamente de la máxima: *“conócete a ti mismo”*, que en verdad viene a significar: conoce tu propia alma

(o tu espíritu). Y a partir de ese estado, podrá el Aprendiz emprender su propia marcha, buscar su propio camino y enfrentar el dilema – siempre esquivo y eterno – de encontrar esa salida, equivalente a descubrir el sentido íntimo de la iniciación.

La francmasonería

Tempranamente se nos presenta la vida como una batalla, y que en ella no puede esperarse otro armisticio que la muerte. Armisticio es una suspensión de hostilidades, las que deben reanudarse en otro campo de batalla. Y no con el cuerpo mortal que ya no es, ¿con qué, entonces? ¿Entenderemos que con el alma, transida ya de inmortalidad?

Y es la que llega al Oriente Eterno, la patria de las almas.

Y el Hermano que ya no existe, viaja ahora en las tinieblas, hasta volver a la cámara eterna del GADU, del que salió, para recuperar la luz de la verdad.

Mientras, nos queda la trascendencia mortal en sus virtudes y en su acción benéfica. Y recordarnos que la muerte no es más que el principio de una nueva vida. Una vida nueva que nace purificada por la misma muerte.

Tenemos por delante el ejercicio de realizar una reflexión que invite a explorar caminos distintos a los que trazaron otros, para transitar esos propios, ajenos a todo dogmatismo – tanto religiosos como racionalistas – donde el pensar y el sentir se enfrente a lo impensado y lo no sentido, para realizarse libremente, con la opción ineludible de poder equivocarse y de errar.

Es esa la tarea siempre pendiente, y obligada, para cada uno de nosotros.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA ¿LANDMARK O DOGMA?

Resumen

El propósito declarado de este ensayo es el intento de explorar ciertas aproximaciones que puedan tener alguna validez masónica. Un enfoque metodológico que, de partida, acusa dificultades conceptuales, permite definir el marco de análisis, centrado en la diferenciación entre ideas y creencias.

La vida, su sentido, inmersa en el universo, desde el punto de vista de distintas cosmovisiones, permitirá avanzar a lo que se entiende por materia, alma o espíritu, y, luego, la trascendental cuestión de la muerte. Conceptos de inmortalidad a través de la historia, para llegar a los *landmarks*, entre ellos la inmortalidad del alma. Un “*post-scriptum*” personal cierra este ensayo.

Palabras claves: Universo, vida muerte, alma, espíritu, eternidad, inmortalidad del alma, libertad, verdad, conciencia, *landmark*.

Introducción

Este trazado de arquitectura, es un intento de plantear el enfoque que debería tener este problema en el ámbito de los principios de la francmasonería. Inevitablemente se tocarán cuestiones filosóficas y religiosas, y, ciertamente el simbolismo, tan cerca de nosotros. Intento que debería conducir a definir el grado de compromiso como elemento distintivo y fundamental - *landmark* - de nuestra Institución si es que así se llegara a concluir

De la misma manera, los límites que tienen, tanto la aceptación dogmática como la aceptación informada o discutida de nuestros principios.

Enfoques

Aceptar, creer, demostrar, intuir, describir o analizar la inmortalidad del alma es una cuestión que debe ser previamente acordada o, mejor dicho, precisada.

Implica considerar dos situaciones previas. Una, que nuestras concepciones del mundo, del origen del universo, de la vida y la muerte, están habitualmente centradas en dos formas de entenderla: ya sea desde el punto de vista del pensamiento racional, o desde la perspectiva de la creencia dogmática. Con las rigideces propias de pensamientos extremos, o más bien dicho, de posiciones establecidas durante siglos de cultura occidental, aún cuando, preciso es reconocerlo, han aparecido por aquí o por allá algunos matices e interrelaciones entre ambas; además de las entendibles y variadas vicisitudes que han sufrido estas visiones a lo largo de la historia, tanto por su propia dinámica como por la riqueza de su contenido.

Tampoco ha sido una convivencia pacífica. Contendores de ambos bandos se han combatido ferozmente y no precisamente en el puro campo de las ideas.

El punto de vista racional, implica circunscribir el problema al ámbito de una realidad sujeta a las relaciones de causalidad producidas en un determinado espacio y tiempo como elementos previos al conocimiento.

Las nociones “a priori” (Kant) implican ya una sujeción y determinación del pensamiento. Esto es que la mente humana sólo puede entender o captar fenómenos que ocurren en ese espacio y en ese tiempo.

¿Es posible que esa misma mente humana pueda pensar fuera de esos parámetros?

Y así, ¿entenderla?

El otro camino es el de la creencia dogmática. Aceptación por solo un acto de fe y la consiguiente aceptación previa e inevitable, de la creencia en un ser superior. Dios. Nos encontramos aquí con otras dificultades: entender la fe en su propio campo, el concepto de Dios, como ser supremo, ordenador y creador, vigilante y guardián de los comportamientos humanos, forjador e instrumento de la justicia divina, omnipotente, fuerza infinita. Y el dogma como generador de verdades.

Pero, en este punto, nos encontramos con la primera y mayor dificultad.

Esta es, dicha escuetamente, el encasillamiento en una de estas verdaderas trampas mentales:

No es posible pretender dar explicaciones racionales al dogmatismo y toda su estructura ideológica, como tampoco, intentar explicar dogmáticamente la racionalidad pura y sus mecanismos. Ambas están destinadas al fracaso, ya que llevan a su sistema de pensamiento a un campo que desarrolla su labor con otras premisas, con distintas metodologías, y hasta distintos objetivos.

Admitamos con Hegel, que si uno mira el mundo desde una perspectiva racional, el mundo le devolverá, a su vez, como un espejo, un aspecto racional.

Sin embargo, hoy, tiempo presente, están apareciendo cuestionamientos en ambas posiciones, que en algún momento anuncian o prometen. O avizoran puntos de acercamiento.

Circunscribir el problema al ámbito de este trabajo, implica, previamente, reconocer dos premisas:

Una. Que la naturaleza del hombre es mortal

Dos. Que la creencia en la inmortalidad del alma es una necesidad espiritual sorprendentemente extendida.

Ambas pueden ser tanto falsas como ciertas, si no se acotan en su profunda significación.

Y la dificultad, es que si, inadvertidamente, por formación intelectual, se empieza a razonar con la lógica del pensamiento científico.

Un modo de acercarse a este problema, es la forma como Ortega y Gasset establece una radical diferencia entre lo que entiende por “ideas” y lo que, por otro lado, define como “creencias”.

Ideas, son aquellos pensamientos que se le ocurren a uno mismo u a otro quien los repite, como de boca a oído, o desde un libro a otro libro. Tales pensamientos pueden tener diversos grados de verdad, pero siempre son “ocurrencias”, ya sea originales (si es que se puede hablar de originalidad), o adoptadas. *“Todo dicho es dicho por alguien”*, como lo afirman Varela y Maturana; y que este ensayo como otros escritos son clara prueba de ello.

Pero esta idea o pensamiento implica de partida la presencia previa del ser humano, de una vida preexistente. ¿Existo, luego pienso? Si es posible esta magnífica voltereta filosófica, no se puede abordar por ahora.

Estas ideas ocurrencias, lo que incluye desde las más banales del pensamiento vulgar, hasta las más rigurosas de la ciencia, *“las producimos las sostenemos, las propagamos, combatimos en su pro y hasta somos capaces de morir por ellas”*, como la libertad de pensamiento, la tolerancia, o la igualdad. *“lo que no podemos, agrega terminante, “es...vivir de ellas”*. Esto es, fuera de nuestro ser propio e íntimo, puesto que son el producto de nuestra ocupación intelectual, de manera que

cualquier teoría sólo adquiere existencia en cuanto son pensadas. El pensar alude o conlleva a considerar una realidad problemática, y ciertamente, ocupan un lugar secundario en la vida real del hombre después de las “*creencias auténticas*”.

Asevera Ortega, convencido, pero sin probarlo, porque no es necesario hacerlo, que la vida humana requiere de ciertas creencias básicas. ¿Será creencia auténtica esa que se ajusta perfectamente, como el guante a la mano, con un estado especial de la conciencia? Porque “*vivir es tener que habérselas con algo: con el mundo y consigo mismo*”. De allí que no son ocurrencias o pensamientos. Si siquiera aquellos tan finamente elaborados como lo son, por ejemplo, los razonamientos. Las creencias “*constituyen el continente de nuestra vida, y por ello tienen el carácter de contenidos particulares dentro de ésta, no las producimos, no las discutimos ni las propagamos*”, forman parte en modo indisoluble de la vida tal como es experimentada. “*Con las creencias propiamente no hacemos nada, sino que simplemente estamos en ellas*”.

En la creencia se está y la ocurrencia se tiene.

Así es que el asunto viene a parar en que “*toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas*” “*Cuando creemos de verdad en una cosa, no tenemos la idea de esa cosa, sino que, simplemente contamos con ella*”.

Claro, y es una paradoja para el espíritu moderno, que una de las más importantes de ellas, sea, precisamente, la creencia en la razón, en el poder de la inteligencia humana, de la que hay - se sabe - toda una larga historia compleja y hasta contradictoria.

¿Por qué, entonces, no creer en la inmortalidad del alma?

Pero ni todo el repertorio de nuestras creencias auténticas, ese arsenal disponible, consigue dar con una

concepción vital completa, porque ello no es posible, ni como sistema ni como estructura, en la organización de la vida.

Sucede que entre todo el grupo de creencias hay nichos vacíos, ante los cuales el hombre duda angustiado por ignorar las respuestas, dudas en la que se “está” del mismo modo que las creencias, con las comparte su misma esencia. Ni se hacen ni se colocan allí.

La duda, lo que es dudoso, ante la ambigüedad, lo inestable, aquello que es inseguro, aquello sobre lo que no se tiene dominio, como la sorpresa de un ruido en la noche, o en el origen del universo, ante esa duda el hombre se angustia, hasta se desespera, y, por cierto, busca la manera de superarla, entenderla o evitarla.

Para eso utiliza, y ahora sí, aparece, el recurso de las ideas, con las cuales inventa, realiza fantasías o desarrolla simplemente la imaginación. Estos mecanismos pueden ser tan variados como mitos, teorías científicas, o el imaginar poético. De ellos, los que le parecen más adecuados – por lo menos para el hombre occidental de hoy – los más “creíbles” los llama verdad. Aun cuando, toda verdad, incluyendo lo científicamente verdadero, es en el fondo tan fantástico o imaginario como la poesía, o las matemáticas, o la física cuántica.

Por eso, Ortega, termina afirmando que las ideas tienen “carácter ortopédico”, porque: *“actúan allí donde una creencia se ha roto o debilitado”*.

Pero, lo que no dice es de dónde provienen las creencias, ni profundiza (escrito como nota a pie de página) qué es lo que hay en el substrato las sostienen, o una concepción metafísica, *“al que ni siquiera llegan nuestras creencias”*.

Las creencias son personales y, por lo tanto, intransferibles, porque sí así lo fueran, se transformarían en “ideas”, o sea ocurrencias de otro.

De modo que, si yo creo en la inmortalidad del alma, y pienso que con este ensayo podría convencer a alguno y éste llegara a adquirirla, ya dejaría de ser creencia.

A lo mejor, quizás, si así fuera, lo que viene a continuación podría ser perfectamente innecesario.

Pero si varios, muchos, una gran cantidad, sostienen una misma creencia, si coinciden en una misma mirada sobre determinada área de la existencia, se podría aceptar cierta relativa universalidad, como si fueran creencias así de generales.

Universo y vida

A partir del caos original, ya sea desde el tiempo infinitesimal antes del “Big Bang”, o ya sea desde el principio enunciado en El Génesis, la creación significa ordenar ese caos primigenio. Nace así el cosmos, el orden. “ordo ab Chao”.

El hombre, el ser humano, se despliega en toda su extensión física y, en su dimensión espiritual en ese mundo ordenado, en ese universo, que, como enseña Platón: *“Los sabios, oh Kalikleos, dicen que la amistad, el orden, la razón y la justicia sostienen juntos el cielo y la tierra, los dioses y los hombres. He aquí porque llaman el cosmos a este conjunto, es decir, el buen orden”* (Gorgias). Está, pues, este buen orden, configurado por cuatro esencias: cielo, tierra, dioses y hombres. Esencias en las que bien podría reconocer la francmasonería el sustento de un templo inmaterial sostenido por cuatro columnas: la amistad, el orden, la razón y la justicia. Aquí, esta idea sólo quedará esbozada.

Pero, mientras, vuelve a reaparecer mucho más tarde, con inusitada fuerza, en la vertiente del pensamiento occidental. “Cuaterna” las llama Heidegger: Acercándonos desde la lejanía, para el conocer. Son: tierra, cielo, los divinos y los mortales.

Tierra y cielo, los trata con un inusual sentido poético. Tierra es: “la portadora que construye, la fructificadora que alimenta, la que alberga aguas y piedras, plantas y animales. El cielo es la marcha del sol, el curso de la luna, el brillo de las estrellas, las estaciones del año, luz y crepúsculo del día, oscuridad y claror de la noche, lo bondadoso e inhóspito de las tempieres, paso de las nubes, y la azul profundidad del éter”.

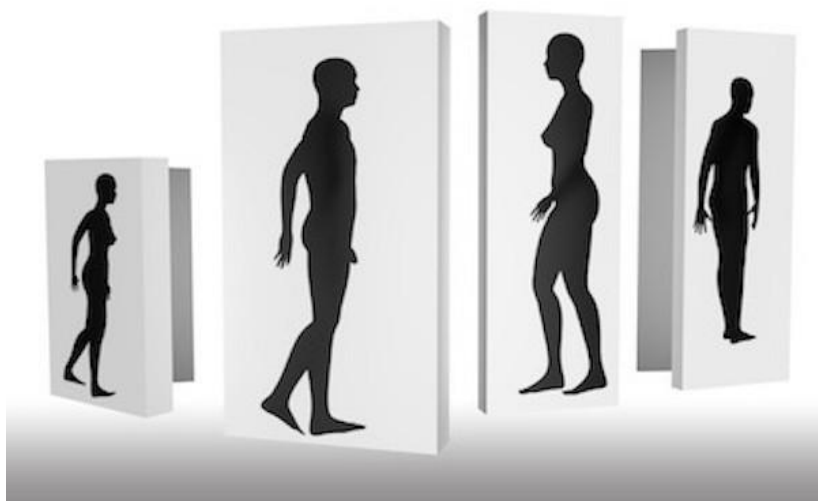
En cambio, los Divinos y los Mortales, los explica con indudable densidad filosófica. “*Los divinos son los mensajeros señaladores de la Deidad. Desde el oculto imperar de ésta aparece el Dios en su esencia, que le sustrae a toda comparación con lo presente. Los mortales son los hombres*”, ...pero sobre los cuales habremos de profundizar más adelante.

Pero no es necesario adentrarnos ni en la vieja Hélade, ni en la distante e intrincada Selva Negra, distancia geográfica y distancia filosófica. Bastará penetrar en los más cercanos húmedos y sombríos bosques australes para encontrar de nuevo, la misma idea, la misma concepción entre nuestros mapuches: la tierra, *Mapu*, los astros, *Cüyen*, la luna que reina en los cielos y *Gungelfe*, el lucero del alba. Dios, *Ngidol*, en quien reside la unidad absoluta de cuanto existe, el que da la vida, la salud, la sabiduría; y la gente, *chen*, los hombres, los mortales, que desde que nacen y viven, residen en un espacio mágico. La tierra es sagrada. Al morir, son conducidos al lugar en que moran las almas por los *pillanes de lafken*. Estos son, coincidencia total, los *divinos* de Heidegger.

La vida y su sentido

En este ámbito cósmico se manifiesta la vida, que emerge como un algo diferenciador: Y, ¿qué es la vida? “...*Un sistema*

físico está vivo cuando es capaz de transformar la materia/energía externa en un proceso interno de automantenimiento y autogeneración". Del modo como Francisco Varela explica la vida, es ese ente que puede por sí mismo generar dispositivos con los cuales se sustenta y que le permite desarrollar, también por sí mismo, los mecanismos que tienden mantenerlo en el tiempo.



Desde el punto de vista puramente biológico, no se puede explicar cómo es que adquiere esa capacidad de utilizar energía en sus propios fines vitales, pero que, en definitiva, se entiende como un esfuerzo, denodado a veces, por mantener esa identidad, como ser esencial y claramente distinto.

La vida, para nosotros, en un nivel superior y más elaborado, de complejidades crecientes, es también una batalla que se entiende continua e incesante, ahora en el campo de la conciencia y el del espíritu.

La vida como batalla, la expresan otros como Ortega y Gasset, en relación a la realización del ser. Es en la vida, concebida como extraña, patética, o cierta combinación metafísica, que consiste en que dos entes heterogéneos, el hombre y el mundo, están obligados a unificarse, lo que sólo se puede conseguir si este hombre se ve obligado a insertar su ser extramundano en aquel.

Lo que Ortega considera ser extramundano es, precisamente, la realización de un programa o proyecto de vida. También lo sabemos desde el interior de la francmasonería, la vida es puro quehacer, entre las facilidades y dificultades que le plantea ese mundo, expresadas simple y claramente en los viajes misteriosos de la iniciación. Es esta una permanente preocupación, inevitable e inexorable en que la vida, en suma, se da como fabricándose a sí misma. Resonancias en lo que, coincidentemente, y en su más alto sentido, llamamos desde el símbolo, el proceso de pulir nuestra piedra bruta, afán propio del quehacer iniciático.

El hombre como proceso, cumple su tarea de humanización, proceso que tiene dos aspectos: debe realizarse en todo momento, y casi eterno, y además, libremente. Eso es el devenir del hombre, *“no es un ser en reposo, no es un factum – dice Max Scheler – sino más bien la dirección de un proceso”*. Tarea permanente a la que es llamado quien puede entender con claridad el afán de todo proceso iniciático.

Cuerpo, alma, espíritu

El hombre, a partir de su identidad como ser independiente, se define como un ser que es, al mismo tiempo una unidad y una totalidad. No es divisible ni sumable. Este ser independiente puede. Podría ser concebido como unidad

manifestada en, a lo menos, cuatro estratos: lo físico, lo orgánico (parte material), lo anímico y lo espiritual.

Pero, como lo advierte Hartmann (citado por Frankl), *“El que pretende explicar la vida orgánica partiendo de fuerzas mecánicas y de relaciones causales, el que intenta concebir la conciencia partiendo de procesos físicos o la conducta del hombre partiendo de leyes psíquicas choca con la ley de los estratos. Transfiere categorías de un estrato entitativo a otro estrato superior.”* Estos estratos tienen una “lógica” interna intranferible a cualquier otro estrato.

No es que el ser esté compuesto de cuerpo, alma y espíritu, aún cuando participe o tenga esos atributos. De ellos sólo lo espiritual es lo que le impone la unidad. Como espíritu se enfrenta consigo mismo, anticipa Víktor Frankl, en cuanto cuerpo y alma. *“El hombre tiene cuerpo y alma, pero es espíritu”*.

Ese espíritu, como lo sostiene Aristóteles, viene desde afuera, pero sin que se sepa de dónde proviene. ¿Será ese soplo divino que se le insufla a Adán?

En todo caso, y desde el punto de vista científico, la biología sólo proporciona el soporte corporal para que se despliegue la existencia espiritual.

Una vez que el espíritu penetra en el ser pareciera que se “oculta” por decirlo de algún modo, hasta que en cierto momento indescriptible se “apropia” del cuerpo que lo sostiene, lo hace suyo y en ese instante mágico, se hace “persona”.

La piedra bruta, ¿será esa materialidad que anida en su interior la esencia del hombre, del ser hombre, su alma, la que debe descubrirse en toda su pureza? Pureza que deriva necesariamente de la máxima griega: *“conócete a ti mismo”*, lo que, en verdad y en su fondo más radical, viene a significar:

“conoce tu propia alma, o tu espíritu”. Cicerón dice: *“nosce te, dicit, nosce animun tuum”*.

A partir de ese estado, recién ahora, podrá el Aprendiz, emprender su propia marcha, buscar su propio camino, y enfrentar el dilema – siempre esquivo y eterno – de encontrar esa salida o el sentido correcto hacia la luz del oriente, y de realizarse libremente en la opción ineludible de equivocarse y de errar, cuantas veces sea necesario.

La piedra bruta, representa, o es, quizás mejor expresado, la morada, la estancia del hombre en ella, en esa su esencia, en que se encuentra su cercanía al *“daimon”* de Heráclito, ese que: *“para el hombre su modo más propio es su daimon”, “no nos importa saber qué es el alma, aunque sí, y en gran manera, saber cómo es y cuáles son sus operaciones”*.

“... qué cosa es, lo cual no puede hacerse en forma directa...sino considerarla a través de sus operaciones, como vestida y, por así decirlo, con los colores los más idóneos”. La forma como Joan Lluís Vives describe el alma, advierte las enormes dificultades de llegar a comprenderla y cómo sólo es posible descubrirla por sus atributos.

¿Y, qué es la muerte?

Cuando Platón, hace ya largos 2400 años, se pregunta: ¿Creemos que es algo la muerte?... Se contesta: ¿y que no es otra cosa que la separación del alma y del cuerpo? ¿Y que, el estar muerto consiste en que el cuerpo, una vez separado del alma queda a un lado solo en sí mismo, y el alma a otro, separada del cuerpo y sola en si misma? Afirma, primero, que alma y cuerpo son dos entes distintos que permanecen unidos durante la vida, pero que, cuando ocurre ese *“algo”*, la muerte, se separan irreversible e indefectiblemente al desaparecer el nexo que los

une: la vida. Cuerpo y alma coexisten y se revelan y perfeccionan en la unidad de la vida.

Y, segundo, que ambos entes “post mortem”, tienen destinos diametralmente opuestos. El cuerpo “*solo en sí mismo*”, se descompone y se transforma, pero desaparece como objeto y como forma. El alma “*sola en sí misma*”, a lo mejor, liberada de su envoltura material, emprende libre, el vuelo magnífico, insospechado y misterioso de la inmortalidad.

Recoge este viejo griego, la muy antigua tradición pitagórica, la más antigua aún, órfica, entroncadas ambas con los *misterios*, ciencia esotérica, por llamarla de alguna manera. Y hurgando en la historia, hasta Egipto y la Mesopotamia, en el mundo de la cultura occidental. Y, ¿no es posible, admitir que esta tradición esté tan fuertemente enraizada en el hombre, que provenga desde sus más primitivos ancestros, como parte de su “*humanidad*”, de su ser verdaderamente humano? ¿Cabe suponer, entonces, que, desde los profundos bosques, y desde las oscuras cavernas, se haya engendrado, primero el mito, y luego, que esta convicción del alma inmortal, se insertara con naturalidad en nuestro inconsciente colectivo?

La otra afirmación platónica, evidente, es que el ser humano tiene dos substancias. La materia corporal y esa otra, que llamaremos espiritual. Con la reserva que el uso de estas palabras y de este lenguaje ya de por sí, y lo advierte Heidegger, ya es una forma de pensamiento, y por lo tanto una forma anticipada de tomar partido o de adoptar una posición.

Pero, en fin; soslayando esta prevención, deberá traerse al presente, por ejemplo, la sabiduría de los maestros góticos que trazaron en el piso de sus catedrales, laberintos, que ofrecen la posibilidad de realizar un camino hacia su centro donde – al decir de Fulcanelli – se libra la batalla entre “*las dos naturalezas*”, para luego, intentar la aventura de buscar la salida.

Esas “*dos naturalezas*” ¿no son acaso, la materia y el espíritu?, ¿el cuerpo y el alma? Combate que se realiza en la muerte. Él, el cuerpo material queda ahí, vencido por la muerte, pero el alma deberá encontrar la salida, auxiliada, como en este caso, y en otros, por el hilo de Ariadna, que viene a ser ariana, araña. Hilo tenue hasta la desmaterialización y, ¿no será así que nuestra Alma sea la que teja nuestro propio cuerpo con la fuerza emanada del hebreo *ALP, Aleph, o sea, del tomar, asir, arrastrar, atraer...y de ahí, derivar:*” *imán, aran, iran, HIRAM?*

. En nuestra cercanía cultural y ancestral, se encuentra – de nuevo - la misma idea, expresada en pinturas rupestres laberínticas con que los mapuches, representan, precisamente, el intrincado camino que tienen que recorrer los espíritus en su viaje de ultratumba.

La salida, desde el laberinto de la vida, es, emprender ese vuelo inmortal que realiza el Alma a partir de la muerte. ¿Porqué? Dice Joan Luis Vives: “*Es la muerte la falta de instrumentos del alma por los cuales se prolonga la vida*”.

El ser humano tiene la experiencia de la vida, puesto que la vivimos, pero no puede tener la experiencia de la muerte, porque ciertamente no la vive. ¿Morir la muerte? Sin embargo, preciso es reconocer que la muerte “*es*” en la vida, es parte de ella. No se concibe la muerte sin la vida. Así es que se entiende que el cuerpo material sea mortal, y que, del Alma, no exista posibilidad racional de seguir o adivinar su vuelo, ni su ruta ni su destino. Si es que vuela; su inmortalidad, parece ser una incógnita para la ciencia.

Inútil resulta, desde este punto de vista, intentar vislumbrar su acontecer, su transcurso, porque ni la verbalización que se intente utilizar parece adecuada para ingresar en un mundo que se rige por otras leyes, por otro ordenamiento.

El mundo en que se desarrolla nuestra existencia es un mundo predeterminado por un espacio y un tiempo definidos. Por conceptos “*a priori*”.

Volviendo a la cosmovisión de Heidegger. Se sustenta - , hay que recordarlo - en su “cuaterna”: tierra, cielo, los divinos y los mortales. Estos últimos, *“Los mortales son los hombres. Se llaman los mortales porque pueden morir. Morir significa ser capaz de muerte en cuanto muerte Sólo el hombre muere (el animal acaba. No tiene a la muerte en cuanto muerte ante sí ni tras de sí)”* ¿Deberá entenderse que el hombre, y sólo el, tiene conciencia de su muerte? *“La muerte es el cofre de la nada...alberga dentro de sí lo esenciante del ser ...es el albergue del ser*

“Ahora llamamos mortales a los mortales no porque su vida terrenal acabe, sino porque son capaces de la muerte en cuanto muerte”. Agrega que, a diferencia de la metafísica, que considera al hombre como animal, como un ser vivo, incluso si, como sabemos, esa vida estuviera gobernada por la razón. Por eso, agrega: *“los seres vivos dotados de razón tienen, ante todo, que convertirse en mortales”*. La conversión en mortales supone comprender ese ser capaz de entender la muerte en cuanto muerte.

Inmortalidad

El ser humano es mortal, está indisolublemente ligado al tiempo, al devenir, a un transcurso que fija los límites de su andar por la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. El temor humano esencial es que algún día, en algún momento, dejará de transcurrir. *“Lo que intimida al individuo no es la muerte, sino la cesación de la existencia”, ...miedo a que la vida sea seguida por un vacío”*. John Ralston Saul, asume que estos miedos, estas

angustias se deben a la incertidumbre, a no tener la capacidad de poder entreabrir, aunque solo sea a medias, solapadamente, la puerta del más allá.

En esta misma línea, que no se podría llamar de pensamiento, sino más bien de una aspiración muy sentida – y esta vez desde el campo de la ciencia – la plantea Frankl como un “hecho fenomenológico”: *nadie que tenga una mente no deformada o que haya conservado a través de una semiformación cultural la sana razón, se resigna a que todo acabe con la muerte*. ¿Por qué hemos de transitar en un lapso infinitesimal desde un estado de “ser” a uno de “no ser”?

No debiera ser explicado como un simple acto de soberbia, expulsados a cada instante del jardín del edén, ni menos, como una esperanza infundada, porque, sigue Frankl, *“ese rechazo responde a la sensibilidad natural del ser humano.”*

El hombre, tal como lo afirma Camus: *“Pertenece al tiempo, y con ese horror que se apodera de él reconoce en aquel a su peor enemigo”*. Así es, el tiempo, y no puede ser de otra manera, determina nuestros pasos, nuestras acciones y nuestras decisiones. Encarcelado en su condición de mortal, *“necesita el ser humano creer, buscar, experimentar la inmortalidad del alma, porque de otro modo, ¿qué sentido podemos asignarle a la vida o propósito?”*

La necesidad de trascendencia, obliga a asignar un papel preponderante a la visión escatológica para lograr configurar esa suerte de existencia sin solución de continuidad, más allá de “nuestro peor enemigo”.

Pero sólo en lo que corresponde a su parte material, esperamos. Las esperanzas del hombre se centran en ese buscar de certezas, artificios innumerables para anular esa desesperada incertidumbre. A fin de cuentas, las Parcas sólo se limitan a

cortar un ligero, pero a la vez, tenaz, hilo. Nunca se han pronunciado si tal hilo puede ser anudado, o tejido con otros.

Aunque hay otros medios, que se podrían considerar “lícitos”. Por ejemplo, como lo sugiere Camus, luchar contra la muerte equivale a afirmar que la vida tiene sentido... ¡aunque bien podría ser que no lo tuviera!

Dicen, en cierto mito griego, que el astuto Sísifo, pudo en algún momento ser capaz de encadenar a Tánatos. Nadie murió durante el breve lapso hasta

que los dioses enviaron a Ares para liberar a la muerte. Aunque Sísifo lo consiguió poco le duró su hazaña, que contradecía las leyes más sagradas de los dioses. Alcanzó la inmortalidad, pero - lo sabemos - a costa del alto precio de su castigo eterno.

¡Nadie, podría intentar alcanzar la inmortalidad con semejante costo!

Sin embargo, la francmasonería parece admitir otras opciones. Antes, otras visiones.

“Si no tuviera yo más prueba de la inmortalidad del alma que el triunfo del malvado y la opresión del justo, esta flagrante injusticia me obligaría a decir: no termina todo con la vida, todo vuelve al orden con la muerte”. J.J. Rousseau, opta, claro es, por una posición axiológica, pero afirmada en algo más sólido que una mera presunción; o un buen deseo, tan apasionado como el que obliga a Dostoievsky a exclamar: *“hay una sola idea superior en la tierra: la de la inmortalidad del alma humana y, todas las demás ideas de las que puede vivir el hombre surgen de ella”.* Esto es, desde la vertiente existencial.

Nuestro, tan cercano Francisco Bilbao, se inflama, en uno de sus “Discursos Masónicos”: *“No discutimos sobre dogmas ni sobre principios. Exigimos tan sólo el reconocimiento del arquitecto supremo de los mundos, sin cuya*

existencia y reconocimiento, sociedad, leyes, civilización y progresos sacudidos por el Sansón de la duda rodarían desquiciados al abismo". Y tan categóricamente exaltado, continúa: *"Exigimos el reconocimiento de la inmortalidad del alma sin cuya verdad esta vida sería indigna del Dios que la da y del hombre que la recibe, como lo dijo Hugo"*.

Pero tampoco olvidemos a Voltaire: *"El dogma de la inmortalidad del alma es la idea más consoladora y al mismo tiempo más reprimidora que el espíritu humano pudo concebir"*. A qué lucha más soberbia asistimos los humanos, y en la que tomamos parte cada uno de nosotros, desgarrados hasta lo más íntimo entre la represión y el consuelo. Parece que Voltaire acertara medio a medio en el blanco de la tragedia del hombre, en la tragedia de su destino y en la tragedia de su aspiración.

De todos modos, parece fuera de toda duda, que, desde el riguroso punto de vista racional, la supervivencia del espíritu es algo impensable, porque no se puede concebir ni representar. Pero saliendo de ese estrato, se puede admitir que esa supervivencia "es posible".

Frankl, separa radicalmente lo "impensable" de lo "posible". Por lo demás, agrega, que esa posibilidad es "necesaria" ya que todo aquello que está fuera del espacio y del tiempo, no puede morir, porque el ser espiritual está más allá de esas categorías. Sólo que no podemos concebir cómo será esa especie de supervivencia.

No hay manera de conocerla, por lo menos durante nuestra vida. *"En la muerte – sigue Frankl – el hombre se sumerge en una apatía y en una apraxia total, pero sólo en una agnosis parcial: la conciencia reflexiva es ya imposible; la conciencia inmediata, en cambio, sería posible."*

(La conciencia reflexiva depende de un organismo psicofísico. En cambio, la inmediata, puede ser "pura",

independiente de un substrato corporal. Lo que no es posible profundizar por ahora).

En fin, podríamos, con mesura y reflexiva ponderación hacer caso al sabio Cicerón, si concordamos con él en que: *“aquellos que conviene la natural persuasión de todos los hombres, necesariamente ha de ser verdadero”*. ¡Otro criterio para una verdad!



Landmarks

Primariamente, este vocablo inglés, denota el límite de una porción de tierra. Es una delimitación. La piedra, el tronco, el cerco, la pirca, que definen una propiedad. Son los linderos que no se deben violar. *“No traspases el antiguo término que pusieron tus padres, ni entres en la heredad de los huérfanos”*.

Los antiguos límites, impiden que cualquiera pueda traspasarlos, en especial aquellos que *“traspasan sus términos para robar los ganados y apacentarlos con pasto ajeno”*.

Estas prevenciones bíblicas (Job, Proverbios) significan, a lo menos, dos cosas. Lo primero, que nadie puede tratar de

ingresar solapadamente, de mala manera. Es ese profano que intenta entrar a la francmasonería con nefastas e inconfesables intenciones, y que, por cierto, debe ser desenmascarado. Lo otro, que admitir a un sujeto, implica realizar, y así debe hacerse, un acucioso proceso de identificación, de verificaciones, de bucear en esa intimidad. Abrir la puerta de la heredad es, pues, delicada tarea y alta responsabilidad, que no siempre, por desgracia, se lleva a cabo en su cabal y determinada importancia.

Hay más. Porque la palabra inglesa tiene otras ricas resonancias. Expresa también, ese objeto que puede ser visto fácilmente, a la distancia, y que sirve de ayuda a los viajeros en su trayecto. Es, por ejemplo, la francmasonería desplegada ante la sociedad profana, como ese faro iluminador, ese hito genuino, en que es posible reconocer el justo sendero, el recto camino, la huella generosa, o la pista que conduce desde el limpio valor moral, hasta la presencia espiritual conductora y guía de los pueblos y las sociedades.

Y significa, además, por añadidura, un evento, un descubrir, un cambio que marca una etapa, o jornada, o también un punto de retorno.

Es el paso que se produce desde el mundo profano hacia la vida iniciática en toda su espléndida belleza. La modificación de los modos de estar en el mundo, o de organizar la vida. Esa etapa que debe cumplir necesariamente el que ingresa al vivir iniciático, de un modo total, comprometido

Y si sutilmente habla de retorno, no lo es para regresar sobre las propias huellas dejadas anteriormente. Alude a regresar a la vida profana, armado, como caballero andante, con armas mejores, más sólidas para cumplir la inexorable tarea del masón.

Preciso es volver a los límites. Las cosas determinan lugares, como un Ahú pascuense, un puente, o un pucará inca. Estos lugares “localizan”, fundamentalmente, espacios. Espacio

– como lo señala Heidegger – *“se llama al sitio libre para la colonización y lecho”*

La francmasonería es un espacio. Espacio sentido como un lugar al que se accede por un proceso iniciático, para desarrollar, por el trabajo, la esencia del hombre, desentrañar el sentido de nuestras vidas personales. Un sitio libre, claro, de prejuicios y de dogmas malamente aprendidos y peor entendidos, sitio para la colonización y lecho, no podría expresarse mejor, el papel que debiera desempeñar la masonería en el ámbito de la sociedad.

Colonización es, en efecto, *colonus*, el labrador; *colere*, cultivar. Eso es el arte y la tarea masónica: cultivar y hacer producir la tierra profana, a la que se llega para extraer los mejores frutos y bienes. Es también lecho. El que provee sustento, abrigo y también sólida base. Es, la francmasonería, por cierto, ese lecho profundo en el cual se pueden alojar las aguas alimentadoras y fecundantes.

Esto dicho así, requiere de algunas precisiones.

“Un espacio, - continúa Heidegger - es algo espaciado liberado en un límite. Pero el límite no es aquello en que algo termina, sino como conocieron los griegos, el límite es aquello desde donde algo comienza su ser”.

Límites que definen un lugar: *“ningún lugar está aquí o está ahí / Todo lugar es proyectado desde adentro / Todo lugar es superpuesto en el espacio”* (Oscar Hahn).

De ahí que la francmasonería necesite de manera imperiosa fijar sus límites, bordes, frontera, linderos. Claros, precisos, inequívocos e inmovibles. Por desgracia no es ni ha sido así. Masones, Grandes Logias, Grandes Orientes, Poderes Masónicos de todo tipo, resultan divididos a este respecto por divergencias notables. Discuten, agregan, quitan, hasta perderse

en lo irremediable para alcanzar la ansiada pero inalcanzable universalidad masónica.

No vale pues, terciar en un debate ya histórico, plagado de consideraciones más o menos tradicionales, contaminado de influencias casi religiosas, o de otras no del todo claras ni rigurosamente legítimas.

Quedémonos en la posición de nuestra Obediencia

El Gran Arquitecto Del Universo, es “*el único y perenne antiguo límite*”. Así de terminante y categórica es la declaración, en su Mensaje de promulgación de los Rituales en 1985, formulada por el G.: M.: Oscar Pereira Henríquez. Una afirmación que parece trazada con la acerada punta de la espada flamígera. De tajante no deja lugar a duda alguna. No hay debate posible. ¿Aceptación dogmática? Parecería casi un escándalo en el ámbito de la Francmasonería, especialmente para aquellos que predicán un racionalismo extremo.

Único y perenne. O sea que tiene un carácter continuo, e inmutable

Pero la mirada y el escrutinio crítico debiera detenerse ante esta otra consideración: que siendo un *landmark*, corresponde a una definición clara del ámbito propio de la masonería. Es decir, *donde comienza su ser*. Su esencia. Es su identidad. Que ese ser de la masonería descanse primaria y originalmente en el concepto de GADU, no debiera causar mayor inquietud, si se entiende bien la amplitud extrema que tiene la explicación como aparece en el Ritual de Iniciación.

Con mayor razón si se repara en la Declaración de Bogotá (2009) de las Grandes Logias de la Confederación Masónica Interamericana que se han puesto de acuerdo en que, “*aceptan la existencia de un principio creador*”.

Esta aceptación, y la duda, pensamos, es valedera, ¿estará tomada de buen grado o de malas ganas, apenas disimulada en un consenso necesario y diplomáticamente anodino?

Si en menos de un cuarto de siglo se llega a esta tímida aceptación, ¿corresponde a los vientos de extrema modernidad que corren por ahora? Si así fuera, no cabe duda que en el tema de los *landmarks*, sigue prevaleciendo un modo o especie de “*aggiornamiento*”, que, a la verdad, no tiene ningún fundamento, por lo menos en lo que a las tradiciones de la francmasonería corresponde.

Porque si hay algo que se debe preservar, son precisamente, esos principios, inalterables, duraderos, perennes, en que descansa y debe fundarse su esencia, o lo tan reiterado, marcar ese algo “*donde comienza su ser*”. De otro modo se estarían destruyendo las bases propias de nuestra identidad. ¡Cuidado! ¿No estará ocurriendo ya?

La inmortalidad del alma en la francmasonería

Hay consecuencias implícitas tanto en el reconocimiento como en la aceptación del GADU. Si no como derivación necesaria y obligada, es preciso admitir en los rituales otras cosas - “creencias”, diciéndolo derechamente - que aluden o sugieren implícita y simbólicamente, el principio de la inmortalidad del alma.

La aceptación del Oriente Eterno, como destino único después de la muerte material, y que no está sujeto ni siquiera a un examen ni a un juicio. Ciertamente no son los cuerpos, son las almas, las que se reúnen ya sea en una asamblea en la patria de las almas, o el retorno a esa alma universal de la cual alguna vez nos hemos desprendido.

La vida, se dijo, es una batalla de la que no se adivina su término, y en la cual no puede esperarse otro armisticio que la muerte. No termina. El armisticio es tan sólo una suspensión de las hostilidades, de modo que esa lucha debe continuar, debe reanudarse en otro ámbito. ¿Si después de la muerte, hay otro campo de batalla? ¿Quiénes combaten? Las almas.

“La vida es eterna”. “Parece profundamente cierto que la vida nace de la muerte”. Y que, “a toda muerte ocasionada por la ignorancia y el vasallaje, debe seguir una resurrección a la vida de la libertad”.

Por lo tanto, *“la muerte es una negación, la vida es afirmación. La muerte es la infracción de las leyes que rigen las combinaciones vitales”*

¿Cómo no recordar, de nuevo, el pensamiento de Vives? La muerte es la falta de instrumentos, o sea la infracción de las leyes del alma por los cuales se prolonga la vida, mediante las combinaciones vitales.

Más intensa es la reflexión que queda abierta a todas las posibilidades tanto de los variados senderos filosóficos como de cualquier otra corriente de pensamiento o de sensibilidades, aquella que expresa: *“Hiram es el hombre, que en toda edad ve aproximarse la muerte y tiembla ante la nada; pero que recobra el valor al recordar que nada muere en la naturaleza, sea cual fuere la idea, falsa o exacta que se forme de esta enigmática supervivencia o resurrección”*

El hombre angustiado ante ese vacío, debe recurrir a una “creencia” para superarla: ésta es que nada muere en la naturaleza, ni siquiera por cierto su alma.

Tampoco importa que tal idea sea falsa o exacta. Trasciende los límites de la lógica y de las razones intelectuales. No se trata de la verdad. En ese misterio enigmático, el iniciado debe encontrar el sentido de su continuidad espiritual, porque

“Hiram es el astro que cada tarde se oculta, dejando al mundo en tinieblas - imagen de la tumba y que reaparece cada mañana -” para entregar luz de nuevo y generar el calor que significa vida.

Son, pues, ciclos inmutables, reiterados, de los cuales la existencia ésta, la que estamos experimentando ahora, es probablemente uno de otros muchos que mientras tanto permanecen ignorados, ocultos a nuestra curiosidad, pero que el verdadero iniciado puede atisbar si es capaz de entreabrir puertas aparentemente inexpugnables.

Si se llegara a pensar que éstas, o algunas de éstas, son expresiones meramente metafóricas, creaciones casi retóricas, se estaría degradando la profunda riqueza esotérica y espiritual de los rituales. Representan ellos, a cabalidad, y más allá de los tiempos – perenne, en consecuencia – ese límite, donde, reiterada y porfiadamente, pero certero, donde comienza el ser y la esencia de la masonería.

Post scriptum

Para su completa comprensión, este ensayo debería haber sido escrito desde la perspectiva del Oriente Eterno; pero en la incertidumbre de ignorar los procesos mentales y de representación que existen allá, se ha presentado solo lo que sabemos o intuimos desde esta ribera, consciente de las limitaciones que ello implica. y a sabiendas que es una parte, y, a lo mejor, la menos importante en este insondable periplo.

En los funerales del Q:·H:· Juan Enrique Knockaert, el Q:·H:· Henry Lowick-Russel, terminaba su oración fúnebre, poniendo una mano en el ataúd: *“no te rías, Enrique, si te lloramos un poco”*. Quiso decir, más allá de ese su ligero humor y característico desapego anglosajón, despido a éste reconocido

incrédulo admitiendo que desde donde ya está, en “esos lugares”, puede escucharnos y, a la vez, ser capaces ambos, él y yo; y, a la vez, de traspasar la fría y a veces casi inútil racionalidad para entendernos y comunicarnos en el puro (en su extenso sentido: tanto como aquello que lo es sólo, único; o como lo desprovisto de condicionamientos) profundo y misterioso ámbito del sentimiento y de las emociones.

Quizás, en nuestra vida, en esa que conocemos y experimentamos, escribamos una partitura; y, de la misma manera como el arco tensado sobre las cuerdas del violín puede traer a la vida una Partita de J. S. Bach, en un instante único y primordial en que se despliega en su compleja luminosidad cósmica, para luego, volver a dejarla en esa solitaria penumbra del silencio, aparentemente muerta, pero sabiendo que podrá ser ejecutada de nuevo. Tal así, podría ser nuestra existencia, esperando, esperanzados, que un mágico toque simbólico nos devuelva a la existencia.

Pero entonces, ¿quién o quiénes serán esos ejecutantes? Sin ninguna lógica, sería hermoso sentir que sea uno mismo, yo, levantado del hades por el misterioso toque de la francmasonería.

Así, podríamos terminar este trazado, de la misma manera como Dostoievsky finaliza su obra mayor:

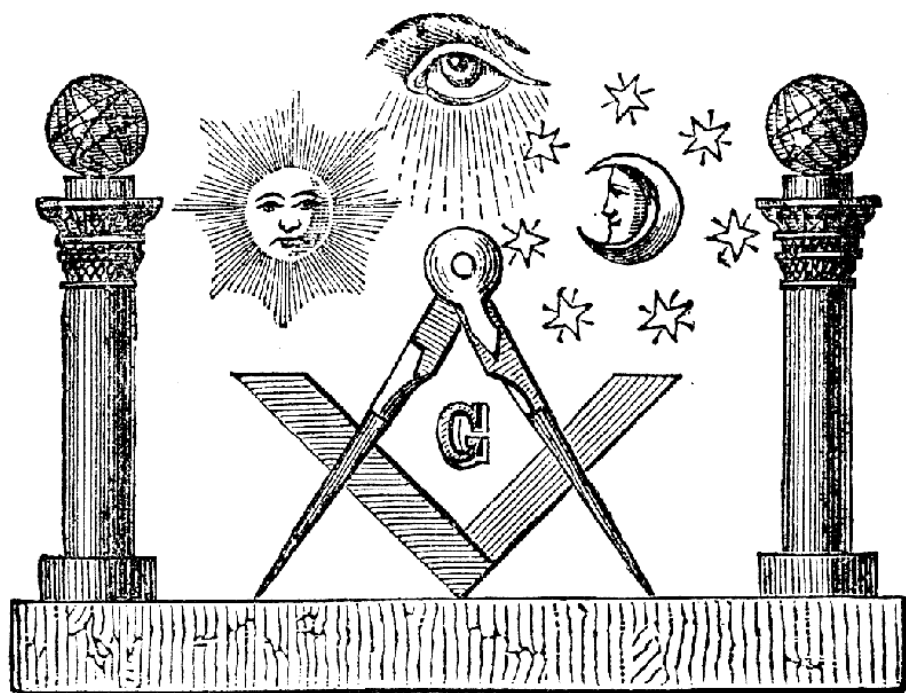
“Karamasov, ¿es cierto lo que dice la religión que resucitaremos después de muertos, que nos volveremos a ver los unos a los otros...?”

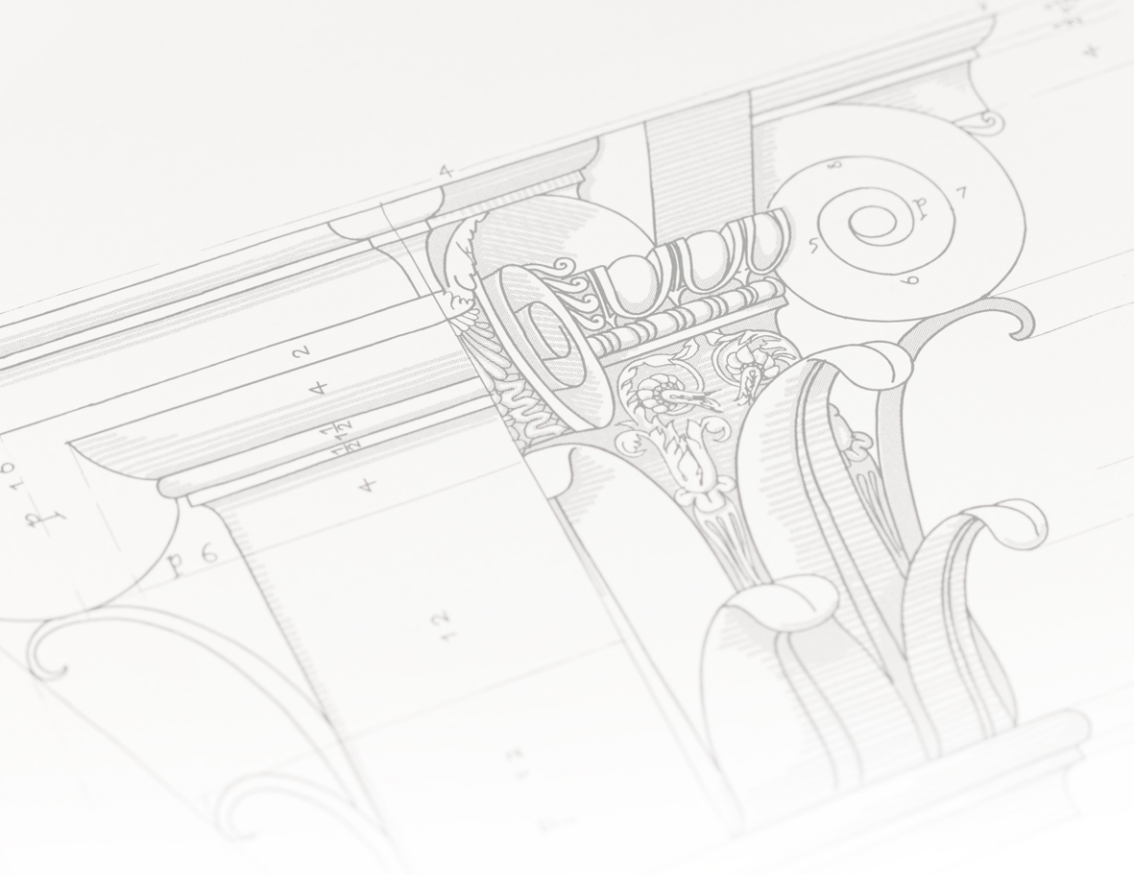
- Si, resucitaremos, nos volveremos a ver y nos contaremos alegremente todo lo que ha pasado”.

Expreso mi ardiente deseo - si no ya la convicción - y respetando, por cierto, las propias de cada uno de ustedes, de que, en verdad, podamos reencontrarnos mis Hermanos muy queridos, en el Oriente Eterno, donde nuestras almas inmortales

sigan disfrutando, del compartir fraternal, con la misma alegría como lo hacemos aquí, ahora.

Es hora ya, entonces, aunque sea en esta tardía hora undécima, de modificar radicalmente el título de este ensayo. Podría ser: “Intento de una historia del alma y su destino para su realización masónica”.





Ediciones de la
GRAN LOGIA DE CHILE